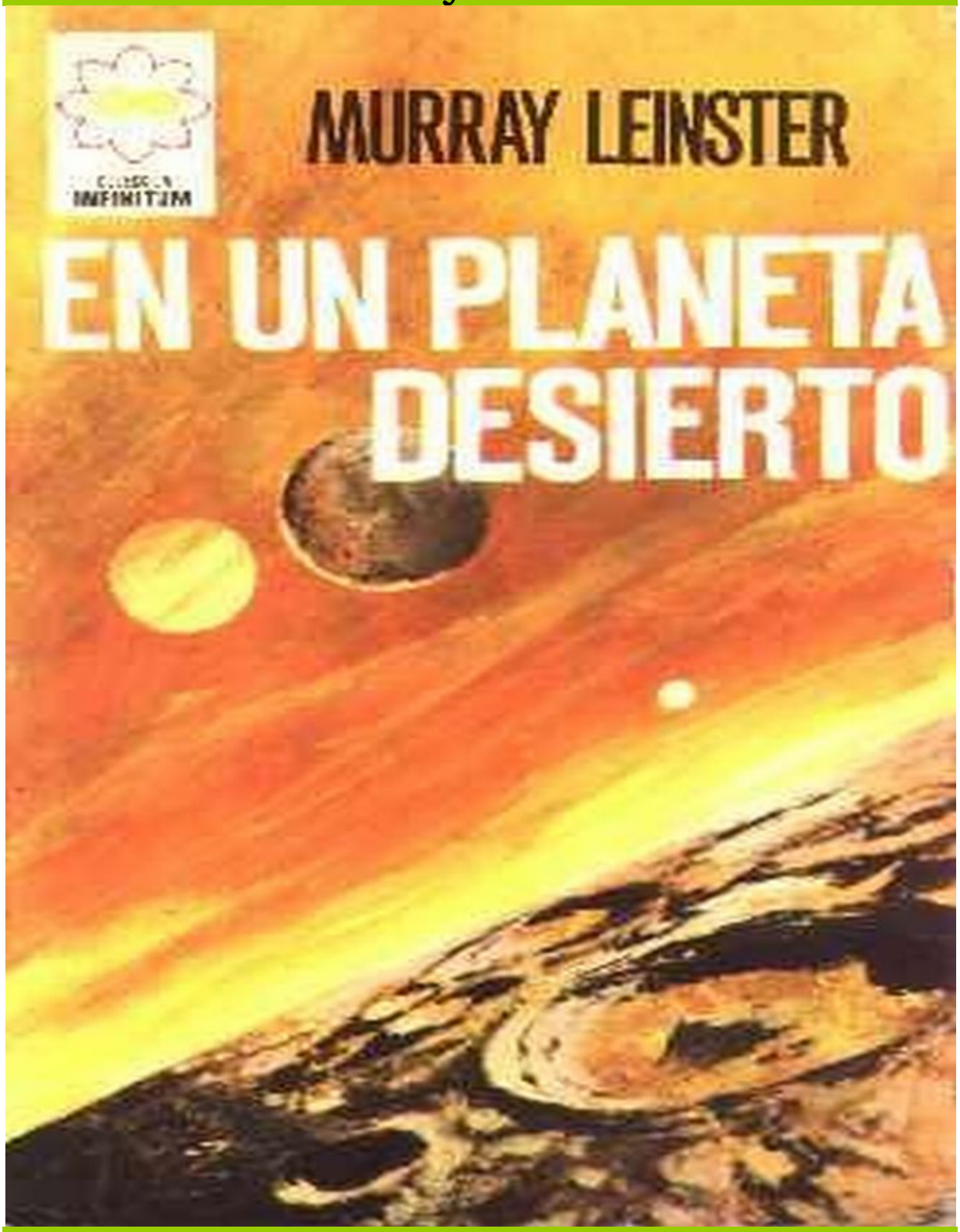
EN UN PLANETA DESIERTO
Murray Leinster



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo I

Al exterior del edificio de control, las luces del aeropuerto del espacio, parecían rivalizar con las estrellas en número, y competir con ellas en brillo y resplandor. Había más de dos kilómetros cuadrados de pista cubierta de sombras, pero que se veía desde la ventana del despacho, y que reflejaba destellos de luces parpadeantes. Pero no se veía por ningún sitio el menor movimiento que denotara actividad. Horn, que no tenía trabajo alguno en la sala de control del aeropuerto del espacio, oyó un ligero murmullo, un sonido más bien apagado, que procedía de uno de los altavoces instalados junto al techo de la habitación. Tal ruido, provenía de un patrullero del espacio, el *Theban,* que irrumpía de entre las sombras de la noche para hacer un aterrizaje de emergencia.

El operador de radio encargado de aterrizajes, cuyo verdadero imperio de trabajo era esta sala de control, se recostó sobre su silla giratoria, y con evidente negligencia observó algunos diales y una pantalla, sobre la que aparecía un solo trazo brillante. Aquel trazo, era el *Theban,* todavía no divisado, pero que se aproximaba a tomar tierra en el aeropuerto Fomalhaut. El ruido que producía, el zumbido, era desagradable y molesto en extremo aun para los habituados.

—Vaya una asquerosidad de ruido —comentó Horn—. Desde luego, cuando los motores hacen un ruido así, no se puede esperar de ellos más que salten en mil pedazos de un momento a otro. Menos mal que están bien lejos.

El operador asintió, y dijo con la misma negligencia de que hizo ostentación antes en sus movimientos:

—Lo haré bajar —en sus maneras ponía de relieve una indiferencia total, pero, sin embargo, mantenía una vigilancia constante a los diales y aparatos que tenía ante él. Hubo un momento en que se aproximó al tablero de mandos y maniobró en uno. El ruido se hacía cada vez más intenso. A pesar del zumbido que iba en constante aumento, se captaban otros ruidos tras él. El murmullo procedía del micrófono de la sala de control de la nave todavía sin localizar a simple vista en el espacio. Se oía también el ruido de algunos movimientos; una voz que gritaba; otra voz que respondía a la primera de forma truculenta. La voz que gritaba lanza un juramento, y después...

—*¡Llamando a tierra!* —dijo con voz más pausada unos segundos más tarde—, *¡llamando a tierra!, ¿dónde está el límite de su radio de acción?, ¿es que piensan dejarnos aquí colgados para siempre?, ¿dónde está el límite de su radio de acción?*

El operador respondió sin darse ninguna prisa:

—Se encaminan en estos momentos directamente hacia él. Pero se hallan situados ahora en posición descendente y en la sombra del planeta. Si no tuvieran tanta prisa...

La voz del hombre que se hallaba en el espacio, se oyó con tono destemplado:

—*¡Pero da la coincidencia de que tenemos prisa! ¿Qué hay de la reparación que necesitamos?*

—Ya se lo dije —respondió el operador de radio—. No podemos conseguir nada en los almacenes de reparaciones hasta por la mañana, hora

local. Podrían haber ido a colocarse en órbita para esperar. ¡Eso ya se lo dije antes, también!

La voz procedente del espacio lanzó una nueva maldición virulenta. El operador dijo sin hacer caso de las palabras del otro:

—Están ahora a punto de entrar en contacto con nuestro cinturón de fuerza. Agárrense bien. Voy a desconectar su sistema de velocidad lateral, y están tan bajos que podrían resentirse ustedes de ello.

Los altavoces emitieron de nuevo la voz del que hasta entonces no había cesado de chillar, pero esta vez dando una orden, algo alejado del micrófono, a alguien que debía hallarse a su lado. La nave, todavía sin divisar, muy apartada aún de la atmósfera, flotaba en el invisible e intangible cinturón de fuerza del aparato de radio de aterrizaje. Los mandos y los indicadores, en el despacho de control de tierra, evidenciaban que el poder de la radio aterrizaje iba emergiendo en progresión constante, para crear un campo de densidad casi sólida, mientras que el cinturón original era traspasado por la nave, que todavía se hallaba alta y perdida en las negras sombras del planeta Fomalhaut III.

La nave quedó fijada en los campos de fuerza. El radio operador se irguió en su asiento. El proceso de hacer tomar tierra a una nave desde este punto, era casi automático. Accionó alguno de los mandos y clavijas y esperó a ver los resultados. Éstos fueron, naturalmente, que los campos de fuerza, creados por la radio, se iban estrechando gradualmente. El *Theban,* todavía invisible en la noche, quedó atrapado en un cinturón inmaterial. A continuación el operador, accionó el botón de frenada y la nave lo acusó. Hubiera casi tenido velocidad suficiente para describir una órbita. Para hacerlo bajar y tomar tierra, en una sola pieza, había que reducir su velocidad a la de rotación del planeta en la latitud del aeropuerto del espacio.

El altavoz vibró con más violencia que las veces anteriores. Se estaban produciendo choques que recogía perfectamente el micrófono con toda su violencia. Objetos desprendidos en la sala de control de la nave, caían estrepitosamente contra el suelo, impulsados por el campo gravitatorio artificial de la nave.

El operador de radio pareció perder su calma, para gritar:

—¿Pero es que están locos? ¡Desconecten sus mandos!

Más choques y más estrépito. Después el ruido cesó. Cuando una nave es atrapada en el campo de una radio de aterrizaje, hay que prescindir del sistema de funcionamiento de tripulación «in situ», para dejar que sea llevada hasta el aeropuerto del espacio por la radio. El sistema de aterrizaje por radio fue inventado en un principio, porque no quedaba otra solución si se demostraba que los viajes espaciales tendrían en el futuro una aplicación práctica. A una nave le hacía falta mucho más carburante para llegar hasta el espacio, venciendo la resistencia de la atracción de la gravedad, que para recorrer un espacio muchísimo mayor a través de la galaxia. Y requería mucho más para poder tomar tierra sin peligro. Y así fue cómo tomó incremento el funcionamiento de las radios, utilizando una energía proporcionada desde tierra para elevar y hacer tomar tierra a naves interestelares. Este simple hecho, triplicaba las posibilidades de cargamento de cualquier nave.

Después, los sistemas de radio evolucionaron rápidamente. Resultó que se podía dominar la energía de las zonas ionizadas de la atmósfera de un

planeta. Se llegó a poder proporcionar en muchos casos, y aún en todos, el tipo de energía requerido por cada planeta. Y después se hizo evidente que eran muy útiles las radios, porque cuando un planeta era atraído hacia el lugar donde debía aterrizar, lo colocaba sin brusquedades y con una precisión matemática en dirección opuesta a su línea de vuelo y en la correcta para la buena utilización de la rampa de pasajeros o del depósito de carga, para que los pasajeros o el cargamento pudieran bajar a tierra o ser descargados con la mayor facilidad.

—Creo —dijo Horn—, que ahí arriba, en esa nave, hay bastante desconcierto y aún incluso diría que un tanto de pánico. Desde luego, si tenemos en cuenta el ruido que hacían sus motores, tienen razón para ello. Estaban sin duda, esperando que los motores hicieran explosión de un momento a otro. Han debido pasarlo muy mal hasta que han conseguido apagarlos. Tal vez no puedan volver a funcionar.

El radio operador dijo con desgana:

—Algo raro pasa con ellos. Están solicitando un aterrizaje de emergencia, y al mismo tiempo protestan porque ya tendrían que tener lo necesario para una reparación de emergencia. Me pidieron volver a despegar al cabo de unas horas. ¡A ver quién es el guapo que saca de la cama a estas horas a los mecánicos sindicados para un trabajo especial, así por las buenas, porque lo diga el patrón de una nave!

Horn asintió con la cabeza:

—No podrá despegar en muchas horas, tal vez en días. Ese es un antiguo aparato, tipo *Riccardo*, y a juzgar por el ruido que hacía está a punto de tumbarse cuan largo es y diciendo que no puede más y darse por muerto. Ni siquiera me imaginaba que hubiera todavía en servicio alguno de esos viejos aparatos. No quiero ni imaginarme lo viejo que debe ser.

Podía haber echado un vistazo al *Registro de Naves Espaciales* y hallar todos los datos que hubiera querido acerca de la nave que estaba bajando, incluyendo su muy dudosa reputación actual. Pero no estaba lo suficientemente interesado como para hacerlo.

Se detuvo junto al aeropuerto del espacio, para preguntar si había noticias del aparato de líneas regulares *Danae,* que se hallaba en estos momentos en ruta hacia Fomalhaut. Por descontado, sabía que era muy poco probable que hubiera noticias. El *Danae* se hallaría en aquellos momentos en algún punto de las líneas navales, en vuelo directo desde Canna II hasta Fomalhaut III. Había una joven a bordo del *Danae.* Y venía hacia este planeta. En cuanto llegara, ella y Horn lo tenían todo dispuesto para casarse inmediatamente. Por eso Horn estaba terriblemente inquieto y preocupado sin causa justificada, ávido de noticias que era imposible poderle facilitar.

Una voz irrumpió de nuevo con gran estrépito en los altavoces, procedente del aparato que bajaba.

—*Miren* —dijo la voz con nerviosismo y mal humor— *si no nos pueden proporcionar un equipo de reparaciones de emergencia en el acto, preferimos cancelar el aterrizaje. ¡Empújennos nuevamente al espacio, y ya iremos a otro sitio! ¡Tenemos mucha prisa!*

El operador de radio miró con aire de aburrimiento a Horn, como si buscara comprensión a lo que pensaba, por la petición tan poco razonable que le acababan de formular. Horn se encogió de hombros. El operador dijo:

—Ustedes solicitaron un aterrizaje de emergencia. Ya lo tienen. Las

normas dicen que, un aterrizaje de emergencia, una vez iniciado, hay que llevarlo a efecto, y que la nave ha de ser reparada a fondo antes de volver a despegar —y añadió en un tono que procuraba no ser amenazador—. No hace falta que le diga, porque usted debe saberlo muy bien, que muchos comandantes de vuelo se han pasado muchas horas de su vida en tierra, sin poder volar, por haber solicitado un aterrizaje de emergencia.

La voz, a través del altavoz, lanzó una imprecación profanante. El operador redujo el volumen hasta que la voz sonó normalmente, en cuyo momento no hacía más que decir frases y palabras sueltas casi incomprensibles, como si estuviera hablando consigo mismo. Comprobó sus diales y pantallas. Tras una larga espera, encendió las luces de posición de las pistas exteriores, con lo cual, cualquiera que estuviera entretenido por los alrededores observando el espacio, se hubiera dado cuenta de que en aquellos momentos se debía estar acercando una nave. Desde luego, a aquellas horas de la noche, era poco probable que hubiera alguien entretenido en tal distracción.

—¿De dónde viene este *Theban*? —preguntó Horn.

El operador se encogió de hombros para dar a entender que no lo sabía.

—Si han seguido alguna ruta espacial, el *Danae* vendrá tras él. Ellos sabrán si hay alguna advertencia efectuada a los hombres del espacio respecto a esta línea. No es muy probable que sepan nada, pero les preguntaré.

El radio operador, asintió:

—Los viajes espaciales siempre parece que tengan que ser muy seguros, y que no haya ningún peligro —observó— hasta que uno tiene a alguien íntimo viajando. Entonces preocupan.

Horn repuso impaciente:

—¡Sí que es cierto! El *Danae* es una buena nave. Yo mismo diseñé sus motores. Es tan buena nave como la mejor que pueda haber. Pero es eso, tengo a alguien a bordo. Y claro, naturalmente...

Anduvo inquieto hacia una ventana, y miró hacia el exterior. Todo permanecía en la calma más absoluta, y las innumerables luces del aeropuerto del espacio, y en especial la torre metálica de seiscientos metros de alto, que hacía las funciones de emisor y receptor de radio, daban una rara sensación de soledad. Pero no hay lugar que no parezca solitario cuando la noche cae, y no hay actividad donde todo son idas y venidas y ajetreos durante el día. A la luz del día, todo aquello sería un maremagnum incesante y agobiador de aparatos que transportaban mercancías, aterrizando y despegando en aquel espacio exterior. Era muy difícil que no hubiera siempre un flotador del espacio en tierra, cargando o descargando. Otras veces había un aparato correo descargando correspondencia, apresurándose por terminar cuanto antes, para lanzarse de nuevo al espacio siguiendo las interminables rutas espaciales.

Horn miró hacia el cielo. El *Theban* había sido captado por el sistema de radio a una altura mucho más baja de lo normal, pero con el tiempo suficiente todavía para hacerle aterrizar. Horn estaba seguro de que era muy probable que la nave espacial que estaba bajando siguiera, en gran parte al menos, la ruta que tenía que seguir el *Danae.* El *Danae* hacía bastante tiempo que había despegado de Canna II. Se había dirigido hacia Inner Rim. Había tomado tierra después en Thotmes, para despegar poco después y proseguir su camino a través del Beryliines. Ésta era una de las triquiñuelas

de la astronáutica, pero la nave era perfectamente controlada en su recorrido. Después de aterrizar en Wolkim para recoger pasajeros y otro cargamento, daría media vuelta y derivaría hacia el paso de Rhymer, para encaminarse triunfalmente hacia Fomalhaut donde Horn estaba esperando.

Estaba absolutamente convencido de que no le ocurriría nada a la muchacha que estaba esperando en todo el viaje; pero, sin embargo, se sentía incómodo. Era esa especie de incomodidad y preocupación que un hombre siente cuando sabe algo de los problemas del espacio. La profesión de Horn era diseñar motores espaciales. Diseñaba para un tipo específico de aparatos, motores que ya no constituían mecanismos separados del cuerpo de la nave, sino parte integrante de ella misma. Y tenían dichos motores unas garantías de seguridad inigualables. Los viajes espaciales habían terminado por reconocerse como un viaje seguro. Incluso había muchísimas instituciones financieras que confiaban importantísimas sumas de dinero en notas de crédito interestelares, al transporte espacial. Lo cual significaba mucha más seguridad de la requerida para el tráfico de pasajeros. Cuando a las naves se les confiaba el transporte de dinero, ¡es que eran seguras de verdad!

Se llegó incluso al extremo de que las naves no llevaban ningún oficial ingeniero a bordo. En su lugar llevaban mandos auxiliares. No había habido el menor problema con las naves espaciales modernas durante muchos años, aparte de que no había hombres suficientemente cualificados para seguir las rutas del espacio innecesariamente, esperando accidentes que nunca ocurrían. Por eso Horn no se preocupaba por el mando y el vuelo del *Danae.* Lo que le preocupaba en realidad era el espacio.

El espacio no estaba vacío. Los accidentes podían sobrevenir a pesar de la absoluta seguridad y garantía de los motores navales. La población estelar de la galaxia, no eran solamente soles resplandecientes, de gran intensidad de luz, que advertían a las naves que pasaban, de su existencia y de la de los planetas y meteoros que los circundaban. También había estrellas apagadas, sumidas en las tinieblas, que desgraciadamente eran mucho más numerosas que los soles brillantes. También había tensiones gravitatorias, donde el espacio parecía que tenía que estar ajeno a todo ello. Había nubes de polvo demasiado pequeñas para ser detectadas, hasta no hallarse la nave situada prácticamente encima de ellas. Y había verdaderos torrentes de meteoritos en movimiento —no se podía decir que estuviesen en órbita—, entre soles separados por una gran distancia.

Eso era lo que le preocupaba a Horn. Las naves, a veces, habían desaparecido en el espacio igual que había ocurrido en los mares planetarios. Las tensiones gravitatorias correspondían las corrientes oceánicas que arrojaban a las naves fuera de su curso normal. Las diminutas nubes de polvo eran como rocas ocultas o bancos de arena en un océano. Y las corrientes meteoríticas eran como icebergs o buques abandonados, flotando a la deriva, contra los que se podía estrellar una nave para su completa e irremisible destrucción. Y todavía quedaban otros muchos peligros definidos entre las estrellas. Pero los desastres eran muy raros. Con la vigilancia constante de las rutas navales, y las balizas luminosas señalándolas, con la vigilancia constante de los peligros más conocidos que pudieran sobrevenir, con los sistemas más precisos de advertencia a los marinos del espacio, los viajes entre las estrellas no eran más peligrosos que los viajes transoceánicos lo habían sido en los días en

que aún se efectuaba la navegación acuática.

Pero todo ello era suficiente para mantener a Horn en constante preocupación, a causa de que Ginny se hallaba en aquellos momentos suspendida en el espacio, para venir junto a él, y casarse ambos poco después. Al pensar en Ginny tuvo una sensación de alivio y de profunda ilusión. Pensó que era absurdo el estar preocupado y que no servía además de nada.

El radio operador continuaba sentado. Una gran parte del trabajo que requería el aterrizaje de una nave era pura rutina, aunque el menor descuido de un operador, podía en realidad causar muchos daños. Este hombre, sin embargo, era inteligente y tenía mucha práctica. Él hacía lo menos posible, dejando cuanto podía en manos de la radio. Había, no obstante, una gran y necesaria destreza en el modo que tenía de manipular, conectar, y desconectar los mandos para que los aparatos hicieran su parte rutinaria, lo cual requería a todas luces un hombre de gran experiencia.

Un gran destello de luz apareció en el cielo. Alto, muy alto, se apreciaba un reflejo plateado. Iba bajando, bajando, engrandeciéndose, se fue convirtiendo en un objeto que arrastraba una estela de luz tras él. Era una nave. Se aprestaba a tomar tierra. Después, los cegadores rayos de luz fueron palideciendo hasta acabar por apagarse. La nave era pequeña, rechoncha, anticuada en su diseño.

Se abrió la puerta de salida. Tres hombres descendieron por la escalerilla lateral. Continuaron su marcha decididos por la pista y fueron hacia la torre de control. Las luces del aeropuerto inundaban a los tres de su peculiar resplandor amarillento.

—Ya tiene usted discusión a la vista —dijo Horn—. Se acercan para insistir en una reparación inmediata. Al menos eso parece.

—¿Y qué? —repuso el operador—. Estos tipos vienen del espacio cuando aún es de noche, y aún faltan algunas horas para que amanezca en este aeropuerto. ¡Si tienen que esperar, tienen que esperar!

Las tres siluetas llegaron ante la torre de radio control. El operador dijo.

—Mire; uno de ellos lleva un teléfono tipo campaña, ¿para qué será?

—Privado —dijo Horn—. Cualquiera podría registrar una conversación tierra-nave. Tal vez el comandante de esta nave quiera tener una charla en privado con usted. A lo mejor le quiere sobornar.

El operador murmuró algo ininteligible. La tranquilidad continuaba reinando en el aeropuerto. Innumerables luces brillaban sin el menor parpadeo, contrastando en color y fijación con el brillo y el parpadeo de las estrellas que cubrían el cielo. El operador y los guardias en la entrada del aeropuerto del espacio, eran los únicos hombres en misión de servicio por aquellos alrededores. Horn era probablemente el único hombre en el interior del aeropuerto del espacio que no se hallaba en tumo oficial de noche. Se había detenido allí para preguntar, aunque fútilmente, si se sabía algo del *Danae*, porque Ginny estaba a bordo. No había ningún movimiento visible por ninguna parte, a excepción de los tres hombres que continuaban su marcha decididamente, manteniendo sobre ellos el resplandor de las luces amarillas del aeropuerto. Se oyó una voz chillona:

—¿Parte de entrada?

—Una nota de entrada: la nave espacial *Theban* requiere un aterrizaje de emergencia; causas: problemas de motores. Motores aparentemente

descontrolados y a punto de dejar de funcionar. Aterrizaje. Eso es todo.

Se oyó el ruido de un conmutador. El operador acababa de demostrar que había estado toda la noche a la expectativa, y que el aterrizaje del *Theban* había sido registrado paso a paso. El tiempo que el *Theban* estuviera en tierra, sería registrado más tarde.

Las tres siluetas estaban muy cerca, debajo de la torre. Poco después dejaron de verse. Un indicador de control, señaló que se hallaban ante la puerta de la planta baja. El operador oprimió el botón de apertura de la puerta. Se oyeron pasos de alguien que subía. Un hombre pelirrojo de ropas ajadas que resultó ser el que tanto gritaba entró en el despacho. Llevaba con él, el teléfono de distancia. Dos hombres, más ajados todavía, entraron detrás de él.

—Pertenezco al *Theban* —dijo el truculento pelirrojo—. Tenemos mucha prisa. Necesitamos que se nos efectúe una reparación inmediatamente. Vine a hacer un trato. ¿Qué se puede hacer?

—Tal vez se pueda hacer algo, pero por la mañana. Vuelvan entonces —respondió el operador—; pero no antes.

—Queremos que se haga ahora. ¿Cuánto? —fue la propuesta del pelirrojo.

—No hay trato —respondió inmediatamente el operador—. Ni hablar. Y no puedo lanzarles nuevamente al espacio tras un aterrizaje de emergencia, sin haberse efectuado antes una inspección y se hayan hecho las reparaciones necesarias. Éstas son las órdenes.

El pelirrojo empezó a gritar y repitió:

—¿Cuánto?

—Estuve escuchando el comunicador mientras efectuaban ustedes su vuelo —intervino Horn—, es un antiguo *Riccardo*, ¿verdad?

El pelirrojo se quedó mirándole fríamente.

—Sí. *Riccardo*. Tipo VI. ¿Qué pasa?

—Es muy antiguo —dijo Horn mediador—. Deberían llevar un ingeniero a bordo. Cuando se estilaban los vuelos *Riccardo*, cada aparato llevaba siempre un ingeniero a bordo.

—Ya tenemos un ingeniero —repuso irritado el pelirrojo—. Pero no es bueno. Dice que necesitamos efectuar reparaciones que él no puede hacer.

—A juzgar por el ruido que hacían los motores —dijo Horn—, creo que tiene razón. A mi entender, y así, a simple vista, creo que el separador de fases ha dejado de funcionar. Es una pieza muy complicada del equipo. Haría falta un individuo muy bueno para conseguir arreglarla. Si el ingeniero de ustedes no trata de hacerse cargo de la reparación, creo que es la postura más sensata que puede adoptar. Verá usted incluso que los establecimientos más modernos de reparaciones, trabajan sobre todo en motores modernos. Los conocen mejor.

El pelirrojo dijo con truculencia:

—¿Quién es usted que sabe tanto?

—Se llama Horn —explicó el operador—. Es un diseñador de motores, y conoce extraordinariamente su oficio. Es el primer hombre en motores espaciales de este planeta.

—Ya —repuso el pelirrojo mirando a Horn con ojos impenetrables—. ¿Qué más sabe usted?

—A juzgar por el ruido de los motores —dijo Horn— su vuelo empezó probablemente hace tres o cuatro días. Hacía un ruido un tanto chirriante.

Su ingeniero, sin duda, debió conseguir rectificarlo, pero después volvió a hacer lo mismo. Probablemente hace dos días ya que se desajustó y comenzó a renquear. Si es así como ocurrió, nunca podrá funcionar bien, hasta que no se realice una revisión completa, y ése no es ningún trabajo que pueda hacerse con rapidez, aunque encontrara usted ahora mismo algún establecimiento de reparaciones que lo intentara. Además va usted a tener problemas con eso, porque los vuelos *Riccardo* ya hace mucho tiempo que están en desuso.

—Espere un momento —dijo el pelirrojo. Se llevó el teléfono a los labios y dijo—: ¿Comandante? ¿Ha oído usted eso?

Horn frunció el ceño. O sea, que el teléfono de campaña estaba en funcionamiento desde hacía rato. El comandante de la nave recién llegada había oído a su emisario —probablemente su ayudante—, cómo discutía con el operador; había oído toda la conversación hasta aquel momento.

—¿Lo oyó? —repitió el pelirrojo—, ¿qué quiere que le diga?

Horn vio entonces el cable finísimo que iba hasta un oidófono de subminiatura colocado en la oreja del pelirrojo. Aquel tripulante del *Theban* había hablado de acuerdo con las instrucciones recibidas. Ahora, debía estar recibiendo órdenes detalladas.

—El comandante dice —anunció dirigiéndose directamente a Horn, e ignorando al operador— que venga a echar un vistazo a los motores y trate de restablecer su funcionamiento. Que todo ocurrió tal como usted ha dicho, y que usted conoce perfectamente su oficio. Venga a echarles un vistazo.

—No es necesario —dijo Horn negando con la cabeza—. Ya los oí, y por tanto no hace falta que los vea. Necesitan una revisión completa.

—¿Cuánto quiere por echarles una ojeada? —propuso el pelirrojo—. ¿Quinientos billetes?

—Podría arreglarlo momentáneamente pero se volvería a estropear, y por tanto no serviría de nada. No podrían despegar —repuso Horn.

—¿Mil? —propuso nuevamente el pelirrojo.

—No —fue la inmediata respuesta de Horn—. Unos motores que se encuentran en un estado como los de ustedes pueden dejar de funcionar irremisiblemente en cualquier momento, se haga un arreglo rápido o no.

—¿Dos mil?

—¡No! —repuso otra vez—. Si el establecimiento de reparaciones necesita ayuda, yo trataré de dársela. Pero necesitan que se efectúe una revisión total.

—¿Cuánto? —insistió el pelirrojo en tono beligerante.

—No voy a hacerlo —negó nuevamente Horn—. Si ustedes no lograran volver a aterrizar nunca en un puerto, sería mía la culpa por haberles ayudado. No, no lo haré.

El pelirrojo puso nuevamente el aparato a la altura de su boca.

—¿Comandante? —Escuchó. Asintió en silencio. Volvió a bajar el aparato y dijo—: El comandante dice que usted se lo pierde. ¡Ha tirado por la ventana un montón de billetes! —se fue hacia la puerta y después se volvió—. ¿Por dónde se va a la puerta de entrada del aeropuerto del espacio? ¿Hay algún sitio donde se pueda echar un trago en este planeta tan provinciano?

El operador de radio les dio las instrucciones necesarias. El pelirrojo salió, seguido por los otros dos hombres, que no habían dicho ni una sola palabra desde que entraran en el despacho. Cuando ya estaban bajando las escaleras, el operador exclamó con gesto de incomprensión:

—¡Vaya una locura lo que proponen! Yo perdería mi licencia y usted la suya de diseñador, si quebrantáramos las reglas como ellos quieren. ¿Pues qué se creen que somos?

—Una locura —asintió Horn.

Se acercó nuevamente a la ventana y miró hacia su través, perdiendo la vista en el espacio exterior. Divisó la nave que acababa de aterrizar. Se la veía anticuada y deteriorada. Tal vez en otro tiempo fue una buena nave entre las de su especie, pero de ello hacía ya mucho. Los vuelos *Riccardo*, mantuvieron siempre una situación privilegiada en los tempranos días de sus vuelos espaciales, hasta el extremo de que habían sido capaces, en detrimento de un gasto de fuel costosísimo, efectuar los despegues y aterrizajes sin necesidad de radio de control de aterrizaje. Tales naves eran utilizadas para casos específicos, aunque en realidad no eran muy frecuentes. Y aquellas que habían sobrevivido al tiempo y a los accidentes, llevaban fama de dedicarse a asuntos y negocios bastante oscuros. Prácticamente, ya no existían los vuelos *Riccardo*. Pero el *Theban* había divisado probablemente horizontes prometedores, saltando de un lado a otro, y siempre en lugares de considerable importancia.

Horn se encogió de hombros. En los tiempos actuales, las naves podían ir libremente de un puerto al otro, teniendo siempre en cuenta que era muy fácil tomar tierra en cualquier parte, pero que hacía falta una cantidad inimaginable de requisitos para poder despegar. Todas las exploraciones que constantemente se realizaban eran controladas por las Patrullas del Espacio, y todo seguía el orden riguroso que indicaba la ley. Pero era sorprendente que el *Theban* tuviera una urgencia tal por despegar que incluso se llegara a hacerle una proposición de soborno para que recompusiera los motores, con la única obligación por su parte de que éstos respondieran al menos durante el tiempo suficiente para despegar, despegue que por descontado sería ilegal. Hubiera sido un asunto terriblemente arriesgado. Por la mente de Horn pasó como un soplo la duda del tipo de premura en que debía hallarse el comandante del *Theban* para que éste se arriesgara a hacer una proposición parecida. Pero no encontró explicación.

Desechando tales conjeturas, su mente volvió a quedar ensimismada en lo que le había ocupado la mayor parte del tiempo en las últimas semanas: el *Danae,* naturalmente, con Ginny a bordo, en la ruta que le llevaba al matrimonio. Se alejó de la ventana.

—¿Cuál fue la última escala del *Theban?* —preguntó.

—Tal vez Wolkem —respondió el operador—, pero no estoy seguro. Deberán informar del último puerto que tocaron y de su destino por la mañana, cuando abra sus puertas el departamento de astronavegación y den cuenta de su emergencia.

Horn hizo un gesto de indiferencia. Se concentraba mucho más en el pensamiento de Ginny a bordo del *Danae,* que en la nave que acababa de aterrizar.

—De todos modos, no ha sido comunicado ningún aviso que anuncie algún peligro en la ruta que está siguiendo el *Danae.* Al menos hasta ahora.

—No, hasta ahora no —accedió el operador—. Su novia está bien. Deje de preocuparse.

—Eso debería hacer —admitió Horn— pero la verdad es que un hombre no se casa muy a menudo. Es lógico preocuparse un poco.

—Sí, pero usted lo hace con exceso —apostilló el operador.

Horn hizo una mueca y salió; bajó las escaleras y se dirigió hacia la puerta principal del aeropuerto del espacio. A aquellas horas, cuando no se tenían noticias de que fuera a tomar tierra ninguna nave, no había transportadores de alquiler. Tendría que ir andando. Con un poco de suerte, quizá pudiera coger una nave taxi fuera del edificio para que le llevara a casa.

En el exterior, todo permanecía en la más absoluta calma. Hacia uno de los lados, el intenso resplandor de las luces de una ciudad bastante alejada, cubría el cielo. A su alrededor no había más que una intensa sensación de vacío. El único ruido existente era el lánguido zumbido de los insectos, cuya raza hacía muchas centurias que había sido traída de la Tierra, al considerarse este lugar como apropiado para establecer un sistema ecológico terrestre. Era un hecho singular, aunque probado y evidente, que seres vivientes, procedentes de la Tierra, producían invariablemente un sistema de vida genuino y nativo al ser introducidos en nuevos mundos. A juzgar por ello, no faltaba gente que expresara su convencimiento de que la raza humana estaba destinada a ocupar todo el universo en un futuro próximo.

Pero Horn no se detuvo a pensar en tales abstracciones. Se encaminó hacia la puerta del aeropuerto del espacio, sin dejar de pensar en Ginny. Había un sentido peculiarmente específico en sus pensamientos: el gesto y los ademanes tan característicos en ella cuando estaba absorbida por algo, y la alegría y satisfacción que irradiaba de su rostro, cuando algo le gustaba. Recordaba también algunas escenas intrascendentes, como por ejemplo cuando hacía gestos de burla a un niño y éste a su vez trataba de imitarla sonriendo, y el entusiasmo y el afecto que en ocasiones mostraba al jugar con un perro. Pero no había ninguna ilación en las imágenes que venían a su mente. Se limitaba a pensar en Ginny, y una emoción intensa le embargaba.

Había un largo trecho hasta la puerta de entrada, pero él continuaba absorto. Casi experimentó una sorpresa cuando vio que la puerta se interponía en su camino. Metió la mano en el bolsillo para buscar el pase que debía mostrar a los guardianes de la puerta. Le conocían, pero había que hacer un registro exacto de todos cuantos pasaban por allí.

El techo del recinto reflejaba el eco de sus pasos. Nadie se acercaba para tomarle el pase y ponerlo en la máquina registradora de salidas. ¡Qué cosa más extraña! Los fletes interestelares tenían que estar protegidos, y en especial contra el hurto y el pillaje. Las puertas de un aeropuerto del espacio, desprotegidas, eran una invitación al robo. Los patrones de las naves posadas sobre las pistas, reaccionarían instantáneamente, protestando por la falta de vigilancia en las puertas. Horn abrió una de las puertas en la que se suponía que debería haber un guardia que le requiriera el pase. Salió fuera. Y tropezó con algo. Era un hombre; tal vez inconsciente, tal vez muerto; era uno de los guardias. Vio otro cuerpo tendido en el suelo.

Después oyó el irascible sonido seco de un revólver de aturdimiento. Casi inmediatamente, experimentó sobre su cuerpo la aguda e intolerable sensación de agujas y pinchos que se clavaban en su cuerpo. Pero lo oyó y lo notó solamente en el transcurso de una fracción de segundo. No pudo impedir que al mismo tiempo le invadiera una ira inmensa. Sabía lo que estaba ocurriendo, y por qué, lo cual le produjo unos deseos insospechados de matar a alguien... pero preferentemente a un hombre pelirrojo de expresión truculenta.

Notó cómo se desvanecía.
Después no notó nada.

Capítulo II

Fue volviendo en sí gradualmente. Al principio tuvo una sensación somnolienta y de bastante tranquilidad. Tenía plena conciencia de que existía, pero no por ello dejaba de experimentar la sensación de ser un espíritu carente de cuerpo. Su mente trabajaba aceleradamente, pero a través de sus sentidos, no llegaba ninguna estimulación que la hiciera trabajar. Estaba despierto, pero desposeído de impresiones sensoriales que orientaran sus pensamientos. Tales impresiones, eran confusas; no es que aparecieran mezcladas, pero tenían toda la apariencia de un sueño. Pensaba con una vividez extraordinaria, pero sin dirección. Su mente parecía ir de una cosa a otra, pero sin guardar una secuencia o propósito determinado. Había destellos de imágenes, que no eran más que recuerdos que se presentaban ante él deslazados y sin unión. Olía cosas. Veía cosas. Oía cosas... todas ellas irrelevantes y carentes de todo significado. Pero una parte de su mente observaba su estado. La sensación general era como la del que sueña sabiendo que está soñando.

Poco a poco, de un modo vago, se fue apercibiendo de esa sensación, y empezó a oponerse a ella. La habilidad de su mente para contemplarse a sí misma y juzgarse a sí misma —cualidad exclusiva de la raza humana— era la que dirigía la contienda. Horn se debatía por controlar sus tranquilos aunque caleidoscópicos pensamientos. Al principio no tenía un propósito definido. Ni siquiera se daba cuenta de que tenía un cuerpo. No tuvo la inmediata conciencia de poseer brazos o piernas u ojos o labios. Era un cerebro vacío, y el estado de lucidez divagaba alocadamente, ignorando el principio, la batalla que estaba llevando a cabo su voluntad para dominar a la mente.

Después oyó algo. Fue una especie de sacudida convertida en un ruido que no había oído antes. Y al momento tuvo la sensación de que el ruido había cesado. Pero no era así. Volvió a producirse de nuevo. Y de repente quedó totalmente despierto. Tenía cuerpo, y un estremecimiento constante le recorría la espina dorsal. Estaba seguro de lo que le había ocurrido. Recordaba una parte, pero el resto lo adivinaba sin el menor asomo de incertidumbre.

Se hallaba en una oscuridad absoluta, con el ronroneo característico de los motores averiados de una nave espacial *Riccardo*, zumbando en sus oídos. Yacía entre fardos y cajas amontonados con el mayor desorden unos sobre otros. Una cosa aguda se le clavaba en mitad de la espalda. Debía ser la arista de una caja. Los olores se confundían en el aire. Eran totalmente distintos. Apercibía el olor de la grasa, de la suciedad, de metales y de pintura, de envoltorios y mercancías diversas, y de cosas secas ya, pero que habían llegado a tal estado de putrefacción que no por ello dejaban de oler menos. E incluso el aire, tenía olor a muerte. Era un aire enrarecido.

Las últimas sensaciones de pinchazos y aguijones se fueron alejando de sus piernas y brazos. Oyó de nuevo el ruido, cuya interrupción le había despertado. Era el de un rudimentario motor de nave espacial en proceso de deterioro.

Se hallaba en la bodega de una nave espacial de transporte. En ningún rincón de toda la galaxia habría una oscuridad tan abismal y una mezcla de olores de putrefacción y de aire enrarecido y falto de renovación. Se debatía por desembarazarse de los bultos que inundaban la bodega sin orden ni concierto. Le habían arrojado allí tras haber sido asaltado con un revólver de aturdimiento en la puerta del recinto del aeropuerto del espacio. Los guardianes debían haber sido asesinados o dejados simplemente fuera de combate. No recordaba el haber sido trasladado hasta allí, pero sabía que había sido raptado y sabía por que hombres y que nave. Sabía también que la nave estaba en el espacio y con los motores en tal estado que sólo con el hecho de pensarlo haría temblar a cualquiera.

No, no había sido raptado. Había sido reducido a la impotencia para ser arrastrado a un lugar donde quedaría a la merced de sus secuestradores. La diferencia esencial entre este concepto y el de rapto estribaban en que un hombre en tales condiciones ha sido llevado a un lugar para trabajar, contra su voluntad y en una tarea que no ha escogido. Y con ello con la evidente intención de que reparara los motores probablemente irreparables de la nave espacial *Theban.*

Y el *Theban* se hallaba en el espacio. Era inconcebible que hubiera despegado por radio, de forma que aquella nave errante había surgido al espacio en un despegue de emergencia —lo cual es factible solamente para motores *Riccardo*, en naves, bien entendido, de envergadura superior a la de un bote espacial— y ahora se hallaba en algún punto extremo del sistema solar de Fomalhaut. Las probabilidades de una explosión habían sido enormes. El comandante del *Theban,* aun a sabiendas del estado de sus motores, había preferido arriesgarse a un total aniquilamiento antes que quedarse en tierra.

Ahora se hallaba realmente en una situación muy apurada. Sus raptores habían roto y desestimado todo un compendio de leyes; no podían desembarcarle, fuera donde fuera, sin exponerse a drásticas medidas represivas. En realidad, desde el primer momento que el *Theban* había obrado de tal forma, le sería imposible aterrizar en cualquier parte donde hubieran llegado las noticias de su comportamiento tan irregular. Las patrullas del espacio eran rigurosamente estrictas en tales asuntos. Y aparte de todo ello, los motores de la nave se hallaban en un estado extremadamente inquietante. Si aún después de efectuar una reparación estallaban, Horn moriría con sus raptores en cuanto faltara el aire.

Y Ginny se hallaba camino de Fomalhaut para casarse con él. Llegaría y se encontraría con que él no estaba.

Se levantó y por unos momentos la cabeza le daba vueltas. Pero entonces los últimos vestigios de los efectos del revólver de aturdimiento se disiparon y se encontró hundido en la oscuridad. Comenzó a arrastrarse por encima de los fardos y las cajas del carguero sin identificar. La oscuridad era absoluta. El ronroneo debilitado de los motores *Riccardo*, que denunciaba el estado tan comprometido en que se hallaban, llegaba hasta él por todas partes. Otros ruidos de la nave procedían de toda su estructura en general.

Horn continuaba arrastrándose, tanteando con las manos el terreno antes de dar cada paso, hasta que tocó un metal plano, que era la trampilla de carga situada a un lado de la bodega. Comenzó a palpar a su alrededor con el firme propósito de circunscribir el recinto que se había convertido en su prisión. Llegó a un rincón y encontró una puerta, pero estaba cerrada.

Aproximó el oído. Sería imposible abrirla desde este lado, pero daba al sector de trabajos diversos de la nave.

Empezó a arrastrarse de nuevo sobre las cajas y los fardos, sacudiendo entre sus manos a todos los que podía mover. Halló una caja que ronzaba con las sacudidas. La abrió a golpes. Contenía pequeños objetos pesados que identificó —adivinó más bien— como cojinetes de zafiro sintético para alguna máquina especial. Debían valer muchísimo dinero cada uno de ellos, a juzgar por la maravillosa precisión de su manufactura. Pero para Horn no tenían otro valor que el de ser pequeños objetos pesados.

Colocó nuevamente la caja de la mejor forma posible y volvió a asegurarse de la posición de la puerta. Lanzó una de aquellas piezas de precisión para que se estrellara contra ella. Produjo un impacto terrible. Retumbaron los ecos una y otra vez en la bodega. Sin lugar a dudas aquello tenía que oírse desde todos los rincones de la nave.

Un segundo cojinete fue a estrellarse contra la puerta. Aquellas piezas de zafiro sintético eran terriblemente duras. En ello, más las características de su precisión, era donde residía todo su valor. Pero hacía falta ser terriblemente tozudo o hallarse en una situación muy crítica para entretenerse en tirar bolas, como si estuviera jugando al baseball, contra una puerta de hierro. Horn continuó lanzando otra, y otra, y otra. Y cada vez el ruido producía el mismo efecto de una explosión. Era como mínimo tan fuerte como el impacto de una mandarria. Se hubieran apercibido del ruido incluso en una nave espacial de aspecto monstruoso por su mole. De modo que en una nave de un tamaño como el de ésta, nadie podía ignorarlo.

Había prácticamente vaciado la caja, cuando revolviéndose de un lado a otro en la oscuridad, fue recogiendo una brazada de los cojinetes que hacía servir de proyectil, para lanzarlos de nuevo. Uno tras otro los arrojó con todas sus fuerzas. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Oyó el ruido que produjo alguien al maniobrar al otro lado de la puerta. Horn cesó de bombardear. Una voz espetó:

—¿Pero qué demonios está ocurriendo?

—¡Quiero salir de aquí! —chilló Horn con impaciencia y lleno de ira.

Se hizo una pausa y después:

—¿Quién diantre es usted? —la voz parecía querer aparentar un estado incontenible de enervamiento y malhumor—. ¿Un polizón, eh?

Se oyó de nuevo el ruido característico de una cerradura al accionar sobre ella. El resbalón cedió. Se abrió la puerta. El tipo pelirrojo a quien Horn había visto en la torre de control del aeropuerto del espacio, apareció ante él. Entró dando puntapiés a los cojinetes esparcidos por el suelo para abrirse paso, sin dejar de mostrar una ira terrible.

—¿Con que polizón, eh? —repitió con agudo tono de amenaza—. ¿Y quiere salir de aquí? ¡Ya nos cuidaremos de usted!

Horn se había guardado uno de los cojinetes que le habían servido de proyectil. La luz que entraba por la puerta no era intensa, pero sí lo suficiente como para permitirle ver con claridad. Se divisaban otras siluetas en el pasillo exterior. Lanzó el cojinete. De haber alcanzado a aquel individuo en la cabeza, a buen seguro que lo habría matado. Si le hubiera acertado en el pecho, le habría roto buen número de costillas. Pero le dio de lleno en el estómago y el pelirrojo se dobló por la mitad llevándose las manos al estómago y se desplomó, incapaz de respirar ni exhalar un suspiro.

Antes de que los hombres que había en el pasillo se dieran cuenta de lo

que había ocurrido, Horn se abalanzó sobre el individuo semiinconsciente, lo registró y encontró un arma. Probablemente era el mismo revólver de aturdimiento que habían utilizado sobre él. Para disparos a corta distancia, un revólver de este tipo era tan efectivo como cualquier otra arma y con la particularidad de hacer menos ruido.

Horn se reincorporó, sosteniendo en su mano el arma, con evidente firmeza.

—¡Atrás! —gritó—. Tengo que hablar con vuestro comandante! ¡Vamos! ¡Atrás! ¡Vayan todos delante de mi!

Se acercó a la puerta y traspasó el umbral. Los hombres que había en el pasillo tuvieron que moverse con rapidez para no interponerse en su camino. Consideró aconsejable el inducirles a pensar en lo que podría hacerles, en lugar de darles tiempo a que pudieran pensar en algo que les permitiera oponerse a él. Y además, existía la amenaza de los motores. Ningún hombre del espacio podía ignorar el significado del ruido que producían. Era un rugido tal el que emitían, que a buen seguro no había nadie a bordo que no sintiera de forma constante un frío estremecimiento a todo lo largo de la espina dorsal.

Les amedrentó con amenazas, obligándoles a reagruparse ante él. No muy apartada, había una escalera metálica, en posición totalmente vertical, que sin duda alguna conducía a la sala de máquinas de la nave. Los hombres, mientras caminaban precavidamente, obedeciendo las órdenes recibidas, pasaron junto a ella.

—¡Quédense ahí! —ordenó Horn—. ¡No se muevan si no quieren que les ocurra igual que a su compañero!

Subió la escalera con la vivacidad y el gesto decidido de quien ansia encontrarse cara a cara con alguien lo antes posible. Al llegar al piso superior se encontró con el camarote de la tripulación. Dedujo que en el piso siguiente estaría la cocina, la sala de rancho y el cuarto de provisiones de alimentos. Vio la cocina y el mostrador donde se servía café a todas horas, gracias a un aparato mecánico. No había ninguna nave en toda la galaxia donde el café no fuese asequible en todo momento a cualquiera que lo quisiera. Tal costumbre se había convertido en una tradición del espacio. El cocinero de la nave se hallaba en su puesto y se le quedó mirando con la boca abierta de par en par. Sin prestarle la menor atención, Horn se dirigió rápidamente hacia otro tramo de escalera. Se encontró con el sistema de renovación y toma de aire. El ruido anormal de los motores en este lugar era mucho más intenso. Horn se apresuró hacia otra escalera. Se hallaba en la sala de máquinas, en la sala de motores de la nave. Miró a su alrededor de un modo escrutador, aunque sin darse concesión a la menor pérdida de tiempo. Las unidades de vuelo del *Riccardo* eran diez veces superiores en tamaño a las de cualquier nave espacial moderna. Evidentemente eran antiguas y se adivinaba por todas partes que habían sufrido infinidad de reparaciones.

Horn vio al ingeniero, un hombre diminuto, de rostro enjuto y aspecto anonadado, que llevaba en la cabeza una gorra idéntica a las utilizadas por los oficiales de las líneas regulares. Pero el galón dorado había tomado un color macilento y ningún otro complemento de su atuendo denotaba el menor atisbo de elegancia. Se quedó mirando a Horn con un gesto inconfundible de sorpresa y temor. No estaba afeitado. Daba la sensación de haber perdido, desde hacía mucho tiempo, el sentido de su dignidad, de su

orgullo y hasta de la valoración de su valía y competencia profesional. Horn comprendió inmediatamente que se trataba de uno de los patéticos sobrevivientes de las nuevas teorías y procedimientos dados a la luz y a la práctica por él mismo, y que obligaban a los que como éste, con técnicas más atrasadas e incapaces de asimilar los sistemas actuales, a comprometerse en trabajos de escasa importancia y hasta en ocasiones de dudosa reputación.

Horn llegó después al piso que albergaba la sala de control de la nave. Irrumpió en ella por sorpresa, con el arma oculta. El comandante del *Theban* se volvió hacia él y le miró sorprendido.

Horn dijo:

—He estado tratando de hacerme una idea, aunque sin conseguirlo, de la forma en que usted se propone salir del lío en que se halla metido, capitán. Si he de serle sincero, creo que se trata de un problema, el suyo, bastante desagradable. ¿Cuáles son sus planes?

El comandante del *Theban* abandonó la silla en que se hallaba y se separó de ella. Miraba a Horn como si no quisiera dar crédito a sus ojos, y éste a su vez actuaba de tal forma que no daba, ni con mucho, la impresión de ser un hombre que acaba de salir de un estado de inconsciencia y que acaba de ser secuestrado. Abrió la boca con intención de decir algo, pero Horn se le anticipó:

—He pasado por la sala de ingeniería —dijo con voz que denotaba gran seguridad en sí mismo— y el espectáculo que hay allí es como para hacer llorar a los propios ángeles. Esta nave necesita una renovación total de motores. Pueden estallar y desintegrarse en cualquier momento. ¿Quién o qué demonios le obliga a usted arriesgarse de esta forma?

—Que... que... —empezó a decir el comandante—. ¿Pero quién es usted? ¿De dónde ha salido? ¡Si es un polizón...!

—¿Y quién es usted? —preguntó a su vez Horn con desdén sin dejarle terminar la frase—. El comandante de esta porquería de nave, claro, ¿pero y qué más? Usted sabe quién soy yo...

El comandante volvió a mirar a Horn y frunció el ceño. Su gesto fue más bien una mueca y de haberla hecho un hombre de cuatro pulgadas más de alto y cuarenta libras más de peso, la expresión hubiera adquirido una apariencia dantesca.

—Mi nombre es Larsen —repuso con insolencia. Después, alzando la voz, prosiguió—: ¡Y si es usted un polizón, le voy a arrojar al espacio sin el menor remordimiento!

—Pero se da la circunstancia de que usted sabe tan bien como yo que no lo soy —aseveró Horn sin poder contener su nerviosismo—. ¡Hable con sensatez, hombre! ¿Cómo cree que va a conseguir escapar del lío en que se ha metido?

El ruido estridente de los motores, que en circunstancias normales debería ser mucho más sordo, quedó interrumpido. La interrupción no duró más que medio segundo. Fue como una sacudida de hipo en mitad de un gemido. Después el ronroneo desagradable continuó con entera normalidad. Horn movió significativamente la cabeza. Para él, era algo incomprensible el pensar en motores que por más que fuesen anticuados, estuvieran funcionando aún a sabiendas de que requerían atención y reparaciones. Tal estado de cosas Horn no llegaba a definirlas más que con la palabra crueldad.

El comandante del *Theban* parecía estar en aquel instante recuperándose de una angustiosa sensación de incertidumbre. Después lanzó una imprecación. Horn dijo:

—Su ingeniero está sentado junto a los motores, esperando sin duda a que estallen. Cuando se producen esos pequeños altibajos en las revoluciones del motor, consigue hacer el reacoplamiento del ciclo desfasado. Los pone en funcionamiento antes de que terminen por quemarse. Pero él no puede estar haciendo esa operación indefinidamente y saliendo, además, con éxito de ella constantemente!

Larsen estalló en ira:

—¡Pues vaya usted a ayudarle! ¡Arréglelos! ¡Compóngalos de forma que podamos estar seguros de su funcionamiento!

—¿Y por qué? —preguntó Horn—. ¿Qué voy a ganar yo con ello?

Los ojos de Larsen destellaban de furor. Anduvo lentamente y con aire amenazador hacia Horn.

—Voy a estar golpeándole —anunció con ferocidad— hasta que se arrepienta de haberme preguntado tal cosa. Y además va a poner manos a la obra en esos motores. Y los arreglará, porque si no lo hace lo arrojaré por una de las escotillas al espacio. Le advierto que no sería usted el primero con quien lo hago. ¡No sería más que uno más!

Horn le miró con aire especulador. No retrocedió. Ni se rebajó. Toda su apariencia denotaba la de un individuo que todavía no ha comprendido con exactitud lo que está ocurriendo, mientras que la apariencia de Larsen era la de un hombre dispuesto a hacer algo con lo que disfrutaba sobremanera. Apretó los puños.

Horn saltó. Le dio dos puñetazos a Larsen antes de que éste se diera cuenta de que la pelea había comenzado. Todavía no se había repuesto cuando Horn ya cayó sobre él por tercera vez; después fue a la carga. Su propósito era acercarse, pero Horn se lo impedía a fuerza de puñetazos y de defenderse con las rodillas. No era el momento más oportuno para andarse con caballerosidades. Larsen era un hombre de recia contextura que sin lugar a dudas debía pesar unas cuarenta libras más que Horn. A fuerza de hacer frente a los golpes, conseguía de vez en cuando rodear entre sus brazos a Horn, pero éste se tiraba hacia atrás con gran energía y conseguía romper el lazo. En ambas ocasiones estuvo en pie el primero. En la última fue cuando oyó a alguien que subía por la escalera metálica que conducía a aquel compartimiento. Le confirmó sus sospechas el oír una respiración agitada tras de sí. Se esforzó por dejar fuera de combate a Larsen, que se debatía por ponerse en pie, y no tuvo otra solución para conseguirlo que propinarle un punterazo en los riñones que le derribó de nuevo, circunstancia que aprovechó Horn para lanzarse sobre su antagonista.

Se hallaban otra vez los dos hombres confundidos en un lazo mortal, cuando el recién llegado, con paso lento y casi exhausto, ocupó el centro de la habitación. Tenía que hacer unos esfuerzos terribles para sostenerse en pie, pero vio a Horn que estaba a punto de poner fuera de combate al comandante del *Theban*, manteniendo constantemente una posición ventajosa. Se vio obligado a hacer unos esfuerzos titánicos para levantar el taburete que estaba junto a los computadores de la nave.

El taburete describió un arco mortal en el aire.

Evidentemente su acción estaba animada de las peores intenciones, pero no hacía más que escasos minutos que un cojinete de zafiro de cinco

libras le había dado de lleno en la boca del estómago. La contundencia del golpe había tenido unos efectos fulminantes, y éstos todavía no se habían desvanecido. Había subido la escalerilla gracias a recurrir a los últimos arrestos de toda su energía. Todo ello contribuyó a que el golpe que descargara con el taburete careciera de la suficiente potencia. Además, careció de la dirección precisa para ser un golpe mortal.

Horn notó como algo contundente le resbalaba por la cabeza. El comandante aprovechó tal circunstancia para deshacerse de él, y Horn se puso en pie tambaleante. El pelirrojo se desplomó. No había perdido el sentido, pero dejaba de ser un antagonista peligroso.

Tratando de sostenerse en pie, salió de la sala de control. Poco después asomó nuevamente la cabeza.

—Ustedes dos —dijo ofreciéndoles un consejo— harían mejor en dedicarse a pensar un rato en la situación en que se hallan. Si me matan, ¿cómo se las arreglarán para hacer que continúen funcionando los motores? Ahora me voy a echarles un vistazo.

Descendió al piso inferior. El ingeniero le miraba con cierto rictus de desesperación. Estaba sentado, erguido, junto al selector de ciclos que dividía el poder de funcionamiento del *Riccardo* en dos corrientes directas, pero separadas la una de la otra exactamente en ciento ochenta grados. Este mismo sistema, en un motor *Riccardo*, de reciente construcción, ofrecería todas las garantías. Pero poco se podía esperar de bobinajes de desfase antiguos, y, lo que era peor, de distinta fecha de fabricación. Había un punto en que las diferencias de antigüedad no se podían compensar en absoluto. El ingeniero de una nave no consentiría nunca que se sobrepasara ese punto y sobre todo en los días en que los vuelos *Riccardo* eran los mejores. En aquellos días, todas las piezas eran sometidas a pruebas exhaustivas. Pero no se tardó mucho en llegar a un extremo en que los motores en desuso no tuvieron muchos sitios donde poder efectuar reparaciones. Era muy extraño encontrar la pieza de recambio o la reparación adecuada.

—¿Cuánto tiempo lleva usted así? —le preguntó Horn.

El hombre, con voz apagada, respondió:

—Treinta y seis horas.

—Desde antes de tomar tierra en Fomalhaut —observó Horn—. Debe estar usted agotado. Voy a relevarle.

—Pero... pero...

—Si no es ahora, dentro de muy poco usted ya no se daría ni cuenta de las interrupciones cíclicas que se puedan producir —explicó Horn—, porque está usted demasiado fatigado para captarlas. Y en cuanto se pierda usted una, estallará todo. ¡Salga de ahí!

El hombrecillo se levantó con aire compungido. Horn ocupó su puesto.

—Dígale al cocinero que me haga traer café —ordenó—, y después váyase a dormir. ¡Pero no abuse ni se lo tome con mucha tranquilidad! Tiene que volver aquí otra vez.

El ingeniero estaba visiblemente afectado. Tenía miedo, pero era incontestable que se hallaba al borde del agotamiento total. Se hallaba en ese estado tanto físico como anímico en que es tan sumamente factible el cometer errores, única y exclusivamente achacables a la fatiga. Sin embargo, se resistía a obedecer, diciendo:

—Pero el comandante...

—El comandante me obligó a subir a bordo para que me ocupara de los

motores —respondió Horn—. De manera que vaya a la cocina, haga que me traigan café y después vaya a descansar. Luego, vuelva.

El ingeniero salió de la habitación temblando. Horn, a continuación, examinó los motores. En todo el proceso de estudios para llegar a alcanzar el título de diseñador de naves espaciales, había tenido obligatoriamente que aprender la historia de los motores del espacio. Había asimilado perfectamente las diversas transformaciones sufridas que iban desde los primeros cohetes con los que los hombres llegaron a realizar lo increíble, hasta el sistema de vuelos Dirac que llevaba la primera nave interestelar desde un sistema solar a otro. Y los motores *Riccardo* habían sido el punto de partida para los vuelos modernos, en los cuales Horn había aprendido de sus excentricidades a través de todo un proceso de estudios que no tenían apelativos.

Los recuerdos afluían a su mente mientras inspeccionaba los motores del *Theban.* Vino a su memoria la exploración que había realizado sobre un aparato *Riccardo* en los días en que había efectuado las prácticas de técnica. Se le hacían perfectamente comparables las reparaciones sobre otras que estaba viendo, con las que le traían sus recuerdos. Comprendía perfectamente lo que había ocurrido. El *Theban* había tenido toda una serie de propietarios y de ingenieros a bordo. Había en él reparaciones que habían sido hechas con decencia y verdadero esmero; eran las primeras. Pero había otras que habían sido auténticas reparaciones de emergencia, y no utilizando para ellas más que materiales y piezas de emergencia. En conjunto, no había ninguna que estuviera bien, y ello producía lógicamente nuevas emergencias, que a su vez ocasionaban también sus efectos. En realidad, a Horn todo ello le daba la sensación de que los motores del *Theban* hubieran sido remendados con cuerdas y cola, y que los remiendos estuvieran a punto de desmoronarse de un momento a otro.

Maldiciendo para consigo mismo, dio algún que otro toque insignificante aquí y allá. Un punto, una pieza, evidentemente inestable, la hacía un poco más estable. Hizo algunas reparaciones en donde vio que había más peligro, pero con el convencimiento absoluto de que habría que revisarlas y sustituirlas, a ser posible en el primer aeropuerto que tuvieran al paso. En cierta parte del motor había un cable que sin duda hacía mucho tiempo que se había roto y que para arreglarlo se habían limitado a unir los extremos sin ni siquiera cubrirlos con un plástico conductor. Parecía más bien un milagro que ninguna de aquellas recomposturas tan inadecuadas no se hubiera estropeado antes. Sin el menor género de dudas, el *Theban* no había pasado por una revisión total de sus motores desde hacía varias décadas.

De pronto, el pelirrojo bajó de la sala de control. Vio a Horn junto a los motores y no pudo disimular un gesto de sorpresa. Regresó a toda prisa hacia la sala de control. Unos segundos más tarde, reapareció con Larsen, el comandante. Horn hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, con aire de despreocupación. Aquella reacción escapaba a lo que cualquiera de los dos hombres hubiera podido imaginar. Horn, al frente de los motores, podía ser una garantía de sobrevivencia temporal. Pero por otra parte...

—¿Qué está usted haciendo aquí? —masculló Larsen.

—He relevado al ingeniero —respondió Horn—. Estaba en el límite de sus fuerzas a causa de la falta de sueño.

—Yo diría más bien a causa de la falta de licor —rectificó Larsen—. ¿Ya

ha conseguido usted un funcionamiento normal de los motores?

—Escúchelos —respondió amablemente Horn—. ¿Le parece a usted que suenan correctamente? No, no los he reparado totalmente. Estoy averiguando lo que les ocurre exactamente y, por otra parte, estoy esperando que lleguemos a un acuerdo.

No se refería, desde luego, al combate que habían sostenido en la sala de control. Larsen tenía un aspecto malévolo. El pelirrojo parecía más bien un tanto remiso, pero con sed de venganza. Se hallaban en una situación que no habían previsto. Horn les había demostrado sobradamente que no era el tipo de hombre vulgar que se asusta por poca cosa. De habérsele podido asustar, ya hubiera dado muestras de intimidación al obedecer las órdenes recibidas. Pero con su comportamiento, había demostrado explícitamente que no era un cobarde. Era un prisionero a bordo del *Theban,* pero en cierto modo el *Theban* estaba a su merced. Se le podía forzar a que efectuara reparaciones, pero nadie más que él podía decir si las reparaciones habían sido hechas o no. Ni aún el mismo ingeniero del *Theban* lo hubiera podido confirmar. De manera que las amenazas a Horn no le significaban nada en absoluto. Pero si arreglaba los motores de una forma definitiva, sus raptores no tendrían razón alguna para no matarle; más bien al contrario, motivos de prudencia les aconsejarían a ello. De manera que no estaba dispuesto a dejar los motores mucho más allá del borde del desastre. Por otra parte, sus raptores nunca osarían, ocurriera lo que ocurriera, dejarle en libertad. Desde luego, no era un problema de fácil resolución.

Larsen lanzó una maldición.

—¿Qué está diciendo de un acuerdo? ¿Qué clase de acuerdo?

—Proponga uno usted mismo —dijo Horn mostrando buen humor—, y yo le escucharé. Usted quiere que esta porquería quede arreglada. Me imagino que tendrá alguna razón específica para obrar como lo ha hecho, pues de lo contrario se hubiera quedado en Fomalhaut para efectuar las reparaciones correspondientes. Pero sin embargo, no fue así. Yo puedo retocar estos motores para hacerlos seguir funcionando hasta un tiempo límite. Hasta ahora, no he hecho tal cosa, y no la haré hasta que no tenga una buena razón para ello. Yo quiero abandonar esta nave y usted lo que quiere es que funcione lo mejor posible. Busque una fórmula que nos satisfaga a los dos y le escucharé.

El rostro de Larsen se tornó lívido. El planteamiento que Horn hacía de la cuestión, dando a entender que había que contar con él —y en realidad había esgrimido un buen argumento— había reavivado el fuego de la furia de la pelea en la sala de control, así como su conclusión tan poco satisfactoria para Larsen. Avanzó un paso hacia Horn.

Éste hizo algo que Larsen no vio. El ruido de los motores creció en intensidad y en volumen, hasta convertirse casi en un chillido. Horn se puso a hacer gestos y aspavientos, mientras el rostro antes lívido de Larsen iba mudando de color para transformarse en una palidez mortal. El pelirrojo hizo un movimiento de indecisión como si fuera a estrujar las manos.

Por fin, Horn aparentó haber localizado la causa de aquel ruido. Con aire de tensa y total absorción maniobró los mandos. El chillido fue reduciéndose lentamente, hasta quedar poco a poco reducido al ruido que hacían antes los motores. Pero había una nuevo ruido anormal que venía a sumarse a los que ya había antes.

Horn se pasó la mano por la frente, como si se estuviera limpiando el

sudor frío provocado por el miedo que aparentaba sentir. Larsen y el pelirrojo se habían quedado helados, clavados al suelo.

—¡Esta vez estuvimos cerca! —dijo Horn—. Creo realmente que sería mucho mejor que esta nave aterrizara en cualquier sitio y se me permitiera efectuar un trabajo a conciencia sobre sus motores. Y entretanto nos dirigimos a algún sitio, podría usted ir buscando la fórmula que nos permitiera llegar a ese acuerdo, que justificara mi ayuda.

Hizo un gesto de asentimiento, y de nuevo aparentó limpiarse el sudor del rostro. Después añadió:

—Y por favor, díganle al cocinero que me traigan café.

Se recostó sobre su asiento, mostrando gran interés en la observación de los mecanismos, y aparentando no conceder la menor atención a los dos individuos que se hallaban al pie de la escalera. Por contra, frunciendo el ceño, escuchaba los casi imperceptibles cambios de ruido de los motores.

Larsen le dijo algo a su subordinado, dio media vuelta y subió a la sala de control. El pelirrojo bajó a la cocina. Horn ni siquiera volvió la cabeza.

Poco más tarde llegó el cocinero con el café. Trajo también una bandeja con comida. Horn lo aceptó con la mayor naturalidad. El cocinero se mostró inquieto al decir:

—Ese ruido que... hace un momento... ¿qué ocurre?

—Pues que casi volamos en mil pedazos —repuso Horn—, pero, gracias a Dios, llegué a tiempo. ¡Estos motores se hallan en un estado horrible! Todo lo que sea navegar hacia cualquier sitio que no sea un taller de reparaciones es una locura.

El cocinero se humedeció los labios. Hacía mucho tiempo que se realizaban viajes espaciales, mucho tiempo, y había una gran experiencia en ellos, pero todavía se daban casos de naves que desaparecían en el espacio. Entre un aeropuerto del espacio y otro, la distancia podía ser sólo de unos días de vuelo, pero contado en millas, se llegaba a cifras del orden de billones y trillones. Y una nave que quedaba a la deriva en el espacio, después de haber sufrido una avería de motores, no tenía ninguna probabilidad o muy pocas de ser hallada de nuevo. La tripulación moría en el instante de producirse la avería de motor, pero en el caso de que no hubiera explosión, se volvían locos de desesperación antes de morir.

Bien es verdad que podían recurrir a los botes. Pero esa no era necesariamente una solución. Los botes salvavidas no llevaban aire suficiente para viajes espaciales de duración indefinida. O combustible suficiente.

—¿Y cree usted que podrá hacer seguir funcionando los motores? —preguntó el cocinero con incertidumbre.

—Los podré hacer seguir funcionando durante más tiempo al menos que vuestro ingeniero —respondió Horn—. Pero cuánto tiempo los podré mantener en marcha, o cuándo se estropearán definitivamente, eso ya no lo sé.

El cocinero tembló.

—El comandante es un tipo muy tozudo. Cuando empieza a hacer algo...

—Pues el mantener estos motores en marcha también es un trabajo que requiere mucho tiempo —repuso Horn.

El cocinero volvió a humedecerse los labios.

—Ahora vamos hacia Hermas. ¿Cree que llegaremos?

Horn murmuró:

—¿Hermas? ¿Por qué? Pero si no es más que una baliza. En otro tiempo hubo allí una estación tripulada, pero hace mucho ya que la desmantelaron. ¿Por qué ir allí?

El cocinero contemplaba a Horn mientras se tomaba el café a sorbos.

—Ya íbamos antes hacia allí. Tomamos tierra en Carola, y nos dirigíamos hacia Hermas, pero los motores fallaron. El ingeniero se vio imposibilitado de arreglarlos y así tuvo que reconocerlo, y el comandante pareció poseído de todos los demonios cuando supo que no teníamos más remedio que volver hacia Fomalhaut para efectuar algunas reparaciones. Pero no hubo otra alternativa. Y como las reparaciones no se pudieron efectuar con la rapidez que requería el caso, le cogieron a usted para que las realizara. Ahora volvemos hacia allí. El comandante tiene mucha prisa, y se jugó la última carta apoderándose de usted para ahorrar tiempo.

Horn no pudo reprimir un gesto de contrariedad. Tanto Carola como Hermas eran planetas escala, situados precisamente en la ruta que debería seguir el *Danae* en su vuelo hacia Fomalhaut. Ginny estaría en el *Danae* y él en Hermas en el momento en que la nave que transportaba a su novia pasara por allí. Pero Larsen ansiaba con toda la fuerza de su ser el hallarse en Hermas en el momento en que el *Danae* pasara por allí.

¿Para qué querría Larsen que el *Theban* se hallara en un lugar determinado, y exactamente por el que tenía que pasar el *Danae,* y en el momento preciso en que éste hiciera escala allí? ¿Y para qué habría aterrizado el *Theban* en Carola?

—¿Y para qué van a Hermas? —preguntó Horn—. ¿Y a Carola? No son más que balizas. Están deshabitados; no hay razón alguna para ir allí. ¿Y por qué tanta prisa?

El cocinero respondió con gesto preocupado:

—El comandante no hace nunca nada sin tener sus buenas razones.

Se alejó visiblemente contrariado por las escasas garantías que ofrecía Horn de un funcionamiento normal de los motores. Desapareció por la escalera metálica.

Horn se hallaba en una intensa situación nerviosa. Ya estaba muy preocupado por Ginny antes de ser raptado.

Se había imaginado que podrían ocurrirle cientos de cosas al *Danae,* y por consiguiente a Ginny, a todo lo largo de los años luz de distancia entre los distintos puertos y balizas que tendría que recorrer el *Danae* antes de llegar a su destino. El hecho de haber sido raptado aún le contrariaba doblemente, porque ello suponía que no podría estar en el aeropuerto del espacio para recibir a Ginny. Por otra parte consideraba que el peligro que estaba corriendo significaría una posible causa de abatimiento y desmoralización en Ginny. Se hacía inevitable, por tanto, que en esos momentos sintiera una aguda sensación de desespero.

Todo ello ya era algo que tenía que preocuparle. El *Danae* en condiciones normales haría escala en Carola y en Hermas. Como es lógico, Ginny bajaría a tierra en ambas. No eran más que balizas en una de las líneas de vuelo espaciales y que habían sido declaradas zonas de seguridad para el tráfico espacial. No había por aquellas latitudes ni tormentas meteóricas, ni nubes que pudieran dificultar el vuelo. Era seguro que no había tampoco estrellas apagadas contra las que poder chocar.

Las naves seguían, no obstante, aquella ruta con extremo cuidado para

percatarse de que se hallaban en el rumbo correcto y de que ningún peligro inesperado les acechaba. Había balizas en mundos habitados, al igual que en otros planetas que no tenían ninguna finalidad para la humanidad. Cada baliza tenía reservas de combustible para muchos años, y regularmente emitía señales, por medio de ondas Wrangel, que podían ser captadas por naves en vuelo. El *Danae* precisamente dependería del buen funcionamiento de tales planetas para asegurarse un viaje sin tropiezos de ninguna clase. Pero el *Theban...*

Larsen había violado las reglas del espacio al despegar de Fomalhaut sin los permisos y las condiciones de despegue correspondientes. Había violado otras leyes al raptar a Horn. Y por otra parte tenía que responder de lo ocurrido a los guardianes de la entrada del aeropuerto, y hasta quizá del operador de radio. Y todo lo había hecho para estar en el lugar por donde tendría que pasar el *Danae* en el momento en que hiciera escala para recuperación y revisión de motores.

Horn se estremeció. No sólo le preocupaba el hecho de saber que Larsen debía estar planeando su muerte, sino también las razones por las que obraba así. Temporalmente al menos, Larsen le necesitaba vivo para que se cuidara de los motores, pero Horn no prestó la atención debida a la situación en que se hallaba porque estaba totalmente absorto, tratando de averiguar cuáles serían los planes de Larsen, máxime en la parte que afectaba a Ginny.

Larsen descendió la escalerilla que comunicaba con la sala de control. Con destemplanza se dirigió a Horn.

—¡Escuche! —carraspeó—. ¿No quiere un trato? De acuerdo, pues ahí va. Haga causa común con nosotros en el asunto en que estoy trabajando y habrá dos millones en billetes para usted. ¡Dos millones! El resto para nosotros. Usted mantenga los motores en funcionamiento y percibirá dos millones en billetes interestelares en cuanto nos hallemos a un mes de vuelo de distancia de Hermas. Ese es el trato. Le ofrezco la parte del ingeniero. Él no me sirve; tarde o temprano lo arrojaré al espacio. ¿Qué me dice?

Horn aparentó estar pensando en el asunto.

—Ya le contestaré —dijo mostrando cierta reserva—. Primero déjeme averiguar cuáles son las averías más importantes, y así me podré cerciorar mejor de si hago un buen o mal trato.

Larsen abrió y cerró los brazos en el aire.

—¡Acéptelo o no lo acepte! —gritó—. ¡Pero antes piense en lo que podría ocurrirle si no lo acepta!

Sin más palabras volvió a subir por la escalerilla. No era muy probable mantuviera un acuerdo con un hombre a quien había raptado, y que además podía crearle problemas si hablaba. Pero la oferta, desde luego, era tan extravagante que casi parecía una burla. En realidad, era increíble. Con toda seguridad había muchos hombres a quienes normalmente se consideraba respetables que cometerían cualquier crimen por mucho menos de dos millones de billetes. Y Horn, además, tenía la irrefutable sospecha de que en el *Theban* el precio de un asesinato era todavía mucho menor. ¡Mucho, mucho menor!

El valor de las vidas que viajaban a bordo del *Danae,* incluyendo la de Ginny, tampoco llegaba a alcanzar tan alto precio. Al menos desde el punto de vista que lo miraba Larsen.

Capítulo III

Había tres días de vuelo desde Fomalhaut hasta Hermas. Durante las primeras horas Horn había permanecido inconsciente a causa del disparo recibido en las puertas del aeropuerto del espacio, pero una hora después de haber recobrado el conocimiento se había convertido en el ingeniero extraoficial pero real del *Theban,* y se suponía que en parte había aceptado tal misión para poder percibir la parte del ingeniero tras la aventura que hasta ahora desconocía. Se daba por sentado que el diminuto ingeniero sería arrojado al espacio a causa de su incompetencia. Reinaba en todo aquello una atmósfera y un concepto de las cosas que sorprendían a Horn en extremo por no estar acostumbrado a ello. Pero el *Theban* tampoco estaba habituado a su modo de pensar.

Se mantenía constantemente vigilando los motores. A intervalos el cocinero le traía comida y café. Cuando le hacía preguntas a Horn no obtenía más que respuestas inciertas. El *Theban* se dirigía a toda velocidad hacia Hermas, pero bajo circunstancias que Horn no alcanzaba a aclarar por más que se lo propusiera. Otros miembros de la tripulación se acercaban de vez en cuando para hablarle. Temían que Larsen, aparte de que por el contrario tuvieran a gala el ser miembros de su tripulación. Miraban a Horn como a un miembro aparte de su grupo.

Los había que consideraban que, habiendo sido escogido por Larsen, Horn debería ser adiestrado poco a poco en las tradiciones, usos y costumbres del *Theban.* Las tradiciones eran aterradoras, y las costumbres eran todavía peor. No había crimen que no fuera venteado con orgullo como parte de la leyenda del solitario del espacio, y esperaban que Horn, al oírlo, quedase admirado por ello. Pero había uno o dos miembros de la tripulación que dudaban de que Horn se diese cuenta realmente de las razones por las cuales tenía que obedecer a Larsen ante cualquier circunstancia imaginable. Le explicaron el placer monstruoso y sádico que Larsen experimentaba al ejercer la brutalidad. Le describieron con todo detalle los riesgos tan horribles que corría cualquier miembro de la tripulación si no daba en todo momento plena satisfacción en su trabajo. Ninguno de ellos puso objeción alguna a lo que Larsen aceptaba de no muy buen grado: que el funcionamiento continuo de los motores del *Theban* dependiera de la voluntad de Horn. A él no le podía dominar tan fácilmente.

Al segundo día de vuelo hacia Hermas el ingeniero reapareció con el mismo aspecto fantasmal que tuviera antes. Echó una ojeada al estado de los motores. Le sorprendió el no encontrarlos ni mejor ni peor de lo que los había dejado. Se esforzaba por localizar algunos cambios en la multitud de reparaciones de emergencia que suponía deberían haberse llevado a efecto. Halló algunas, pero las consideró con buen juicio carentes de importancia. Pensó en que tal vez había otras cosas que no había sido capaz de describir, pero no estaba seguro.

Con los ojos surcados por profundos cercos morados y las manos temblorosas se atrevió a decir:

—No... no localizó la avería de los motores, ¿verdad?

—No me hizo falta —respondió Horn—. Sabía cuál era la avería antes de que aterrizaran en Fomalhaut. El selector de fases no funciona.

—¿Y qué va a hacer?

—Depende —respondió Horn—. Larsen me ofreció la parte que le correspondía a usted a la hora del reparto si mantengo los motores en marcha hasta que se lleve a efecto la operación y un mes después de poner espacio por medio.

Si el ingeniero daba la sensación antes de estar asustado, ahora parecía encogerse por el peso de lo que suponía iba a ser su suerte futura. Miró a Horn lleno de terror.

—¿Y qué... qué le respondió usted?

—Pues yo no me mostré muy conforme —repuso Horn—. En realidad todavía no sé con exactitud qué es lo que tengo que hacer para ayudar, ni cuáles son las consecuencias de mi ayuda. Nadie parece dispuesto a decírmelo.

El rostro del hombre, todavía más diminuto en aquellos momentos, hizo un gesto de comprensión.

—No pueden. Larsen es un hombre muy hábil. No le dice a nadie lo que está haciendo ni lo que se propone hasta que todo el mundo está metido en el asunto hasta el cuello y ya no puede echarse atrás. Larsen ha recorrido el espacio con el *Theban* durante mucho tiempo. Ha hecho cosas...

—Eso es lo que tengo entendido —le interrumpió Horn secamente—. Si una fracción solamente de lo que me han contado se pudiese demostrar en su cargo tendrían que ahorcarle cada mañana durante diez años para equilibrar su deuda.

—...es un hombre muy duro —dijo el hombrecillo sin dejar de temblar—. Yo le he visto golpear a un hombre sin descanso, hasta dejarle muerto.

El ruido del motor cambió ligeramente de intensidad y de frecuencia. El ingeniero respiró entrecortadamente. Horn hizo un ajuste inmediatamente y el ruido se apagó para volver a su zumbido y estridencia normales. El ingeniero miraba fijamente tratando de ver lo que Horn había hecho.

—Estos motores —explicó Horn con toda naturalidad— tienen un montón de cosas que habría que reparar a conciencia. Voy a arreglar alguna en cuanto tomemos tierra. Alguna, ¡no todas! Y montaré también un pequeño sistema eléctrico o dos para que cada vez que yo esté ausente de la sala de ingeniería durante más de veinticuatro horas los motores estallen uno tras otro sin remisión. Eso lo hago para mi propia seguridad. Y si acaso a mí me ocurriera algo, y usted localizara el lugar donde instalaré ese sistema de explosión —añadió casi divertido— le advierto que tendrá que estudiar mucho antes de que averigüe la forma de desconectarlo. El andar hurgando en él, haría estallar los motores inmediatamente.

El ingeniero se humedeció los labios.

—Ya veo que no confía usted en mí. Ni en nadie. —Hizo una pausa. Después añadió con voz temblorosa—: No... necesito un trago.

Horn no puso reparos. El ingeniero salió con paso incierto. Toda su carrera había quedado extractada en los pocos minutos de conversación que había sostenido con Horn. Debía estar aterrorizado, pero hacía cuanto le era posible por desechar tal idea. Ya lo había conseguido, aunque de un modo temporal, cuando Horn se hizo cargo de los motores, pero cuando volvió, se enteró de que le habían ofrecido a Horn lo que antes constituía su trabajo en el *Theban.* Pero la verdad es que también sabía demasiadas cosas como para que le permitieran bajar a tierra y separarse de ellos en cuanto tuviera ocasión. Aquellas palabras habían sido para él como una sentencia de

muerte no pronunciada por Horn, pero que iba implícita en lo que había ocurrido. Por eso prefirió no pensar en ello.

Pero el quererse olvidar también sería solamente una cosa temporal.

Horn apretó los dientes con fuerza. Los otros miembros de la tripulación no le hablarían de los propósitos del *Theban.* Si el ingeniero estaba en lo cierto, no podrían hacerlo. Sólo Larsen sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Horn quería averiguarlo, pero no consiguió más que enterarse de que el *Theban* estaría en Hermas cuando el *Danae* pasara por allí.

Ginny se hallaba en el *Danae.* Estaría perfectamente a salvo. Lo que el *Theban* tuviera que hacer con aquel aparato no debían ser más que falsas suposiciones. El *Danae* apagaría los motores cerca de Hermas para estar bien seguro. Pero «cerca» era un término muy relativo. Nadie podía saber con absoluta certeza, en un trayecto de un millón de millas, cuál sería el punto exacto en que entraría en un espacio normal. Se mantendría con los motores apagados el tiempo suficiente para verificar su línea de vuelo y su posición. En ello podrían invertir un minuto, o tal vez dos. Después volvería a lanzar sus motores para dirigirse directamente hacia Fomalhaut.

Era el tipo normal de navegación. No podía haber ninguna sorpresa. En plena línea de vuelo era totalmente inconcebible que la nave regular de pasajeros pudiera ser atacada. Y nada se podía hacer tampoco contra ella durante el minuto o dos que estuviera con los motores apagados para verificar la posición y línea de vuelo. Si realmente entraba en los planes de Larsen el atacar al *Danae,* el abismo espacial y la diferencia de potencialidad entre un aparato y otro eran tan inmensos, que el *Theban* no tenía ni la más remota posibilidad de divisar ni aun de lejos al crucero antes de que éste hubiera reemprendido su marcha, perfectamente a salvo.

Horn abandonó la sala de ingeniería para ir a tomar café con la tripulación. La verdad es que no constituían un grupo muy optimista y feliz. Los vuelos espaciales, aun desde los más remotos tiempos de los primeros motores *Riccardo*, tenían que ser perfectamente silenciosos. Y estos motores producían un estrépito terrible, casi exhaustivo. Y ahora al ruido todavía era más intenso que al principio, lo cual indicaba bien a las claras que, fuera lo que fuese que funcionaba mal, cada vez iba peor. Incluso, había cambiado del ronroneo sordo anterior al chirrido estridente que hacía en aquel momento. Y desde que Horn se hallaba a bordo, a todo ello se añadía otro ruido en un tono más sordo.

Todos los que estaban bebiendo café querían preguntar por el estado de los motores. Horn les expuso su dictamen con gran precisión. El selector de fases se hallaba en muy mal estado. Algunas piezas del *Riccardo* habían envejecido y necesitaban un reajuste urgente. Se había producido corrosión en las platinas, lo cual hacía que funcionaran en caliente, ocasionando con ello corriente de elevación que entrañaría, en caso de incrementarse, un grave peligro. Prefería, dijo Horn, no pensar en lo que ocurriría si eso se produjera. Además, había algunos circuitos que debían ser forzosamente reemplazados. Si se conocieran exactamente todas las averías, aún sería posible mantener los motores con más garantías de seguridad. Pero con toda seguridad aún había deficiencias que todavía no había descubierto. La nave, insistía constantemente, precisaba una revisión total.

En cada una de las cosas que decía procuraba mostrar una precisión y corrección de datos absoluta, previendo la posibilidad de que quizás alguno

o algunos de los miembros de la tripulación tuviera nociones o rudimentarios conocimientos de los aparatos existentes en la sala de ingeniería. Los hombres a quienes hablaba fueron creciendo en inquietud y tensión nerviosa y escuchaban con más temor que nunca el ruido de los motores. Ya oían, en su imaginación, cambios constantes de intensidad y de estridencia en el ruido. Horn consiguió despertar en ellos un estado de aprensión tal, que rayaba casi en el pánico. Pero ninguno de ellos se atrevió a dejar entrever a Larsen el menor atisbo de protesta.

Al segundo día de vuelo hacia Hermas, los motores se detuvieron en seco, inesperadamente. No había luces. No había gravedad. El sistema de renovación de aire no funcionaba. La nave parecía flotar inerte, indefensa en el espacio —en el espacio normal—, pero no era posible ver las estrellas, porque, naturalmente, todas las observaciones exteriores se hacían por medio de pantallas.

Cundió el pánico. Larsen estaba terriblemente furioso. En realidad no era más que una voz injuriante en la oscuridad, mientras que Horn, sin perder la calma, envió a alguien a que trajera las luces utilizadas en ocasiones en las bodegas de carga. Varios hombres trajeron luces, mientras que otros les maldecían por utilizarlas, ya que con ello consumían más rápidamente el aire de la nave. Alguien trajo una linterna. Después el cocinero sostenía la luz mientras Horn ajustaba algunas piezas sin resultado positivo, buscando *y* rebuscando de un lado a otro infructuosamente.

Toda la tripulación estaba reunida. Varios pares de ojos, abiertos de par en par y terriblemente asustados, se apiñaban tras la fría luz blanca de la linterna. Larsen no hacía más que repetir a voz en grito que Horn no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, y que lo mejor era recurrir nuevamente al ingeniero.

Le trajeron casi a volandas, como un pelele, agitando los brazos que pendían inertes, completamente borracho e incapaz de efectuar el más mínimo trabajo.

Larsen le hubiera matado inmediatamente de no intervenir Horn, que dijo con un tono de voz apaciguado e indiferente:

—Atrás todos. Voy a poner en marcha los motores.

Casi instintivamente obedecieron todos, debatiéndose contra la ausencia total de peso. Sus sombras aparecían distorsionadas en los muros de la sala de ingeniería. Cuando ya nadie le molestaba en sus movimientos Horn accionó la palanca de contacto.

Los motores empezaron a zumbar de nuevo. El ruido que les había mantenido a todos en tensión, por miedo de que se parara para siempre de un instante a otro se dejó sentir de nuevo. Volvió la luz. El peso de la gravedad se dejó sentir de nuevo sobre el interior de la nave. El zumbido sordo del regenerador de aire invadió la estancia. Y la tripulación del *Theban* respiró profundamente por las esperanzas que todo ello le proporcionaba.

Cuando todos se habían ido, sin haberse podido desprender todavía del regusto de la sentencia de muerte que había colgado sobre sus cabezas, Horn repasó en su mente el resultado de haber apagado los motores. Lo había hecho deliberadamente, para inculcar bien, tanto en la mente de Larsen como en la de los otros, que sus vidas dependían de él. Esperaba llegar a conseguir excelentes resultados, convirtiéndose en la sola y única esperanza de la tripulación del *Theban.*

Hasta ahora había demostrado que él era necesario, pero aún tendría

Librodot

que hacer más, mucho más, antes de que todos obedecieran sus órdenes por encima de las de Larsen.

Con gran pesar reconoció que lo mejor que podía hacer, si es que realmente había algún plan previsto para capturar al *Danae,* era destruir los motores del *Theban* en lugar de limitarse a apagarlos o desequilibrarlos de vez en cuando. Entonces moriría con la tripulación del *Theban,* pero tal vez fuera mejor así.

El *Theban* perforaba nuevamente el espacio. Larsen solía estar siempre en la sala de control o en su camarote, adjunto a la misma. Los hombres que componían la tripulación, con sus idas y venidas para preguntar a Horn con el miedo reflejado en los rostros por el estado de los motores, daban claras muestras, cada vez más evidentes de que no había otra cosa que les preocupara que los motores. Larsen, por su parte, caía de vez en cuando en un estado de malhumor y apesadumbramiento tal, que se encerraba durante días enteros en su sala de control y en su camarote, sin consentir en ver a nadie, y cuando salía reflejaba en su rostro un estado de semilocura que no le permitía otra cosa que buscar mayores complicaciones. E invariablemente las encontraba. El hombre sobre el que descargara su furia no era de envidiar ni mucho menos.

En realidad, casi siempre era el ingeniero el que pagaba las consecuencias de sus estados emocionales. De todos modos, su incompetencia era tal que, de haber continuado el *Theban* a su cargo, a estas horas no sería más que una nave indefensa y oscura a la deriva, sin gravedad, ni luces, ni tan siquiera el aire necesario que proporcionaba el sistema de regeneración, y que impedía que murieran de asfixia todos cuantos se hallaban a bordo. Se hubieran visto obligados a tomar las naves salvavidas, contando de todos modos en que se hallaran en condiciones de ser utilizadas. Pero Horn también tenía sus dudas acerca de ello.

En el resto de su recorrido hacia Hermas, los motores hicieron una demostración inequívoca de su insuficiencia. Casi sin advertencia preliminar, el ronroneo y el zumbido desequilibrado de los motores se convirtió en un silbido insoportable. Horn no se hallaba en la sala de ingeniería en aquel momento, pero al cabo de escasos segundos ya se hallaba manipulando en los motores, parándolo todo, excepto los aparatos auxiliares, antes de que se produjera una nueva fisura en el condensador del motor principal, con lo cual se reduciría considerablemente el potencial de éste, haciendo que todos los elementos del aparato funcionaran a intervalos irregulares.

Tardó cuatro horas en desmontar el condensador, limpiar y repasar cada una de sus secciones y volver a estar lanzados en velocidad normal. Entonces, Larsen, entró gritando desaforadamente:

—No me convence usted, ni me engaña —dijo sin ambages—. Creo que ha sido usted mismo el que ha provocado esta avería.

Horn le miró fijamente. Aquella situación era ridícula; los motores se hallaban en pésimo estado, pero ésta era la única avería que habían tenido los motores desde que él se hallaba a bordo; al menos la única verdadera.

—Pero —masculló Larsen con rudeza— usted conoce su oficio. De manera que le voy a hacer otro trato distinto al que le ofrecí. Otro mucho mejor. ¡Muchísimo mejor! A partir de ahora usted trabajará para mí. No quiero más averías simuladas. Ahora le diré cuál es el trato. ¡Pero basta de fingir averías!

Horn iba a decir algo, pero se arrepintió. Se encogió de hombros. Larsen estaba prácticamente a su lado, y no era el momento más oportuno para hacer proposiciones o rehusarlas. No cabía la menor duda de que Larsen se hallaba en aquellos precisos momentos en el estado mental que solía aterrorizar a los hombres de la tripulación. Por menos de nada cometería un asesinato. En un momento así podía perfectamente perder por completo la razón y matar a cualquiera, incluido Horn. Y éste necesitaba a todo trance mantenerse con vida, al menos hasta después de que el *Danae* hubiera pasado por Hermas y se hallara a salvo en dirección a Fomalhaut.

Pero si las amenazas de Larsen daban como resultado el final de todos los problemas con los motores. Horn perdería inmediatamente toda la ascendencia que había logrado sobre los hombres de la nave. No es que fuera mucha, pero podría tener necesidad de ella. De forma que hizo una nueva demostración para certificar que todos los fallos y excentricidades de los motores nada tenían que ver con él, pero que sin embargo él podía controlar aquellos fallos mejor que nadie.

El *Theban* redujo la potencia de los motores para aterrizar. El Sol, alrededor del cual giraba Hermes, se hallaba a una distancia razonable. Hermas incluso se divisaba ya perfectamente. Pero, de pronto, un ruido intensísimo, pero muy distinto a los anteriores, salió de los motores. Era como si se estuvieran reduciendo a polvo, entre los dientes de una potente trituradora, cantos calizos de gran tamaño.

Los hombres de la tripulación aparecieron ante él con evidentes muestras de nerviosismo para ver si consideraba su situación desesperante. Estaba sentado junto a los motores, concentrado. Apareció Larsen, que parecía dispuesto a estallar en cólera.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó.

—Nada por lo que merezca la pena preocuparse —repuso Horn tranquilamente—. Ese ruido se parará por sí solo. Sé lo que es.

No hizo nada en absoluto, y al cabo de unos momentos el ruido desapareció. Y desde aquel día los miembros de la tripulación del *Theban* siempre le miraron con desasosegada confianza. Los motores continuaban haciendo ruidos extraños. Ésta era, seguramente, la única nave espacial en toda la galaxia en la que la tripulación aceptaba ruidos alarmantes de los motores como una parte casi normal de sus vidas. Pero si algo le ocurriera a Horn, cundiría el pánico inmediatamente.

El *Theban* continuó hacia Hermas. Era actualmente el Hermas II, pero no había mundos habitados en su sistema solar. En el momento en que el *Theban* se aproximó a la baliza empezaban a despuntar los primeros rayos de la aurora, y cuando la nave tocó tierra era ya media mañana.

La nave fue a posarse en una amplia llanura que rodeaba la baliza. Ésta era del tipo más normal, de plástico fluorescente, visible desde gran altura, con aprovisionamientos de combustible para los años venideros, y a cubierto de cualquier posible variación de clima y condiciones atmosféricas. El campo de aterrizaje era de grandes dimensiones y estéril; había sido adecuadamente tratado con productos químicos de pulverización con el fin de evitar que hierbas salvajes invadieran aquel lugar. Pero había plantas de un tono rojizo, idénticas, en cantidad infinitesimal, que se habían adaptado e inmunizado al veneno con que habían rociado aquel sector del planeta, y crecían triunfalmente hasta una altura de no menos de dos pulgadas.

También había edificios. Hermas, en otro tiempo, había sido una

Librodot

estación espacial bien equipada. Todavía se conservaba —como todas las balizas— como un refugio comercial, y aunque las estructuras que habían albergado en otras circunstancias todo un equipo de observadores estaban ahora semiderruidas, las estanterías de los almacenes de alimentación y el tanque subterráneo de combustible para los casos de emergencia se hallaban perfectamente intactos. Si una nave tenía que ser abandonada y su tripulación se veía obligada a hacer uso de las naves salvavidas, y contando además que tuvieran que hacer escala en algún planeta-baliza, encontrarían comida que les permitiera el sustento y fuel con el que poder intentar un largo viaje.

Horn contemplaba aquella parte de Hermas desde la portezuela de salida. Larsen, tras él, le dio unos golpes en la espalda. Otros miembros de la tripulación se hallaban tras él con algunas herramientas en las manos.

—¡Usted! —dijo Larsen fríamente—. La nave ha funcionado muy bien hasta ahora. Baje a tierra y tome un poco de aire fresco.

Horn había tomado ciertas precauciones. No creía que Larsen se atreviera a despegar sin estar él a bordo, pero de todos modos había tomado sus medidas. El *Theban* no podía despegar para llevar a cabo cualquiera que fuera la empresa que se propusiera, sin la asistencia de Horn.

—¿Acaso me da vacaciones? —le preguntó Horn con una sonrisa burlona.

—¡Llámele como quiera! —replicó—. ¡Eso! ¡Llámele así! ¡Tendrá gracia!

Tal vez la idea que Larsen se había forjado de lo gracioso en aquellas circunstancias, podía ser excéntrica, pero Horn salió al exterior. El espectáculo en general de este mundo, era totalmente distinto a los que estaba habituado. Había, naturalmente, acres de terreno, deliberadamente estéril, alrededor de la baliza. La vegetación más distante a aquel lugar se podía definir, casi, como un bosque o una selva de maleza. Había una parte que era verde, y otra que conservaba el tono rojoscuro de algunas plantas ornamentales de Fomalhaut. Los edificios en ruinas que habían albergado al personal de una tripulación solitaria de la Patrulla del Espacio, ahora tenían un aspecto entristecido y desierto. El cárdeno cono de plástico fluorescente de la baliza, no daba la sensación de que nadie pudiera hacer uso de él. Horn vio la caja transmisora de la baliza, que emitía ondas Wrangel con brutal monotonía e incansablemente hasta el límite de sus posibilidades. Probablemente por millonésima vez, lanzaba al espacio las señales de su identificación.

«Baliza Hermas. Baliza Hermas. Coordenadas... —y daría su posición galáctica—. *Refugio sin tripulación. Sólo baliza. Baliza Hermas.»*

Este hecho había sido el que había hecho disparar el relé que había llevado al *Theban,* en este caso particular, a efectuar un aterrizaje que ninguna nave normal que lo hubiera captado, hubiera pensado en realizar. Era una señal, única y exclusivamente audible para un receptor de ondas Wrangel, y Horn no oía otros sonidos que los producidos por el viento y el azote de las ramas de la prolífica vegetación. Si aquellos arbustos, se les llamaban árboles, sería solamente a causa de su tamaño. De no ser por su altura y agrupamiento nadie hubiera pensado jamás en definir aquello como un bosque.

Larsen iba a la cabeza de lo que aparentemente parecía ser una brigada de trabajo alejándose de la nave, y dirigiéndose hacia las estructuras abandonadas. Horn no tenía razón alguna para unirse a ellos. Se sentó y se

puso a considerar la situación en que se hallaba y sus posibilidades. Se hallaba hondamente preocupado, aunque a decir verdad, la causa era más bien por peligros que podían acecharle y que no llegaba a sospechar. De momento, no había muchas cosas que le preocuparan, aunque quizás a no tardar mucho las tendría en exceso. No obstante, conservaba el revólver de aturdimiento, que ni Larsen ni su ayudante habían tratado de recuperar. Mientras continuara haciendo funcionar los motores, se lo pensarían mucho antes de meterse para nada con él. Aunque no por ello se hacía ilusiones de conseguir salvarse fácilmente.

Larsen, como es lógico, respetaría el trato convenido mientras tuviera algo que ganar con ello, y ese algo, estaba en la seguridad del *Theban.* La nave no parecía efectuar un viaje que estuviera respaldado por la legalidad. Era imposible que pudiera aterrizar en algún aeropuerto oficial del espacio. A ninguna nave, cuyos motores sonaran como lo hacían los del *Theban,* le sería permitido despegar de cualquier aeropuerto, por medio de la radio de operaciones de control. Y sólo hombres desesperados se atreverían a confiar sus vidas a un montón ingente de piezas mal equilibradas. Si el *Theban* se atreviera a aterrizar en cualquier parte, aparentando dedicarse a alguna rama habitual del comercio, las Patrullas del Espacio harían profundas investigaciones. Y el *Theban* no era la nave más adecuada para que se efectuara sobre ella investigación alguna.

Pero Horn no se detuvo mucho en pensar en sus propias perspectivas. A lo único que estaba dispuesto era a hacer todo lo imaginable posible para asegurar la salvación de Ginny. Si lograba que el *Theban* no consiguiera despegar, hasta que el *Danae* hubiera pasado de largo por esta baliza, entonces podría dedicar toda su habilidad y todo su ingenio y toda su energía, a arreglar su propia situación de manera tal que le permitiera reunirse con Ginny lo antes posible en Fomalhaut. Pero lo primero de todo, tenía que evitar que el *Theban* llevara a cabo sus indeseables intenciones.

Oyó ruidos secos en la distancia, y vio a la brigada de trabajo del *Theban* afanada en algo que de momento no llegó a discernir con claridad. Las hachas describían un semicírculo de destrucción en el aire. Horn miró con mayor detenimiento y por un instante no llegó a dar crédito a sus ojos. El foso de almacenamiento, recubierto de una pintura fluorescente, y donde se guardaban los alimentos más indispensables para uso y consumo de los marineros del espacio procedentes de naves a la deriva que habían tenido que abandonar forzosamente, estaba siendo abierto y destruido a fuerza de la contundencia de los golpes. Y no había razón para forzarlo de ese modo; cualquiera podía abrirlo tranquilamente. Pero lo estaban convirtiendo en astillas.

Algunos hombres descendieron al interior. Las hachas continuación rasgando el aire. Estaban destrozando todo el contenido de las reservas de emergencia, haciendo totalmente inservibles los alimentos en conserva. Los estaban exponiendo además, al aire, a los mohos, a las bacterias de putrefacción, a la descomposición, a la expoliación, y en una palabra a la destrucción y aniquilamiento total. Lo que estaban haciendo no tenía valor positivo alguno. No era más que un crimen injustificable cometido contra cualquier posible fugitivo que llegara hasta allí en un bote salvavidas espacial en busca de provisiones para saciar el hambre, en el transcurso de un esfuerzo desesperado por llegar a Fomalhaut si iba en una dirección, o hasta la baliza Carola si iba en otra.

Librodot

Oyó una voz plañidera tras él:

—¿Están... mirando en esta dirección? —la voz era la de un hombre sometido a una tensión nerviosa incontrolable. Daba muestras al mismo tiempo de estar invadido por el terror—. ¿Están... puedo... escapar?

Sin volver la cabeza, Horn respondió pausadamente:

—Están destruyendo los almacenes de alimentos para casos de emergencia. Y parece que están disfrutando con ello enormemente. No veo a nadie que esté mirando hacia aquí.

Oyó un ruido de pasos. Horn no hizo mención de volverse para mirar. El ruido de los pasos, sin duda a causa del pánico que invadía a quien lo producía, se aceleró para perderse por el lado contrario de donde estaba la nave. El último indicio de quien huía, se perdió definitivamente entre la alta vegetación que se alzaba por el extremo opuesto. El ingeniero tenía un terror tal de todo cuanto significara la presencia de Larsen, que prefería abandonar la nave y quedarse perdido en un planeta deshabilitado, en el que no había razón alguna para que alguien visitara a no ser una vez cada diez años aproximadamente para repostar las balizas de señalización. Pero ahora se daba cuenta, de que el ruido extraño que le había recordado el entrechocar de botellas y que había oído al mismo tiempo que los pasos, sobre el que huía, no era sino efectivamente todo un cargamento de botellas con las que el pobre ingeniero contaba para hacerse la vida más soportable. No se había llevado comida; y era muy poco probable que se hubiera procurado un arma. Pero tampoco era presumible que hubiera hecho un acopio desmedido de botellas, sabiendo la necesidad imperiosa que tendría de correr y correr sin descanso, hasta que estuviera seguro de que ya no era posible que le pudieran dar caza.

Horn se alejó todavía más de la nave. Toda la tripulación se había mostrado de acuerdo en que Larsen había cometido barbaridades con el ingeniero, y sobre todo cuando salía de su camarote después de haber estado algunos días encerrado en él, apesadumbrado por negros pensamientos y gestando un mal humor tal, que nada tendría de extraño si en ocasiones le llevara a cometer un crimen. Si el ingeniero prefería alzar el vuelo, eso no era de la incumbencia de Horn. Sólo estaba fría y resolutivamente decidido en un punto: desbaratar los planes, cualesquiera que fuesen, de Larsen contra el *Danae*.

Anduvo lentamente hasta la tobera de una baliza, por no querer ser testigo de la destrucción de comida desparramada y maltratada por los malhechores. Había dos hombres cavando la tierra, cerca de la tobera. Apenas le miraron un instante.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó con el tono más tranquilo posible.

—Son órdenes del jefe. ¡Y aquí estamos!

Una de las herramientas encontró un tanque enterrado a tres pies de profundidad. Limpiaron bien un trozo de su superficie y después salieron del agujero. El hombre que había hablado, sacó un hacha, y tendido junto al borde del hoyo descargó un golpe con todas sus fuerzas. Casi al instante se produjo un silbido estrepitoso y acompañado del vaho insoportable del fuel especial para naves. Del agujero que había abierto el hacha, manaba un fluido a borbotones. Y al mismo tiempo que parecía hervir inconteniblemente, llenaba el aire de un vapor blanquecino. El combustible para naves era normalmente un gas, que pasaba al estado líquido en cuanto se le sometía a una presión de una o dos atmósferas. Se disolvía en los

depósitos de combustible de una nave o de un bote salvavidas, y producía electricidad gracias a una complicada reacción de desplazamiento y degradación que producía energía y por fin una sustancia cerácea, que flotaba sobre el combustible y se adhería a las paredes del depósito. El gas permitía que una nave pudiera llevar más energía que cualquier otro sistema no nuclear de aprovisionamiento de energía, y que podía ser reconstituido gracias al sobrante de energía eléctrica ahorrada al efectuar un aterrizaje por radio. Esta era una de las razones por las que las naves modernas no necesitaban llevar consigo ingenieros que vigilaran la producción de energía, al mismo tiempo que el funcionamiento de los motores.

Horn no dijo nada. Era demasiado tarde. La destrucción de los alimentos, dejados en un principio como recurso para posibles sobrevivientes del accidente fatal de una nave era un hecho consumado. Era un crimen insensato, sin finalidad aparente alguna, perpetrado contra seres totalmente desconocidos. Y ahora, las reservas de combustible para tales sobrevivientes también quedaban destruidas. Y ello todavía tenía menos sentido.

Llamó Larsen. Los dos tripulantes fueron hacia él, y Horn siguió tras ellos más pausadamente. Trataba de relacionar estos actos tan impropios y carentes de todo sentido con el hecho de que Larsen arriesgara su propia vida y la de sus tripulantes a punto de saltar en mil pedazos en el *Theban*, y también que justificara el rapto de que él mismo había sido objeto, y que al mismo tiempo involucraba el rendez-vous con el crucero *Danae.*

—¡Ahora! —dijo Larsen con gran deleite—. ¡Ahora nos vamos a divertir! ¡Id a cogerle!

Tres de los hombres fueron hacia la nave. No parecían estar obedeciendo con agrado, pero fueron. Y Horn sabía perfectamente lo que iban a buscar. Larsen se había quitado el cinturón. En uno de los extremos había una pesada hebilla que hacía oscilar como un péndulo. Con una mueca se volvió hacia Horn, pero en aquel momento no había indicio alguno de diversión en sus ojos. Eran impenetrables, negros e inexpresivos.

—¡Esto le gustará! —dijo Larsen en un tono de voz que horripilaba por anticipado a causa de su intención—. Se le considera como un ingeniero, pero consintió que los motores se estropearan. Estaba borracho cuando empezaron a averiarse. ¡Ya estaríamos todos muertos si nuestras vidas hubieran tenido que depender de él! —Hizo una nueva mueca que denotaba asco. Deliberadamente se estaba dejando llevar por una rabia que le impulsaba al crimen, mientras hacía restallar incontenible el cinturón con su temible hebilla en un extremo—. ¡No consiento que los hombres de mi tripulación tengan el menor descuido! ¡Cuando no cumplen con su obligación se lo hago comprender! ¡Se-lo-hago-comprender! ¡Y éste se va a aprender la lección en cuanto le eche la mano encima!

Uno de los tres individuos que habían ido a la nave, apareció en la portezuela de entrada. Gritó para llamar la atención, y Horn entendió algunas palabras:

—…no está aquí… escapado…

Larsen lanzó una maldición. Después ordenó:

—¡Pues id a buscarle! ¡Seguidle el rastro! ¡Cogedle! —No es que elevara excesivamente la voz, pero el tono con que dijo las palabras era mortal. Horn, con excesivo cuidado para no levantar sospechas, se aseguró que llevaba la pistola de aturdimiento de tal manera escondida que le permitiera

Librodot

hacer uso de ella con rapidez y facilidad. Vio cómo los restantes miembros de la tripulación se ponían en movimiento para obedecer sus órdenes, y pensó en lo que probablemente ocurriría poco después. Era evidente que las intenciones de Larsen eran azotar al ingeniero, como solían hacer los capitanes de barco quinientos años antes. Pero Larsen no daba la sensación de querer inflingir un castigo para conseguir disciplina. Parecía más bien disfrutar, por el simple hecho de hacer daño.

Horn se vio invadido por una ira repentina. Su obligación insoslayable, era la protección de Ginny y proteger al *Danae*, y no podía hacer nada que significara un peligro para ella. Pero hay cosas que un hombre no puede contemplar tranquilamente y sin reaccionar contra ellas.

Oyó gritos tras la pantalla de alta vegetación, y se preguntó con sarcasmo si los hombres que parecían que estaban buscando, no estarían con sus gritos advirtiendo al fugitivo para que se escondiera.

Pero el ingeniero no podía haber ido demasiado lejos, sobre todo teniendo en cuenta que iba cargado con un buen número de botellas que le ayudarían a olvidar temporalmente la ruina de hombre en que se había convertido.

Después se oyeron gritos más fuertes. Los hombres aparecieron en el límite de la semijungla. El pelirrojo del *Theban* gritaba con aire triunfal. Había encontrado al ingeniero, acurrucado entre el espeso follaje, tratando desesperadamente de quedar inconsciente antes de que dieran con él. El único instinto que parecía funcionarle, era el de huir de los terrores de su situación, antes que de la situación en si.

El pelirrojo fue arrastrando a la diminuta figura hacia Larsen. Horn llegó a la definitiva conclusión de que no podría estarse cruzado de brazos mientras aquel hombrecillo era asesinado por Larsen con un cinturón del que pendía una pesada hebilla. Tenía una cantidad enorme de probabilidades de que él también resultara asesinado si se inmiscuía en el asunto. Pero si le mataban, el *Theban* no podría despegar de Hermas, para llevar a efecto los propósitos de Larsen contra el *Danae*. ¡Al fin y al cabo, Ginny llegaría a Fomalhaut sana y salva! Quedaría profundamente entristecida cuando supiera que Horn no estaba. Y le esperaría durante mucho tiempo siempre con la ilusión de que algún día volvería. Pero al menos se hallaría a salvo.

Horn, como por azar se llevó a la mano al bolsillo donde guardaba el revólver. Tendría que estar muy al tanto para escoger el momento oportuno...

Todo cuanto podía hacer, era imposibilitar a toda la tripulación del *Theban* y después despegar él solo en la nave. Pero en cuanto hiciera eso, todo habría terminado para él también. No era ningún conocedor de la navegación astral. Conocía los polos galácticos, y era capaz de reconocer la longitud galáctica. Pero era muy poco probable que pudiera encontrar el camino de vuelta, o sea, Fomalhaut. Había demasiadas estrellas. No era capaz de localizar Fomalhaut entre millares de otros soles flameantes. Desconocía la magnitud absoluta de Fomalhaut, su distancia, o su tipo espectral, y no había utilizado nunca un espectroscopio de identificación. Sabía mantener una nave en su línea general de vuelo, pero el encontrar Fomalhaut para él era tan improbable como el hallar una brizna específica de hierba en un acre de césped. Había tantísimas estrellas.

De pronto se oyó un ruido estridente, fuerte, que lo invadía todo. Un

relé había operado desde algún sitio dentro de la tobera de la baliza. Aquellos ruidos vinieron acompañados por otros muy empotrados en los muros laterales de la baliza.

«*¡Mayday! ¡Mayday! ¡Mayday! ¡Crucero* Danae *solicitando ayuda! ¡Crucero* Danae *solicitando ayuda! ¡Mayday!¡Mayday! ¡Mayday!*»

Aquella voz, repitiendo interminablemente la llamada de auxilio, se oiría sin duda a muchas millas a la redonda.

Larsen se apresuró en dar órdenes y empezó a correr hacia el *Theban*.

Capítulo IV

Los hombres salieron de debajo de aquella jungla de Hermas, tan curiosa por su forma. Corrieron alocadamente por ganar la escotilla de entrada del *Theban.* El pelirrojo fue de los últimos en llegar, porque arrastraba con él al ingeniero. Larsen empezó a dar prisa a todo el mundo. Los hombres subieron a bordo de la nave.

El pelirrojo dijo con tono de desprecio, como si quisiera halagar a Larsen:

—¿Qué hago con él? —sacudió con énfasis al ingeniero—. Lo dejo, lo mato, ¿o qué?

La llamada de auxilio ose repetía una y otra vez y sus ecos recorrían la hirsuta vegetación de Hermas. *«¡Mayday! ¡Mayday! ¡Mayday! ¡Crucero* Danae *solicitando ayuda! ¡Crucero* Danae *solicitando ayuda! ¡Mayday! ¡Mayday! ¡Mayday!»* Larsen hizo un gesto con el dedo pulgar y el pelirrojo cargó con el hombrecillo y subieron a bordo. Horn ya estaba dentro de la nave. Larsen y el pelirrojo ayudaron a subir a la nave a los componentes de la tripulación que aún estaban en tierra; después Larsen cerró la escotilla.

—Necesitamos a toda costa que los motores funcionen a la perfección —le dijo a Horn elevando la voz y con malos modales—. ¡No quiero tropiezos! —Y después añadió dirigiéndose a la tripulación—. Subid al ingeniero.

Fue hacia la escalerilla metálica que conducía a los pisos superiores de la nave, con Horn prácticamente pegado a sus pies. Los hombres de la tripulación se dirigieron hacia sus puestos habituales en las operaciones de despegue. Aún no había transcurrido una decena de segundos cuando el mayor de los silencios cundió en la nave, a excepción de los tropezones y sacudidas que daba el ingeniero mientras era ascendido por la escalera a los pisos superiores.

Cuando Horn llegó arriba se situó junto a los motores, mientras tenues y repetidos escalofríos le recorrían la espina dorsal. ¡El *Danae* se hallaba en peligro! Estaba emitiendo en su onda normal, lo que casi era un grito inevitablemente estéril en solicitud de ayuda. Aún oía el monótono *staccatto* S.O.S., que era radiado a través de los comunicadores de la sala de ingeniería. *Mayday* era la llamada de auxilio tradicional.

Horn se hallaba de un humor insoportable, pero más que nada era a causa de la sorpresa que había recibido. Había llegado a la conclusión de que Larsen planeaba algún plan de acción contra el *Danae*, por lo cual tomó la decisión de imposibilitar al *Theban* de forma que fracasara totalmente la consecución de cualquier acto de piratería. Pero lo que hubiera ocurrido había sido realizado en otro lugar distinto, y por otras personas. El *Theban* no tenía más que aprovecharse de las circunstancias.

Los motores estaban a punto. Horn accionó los mandos de contacto. Los motores lanzaban un ruido infernal, casi de protesta, mientras el *Theban* se elevaba lentamente. Entonces Larsen, desde la sala de control, aceleró a fondo, y el *Theban* comenzó su escalada hacia el espacio. Se oían ruidos que procedían de la chapa exterior. Indudablemente el caparazón de la nave se calentaba a causa de la fricción. Poco después, en cuanto el *Theban* se halló en el espacio abierto los ruidos se fueron amortiguando y el aparato perdió casi de vista el planeta Hermas.

Horn realizó una bien disimulada conexión que él había ideado. Era una artimaña que no entrañaba ningún peligro y de una simplicidad increíble. Si algo se averiaba en los motores, éstos dejarían de funcionar instantáneamente antes de que quedaran totalmente destruidos. Era ésta una precaución que le permitía abandonar la sala de ingeniería. No estaba dispuesto a quedarse allí sin tener ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo.

Volvió a asegurarse de que llevaba consigo el revólver, subió a la sala de control, y miró al interior desde la puerta. El ingeniero estaba sentado en el suelo, gimoteando cerca de la pared. Larsen y el pelirrojo miraban fijamente las pantallas que tenían ante ellos.

—Seguro que vendrá desde Carola a toda la velocidad que le permitan sus motores —masculló Larsen.

El comunicador continuaba repitiendo incesante su llamada, invariable, siempre denotando la misma urgencia. Como es lógico la baliza de Hermas era fácilmente distinguible incluso para una nave volando a toda la velocidad que le permitían sus motores.

Larsen volvió a gritar, pero esta vez su voz denotaba satisfacción:

—Esa nave va descontrolada. Y tiene que ir hacia Hermas. ¡Tal como habíamos previsto!

Se fue hacia el computador de la nave. Era un modelo anticuado, y Horn se las hubiera visto y deseado para poder hacer uso de él, pero Larsen tocaba botones y más botones como si estuviera imbuido de una seguridad matemática constante. El problema residía en hacer una lectura correcta y precisa de la posición del *Danae*, de su ruta, y velocidad hacia Hermas, y computar una serie de rutas y velocidades para el *Theban* que tendría como consecuencia que las dos naves volarían una al lado de otra, a la misma velocidad y lo más cerca posible entre si.

El computador dio como respuesta una tira de papel, en la que se leían rutas, tiempos y aceleraciones, e inmediatamente, Larsen se puso a obedecer sobre los mandos las indicaciones dadas por el computador.

Horn no hacía más que maldecirse a sí mismo. El *Theban* sabía por anticipado que el *Danae* llegaría aquí emitiendo llamadas de auxilio. Larsen había arriesgado su vida y la de todos los hombres que llevaba a bordo con la única intención de estar presente para poder recibir tales señales. Había raptado a Horn para que los motores del *Theban* no dejaran de funcionar porque sabía que el *Danae* solicitaría auxilio en este mismo lugar y en este momento preciso.

¿Pero qué había ocurrido? y lo que aún era peor, según el cariz que estaban tomando las cosas ¿qué iba a ocurrir?

El *Theban* proseguía su marcha con la tenue luz de una luna en cuarto menguante que iluminaba parcialmente un planeta que tenía tras ella. Horn notó que la garganta se le secaba irresistiblemente y empezó a imaginarse

las cosas que podrían haber ocurrido. Si el *Danae* necesitaba ayuda. ¡Ginny podía estar muerta! Era absolutamente necesario asegurarse.

Pensó que había oído una ligera excentricidad en el ruido de los motores. Aquellos ruidos de haberlos oído un hombre del espacio acostumbrado a un aparato normal de líneas regulares, le hubieran paralizado el corazón por el terror irreprimible que le hubieran causado. Pero Horn bajó tranquilamente para averiguar cuál podía ser la causa de aquellos nuevos ruidos. Halló una pequeña reparación a hacer, cuya avería había sido causada por la vibración que hacían los otros ruidos.

Todavía se hallaba trabajando sobre ello cuando el *Theban* cesó en su aceleración hasta entonces constante hacia el *Danae*, y continuó trabajando mientras varios cambios en la intensidad de energía le confirmaron que el aparato estaba en plena desaceleración para volver después a alcanzar lo que realmente tenía que ser su línea de vuelo, y su velocidad. En cuanto terminó el trabajo volvió a subir a la sala de control. Larsen y su compañero estaban tratando por todos los medios de centrar en la pantalla un pequeño punto brillante. En la pantalla no había más que oscuridad, y solo un punto rutilante reflejaba un brillo que parecía estar más cerca que las estrellas.

El *Theban* proseguía su marcha. Aquel puntito de luz comenzaba a aumentar de tamaño. Fue cambiando de forma para convertirse en algo largo, pulido, resplandeciente, que era el crucero del espacio *Danae*. Era una aguja de metal pulido sobre la pantalla.

—Vamos a intentar llamar —propuso Larsen—. Se apoderó del comunicador. La recepción de la llamada de auxilio quedó interrumpida.

—*Theban* llama a *Danae* —dijo—. ¿Qué les sucede? Les vemos perfectamente. Nos hallamos muy cerca de ustedes. ¿Qué les sucede?

Soltó el botón de llamada. El altavoz de la sala de control irrumpió.

—*¡Crucero* Danae *solicitando ayuda! ¡Mayday! ¡Mayday! ¡Mayday! ¡Crucero* Danae *solicitando ayuda!*

Y así continuó incansablemente, sin esperar ni siquiera la respuesta por la que tanto ansiaban. Larsen volvió a apretar el botón de llamada.

—Nos hallamos a un milla de ustedes —gritó—. ¿Qué les ocurre? Respondan.

Dejó de oprimir el botón y surgieron idénticas voces en demanda de auxilio, mientras volaba ciegamente a través del sistema solar de Hermas. El casco no mostraba daño aparente. A juzgar por la línea de vuelo que llevaban, y la insistente solicitud de ayuda que hacían, la avería debía ser de inyección de energía. Sus prolongados ejes marcaban perfectamente la línea de vuelo. Los giroscopios funcionaban. Parecía y actuaba realmente en estos momentos como una nave controlada a la perfección, y cuyas unidades de astronavegación automática funcionaban con entera normalidad. Pero sin embargo no cesaba de repetir a todas las estrellas que necesitaba ayuda, que necesitaba ayuda y que necesitaba ayuda.

Larsen trató por dos veces más consecutivas obtener respuesta de la nave en apuros. El *Theban* se hallaba actualmente a una milla de distancia. Se hubiera podido pensar, que por cualquier razón concebible la radio del *Danae*, no funcionaba. ¡Pero no era así!

Larsen giró sobre sí, e hizo un gesto de incomprensión al pelirrojo. Se levantó de la silla de piloto que ocupaba, y gesticuló con una mano a su compañero, para que ocupara su sitio. Bajó la mirada para contemplar al aterrorizado ingeniero, que en estos momentos no sollozaba, pero que le

miraba con gesto lastimero.

—¡Vete! —dijo Larsen con sarcástica gentileza—. ¡Ya no sirves para nada, así que vete!

Pero no esperó ni a ser obedecido. Cogió al diminuto ingeniero por las solapas de la chaqueta y lo arrojó sobre la cámara reguladora de la presión de aire de la sala de control. Por necesidades naturales había más de una cámara de ese tipo en una nave y sólo por sentido común se requería que estuvieran bien separadas. Horn miró al interior de la cámara. Había varios trajes espaciales colgados en distintas perchas. Los trajes espaciales tienden a arrugarse de un modo particular cuando se les deja colgados durante mucho tiempo. Pero como la presión de aire de los mismos pasaba por rigurosísimos reconocimientos, siempre estaban a punto para ser utilizados.

Larsen entró en la cámara de aire, y volvió a tomar entre sus manos al ingeniero. Los ojos de Horn se dirigieron con ansiedad hacia la imagen del *Danae*. La nave espacial, pilotada en estos momentos por el pelirrojo, se había inclinado paulatinamente hasta que los dos aparatos formaron una paralela perfecta el uno con el otro. El comunicador no cesaba de repetir:

«¡Mayday! ¡Mayday! ¡Mayday! ¡Crucero Danae *solicitando ayuda! ¡Crucero* Danae *solicitando...!»*

Se oyeron más ruidos en la cámara de aire, que recogían los micrófonos. No eran ruidos agradables. Horn dedujo que Larsen se estaba embutiendo en un traje espacial, al mismo tiempo que obligaba al ingeniero a hacer lo propio. Al cabo de pocos segundos, mascullando interjecciones, aporreó al hombrecillo de forma estrepitosa, con lo que al parecer logró sus propósitos.

Horn apretó las mandíbulas hasta el extremo de llegar a rechinar los dientes. Pero ya había sufrido una lección. Debía mantenerse bien a cubierto por encima de cualquier circunstancia, en bien de Ginny. Su único propósito en la vida, por el momento, debía ser solamente su dedicación absoluta a Ginny y su seguridad. Si el *Danae* volaba a la deriva o descontrolado, los motores del *Theban* tenían obligatoriamente que funcionar. Pero no debía inmiscuirse en aquellos asuntos con anticipación; tenía que lograr un funcionamiento perfecto de aquellos motores, hasta que llegara el momento crucial en que tuviera que arriesgado todo para sacar ventaja de la oportunidad.

El *Theban* se fue acercando más y más a la otra nave. Se apreciaban perfectamente los detalles exteriores del *Danae*: Puertas grandes, las barras de una escalerilla exterior y las piezas en U que respaldaban a quien tuviera que hacer uso de ella en tierra para examinar desde el exterior todas las partes de la nave. Distinguió los diminutos trípodes proyectados que constituían los ojos de la nave, que a su vez proporcionaban una visión mucho más precisa y clara sobre las pantallas de la sala de control que lo que se pudiera apreciar con el ojo humano.

La sala de control del *Theban* se había convertido en un auténtico manicomio. La grandiosa nave continuaba su marcha, silbando casi imperceptiblemente hacia las estrellas. A través de los micrófonos instalados en la cámara de aire llegaron otros sonidos. Larsen ató el traje espacial del ingeniero al suyo, mientras éste protestaba histéricamente. Se colocó el casco espacial y el transmisor que llevaba acoplado redobló las imprecaciones. La voz de Larsen sonaba estentórea, al mismo tiempo que su tono denotaba que él también se había colocado el casco y que había puesto

su transmisor en acción.

—Preparados —dijo Larsen a través del altavoz—. Acércate cuanto puedas.

Se encendieron las luces de la escotilla, lo cual fue indicio que la puerta de la cámara estaba abierta. Ahora era totalmente imposible interferir en lo que allí ocurriera. Mientras la puerta de salida estuvo abierta la interior permaneció cerrada. Cualquier rastro de aire en la cámara, había desaparecido para ir a perderse entre las estrellas. Si la puerta interior del *Theban* se abriera instantáneamente dejaría de haber hombres con vida en la nave. Se convertiría en un simple féretro, vagando por el espacio sin dirección fija y sin una causa determinada.

El *Danae* no estaba a más de cien yardas, y el *Theban* continuaba acercándose. Lentamente, poco a poco. Aquel enorme aparato llenaba casi por completo la pantalla. Después lo hizo totalmente. El *Theban* llegó a un punto en que el aproximarse más hubiera significado el chocar de lleno con la nave que solicitaba auxilio.

Las llamadas de emergencia continuaban. Entre las silabas incansablemente repetidas llegaban los gritos del ingeniero qué denotaban un terror rayano en la locura.

Poco después, Horn distinguió al ingeniero en una de las pantallas. Era un objeto tembloroso dentro de un traje espacial hinchado; un objeto que volteaba en el espacio, que estaba tan pronto con los pies arriba como abajo. Y que movía los brazos espasmódicamente entre las dos naves. Flotaba sin embargo hacia el *Danae*.

Por encima y por debajo de él no había más que un vacío infinito. Había estrellas hacia las que podía caer libremente lanzando gritos de desesperación durante cientos de años, y sin llegar todavía a estrellarse sobre ellas. A sus costados las naves proseguían su vuelo, aunque le daba la impresión de que de un momento a otro iban a unirse totalmente sus cuerpos, aplastándole en medio. Volvió a chillar…

Se oía la voz de Larsen que le gritaba sin descanso. Larsen había arrojado al hombrecillo por la puerta de la cámara de aire hacia el *Danae*. Las dos naves, mantenían casi la misma velocidad, pero no idéntica. Mientras el ingeniero se debatía entre ambas, el *Danae* redujo durante una fracción de segundo la velocidad, y luego recuperó su velocidad normal. Larsen comenzó a lanzar imprecaciones; en aquellos instantes la ira y el nerviosismo debían estar consumiéndole; recurría a todas aquellas palabras imposibles de transcribir para aterrorizar más al ingeniero y obligarle a continuar su marcha.

El pelirrojo varió la posición del *Theban*; con un aparato de la envergadura del *Danae* tras ellos, no haría falta un gran impacto para destruir totalmente la nave que pilotaba. Una vez rectificado el rumbo, volvió a aproximarse paulatinamente, hasta el extremo de que daba la impresión de que el *Danae* iba a hacerse inalcanzable, y el ingeniero continuaba flotando, arrastrado por el espacio, y sin dejar de gritar…

Por fin tocó la nave y ya no se separó de ella. Pegado como iba al cuerpo del aparato, se debatía por asirse a él sin conseguido. Las manos y las piernas, aspeaban infructuosamente. Todo era inútil. Era incomprensible que ni lograra apoyar sus botas de suela magnética, sobre el cuerpo metálico del *Danae*, para dominar el inexorable movimiento del vuelo.

Pero a medida que iba resbalando sobre el metal del aparato, las barras

de la escalera metálica le retuvieron.

El ingeniero no las vio, a pesar de que sobresalían más de cuatro pulgadas de la plancha metálica. Pero entonces se dio cuenta y se agarró a ellas tenazmente. Sus movimientos poseían todo el dramatismo del hombre que se pierde en las profundidades del infierno. Daba la sensación de que los brazos le hubieran quedado agarrotados sobre su presa.

Tras aquellos momentos de incontrolable temor, el hombre se dominó. Adoptó una posición más decidida, aunque no por ello dejaba de gimotear amargamente. Sus lamentos y sollozos eran transmitidos a la sala de control del *Theban* entre las sílabas que se estaban convirtiendo en una pesadilla enloquecedora de la llamada de auxilio.

El ingeniero continuaba asido a los barrotes de la escalera metálica, como si nunca tuviera que separarse de ellos. Larsen continuaba gritándole, incitándole, amenazándole, entre maldiciones y espasmos de cólera. El *Theban* se alejó lentamente, redujo la velocidad para quedarse atrás, y poco a poco comenzó a haber cien yardas de distancia entre las naves, y doscientas y trescientas y cuatrocientas. Poco después ya había una milla entre ambos aparatos, y el ingeniero se apercibió de ello. Un pánico mucho más intenso se apoderó de él. Llegó al convencimiento de que le abandonaban. Sus gritos eran terribles, implorando con el mismo histerismo que antes. Pendía de media pulgada de metal, al exterior de un enorme aparato que no respondía a las llamadas y que debía hallarse sin vida. Y a su alrededor no había más que estrellas y el *Theban* que se alejaba.

Aterrorizado, sin fuerzas para seguir gritando, el ingeniero comenzó a desplazarse a lo largo de los anillos de la escalera exterior. Hubo un momento en que sus pies resbalaron y sus manos no llegaron a asirse a aquel casco gigantesco. Las piernas alzadas al aire. Los gritos se redoblaron. De pronto, sus pies tocaron algo sólido, y pudo recuperar nuevamente el terreno perdido. Y desde la puerta abierta de la cámara de aire del *Theban,* Larsen le contemplaba y mascullaba amenazas.

Tras un período de tiempo que pareció bastante prolongado, y durante el cual el ingeniero se esforzó por desplazarse a lo largo de la nave, sus desvelos se vieron recompensados por la llegada al doble casco que da cabida a una nave salvavidas. Estaba entreabierto, y se arrastró hasta su interior. Unos minutos más tarde la escotilla de ese doble casco se cerró bruscamente. El hombrecillo había encontrado el botón de control que la cerraba. En cierto modo, era una cámara de aire, que podía utilizarse para que los pasajeros y la tripulación pudieran tomar posiciones en las naves salvavidas, en los casos en que hubiera que abandonar un aparato. Una vez la enorme escotilla cerrada, le sería factible hacer penetrar aire en el doble casco, y una vez la presión equilibrada, entrar dentro de la nave.

Aparentemente, eso era lo que el ingeniero había hecho. Estaría ansiando entrar en la nave a la que había sido arrojado. Y una vez dentro…

No ocurrió nada. Las urgentes llamadas de auxilio, continuaban resonando en la sala de control del *Theban. ¡Mayday! ¡Mayday! Crucero* Danae *solicitando ayuda! ¡Crucero* Danae *solicitando ayuda!»* Larsen cerró la escotilla exterior y salió de la cámara de aire. Seguía vistiendo el traje espacial, sólo que con uno de los cierres abiertos.

Las dos naves se mantenían a distancia. Se hizo cargo de los mandos, y condujo al *Theban* nuevamente hacia las proximidades de la otra nave. Los dos aparatos seguían adelante, hacia el sol Hermas. Y no ocurría nada. Y no

ocurría nada. ¡Y no ocurría nada!

Larsen comenzó a gritar de forma incoherente. Maldecía al timorato ingeniero, de tal manera, que Horn no recordaba haber oído a nadie decir cosas semejantes!

Súbitamente, la enervante llamada de auxilio, dejó de oírse. El cambio en la sala de control del *Theban* fue tan brusco que casi no dio tiempo a reaccionar. Durante unos segundos todo pareció la mar de tranquilo.

Se produjo un intervalo considerable antes de que el zumbido y el ronroneo de los motores volviera a dejarse sentir de nuevo.

Larsen lanzó un grito de triunfo tan estentóreo como antes lo habían sido los de ira.

—¡Lo ha conseguido! ¡Llegó hasta la sala de control!

El pelirrojo murmuró algo entre dientes. Larsen se dispuso a utilizar la radio:

—«¡Llamando al *Danae*! —dijo junto al micrófono—. ¡Llamando al *Danae*! ¡Vamos! ¿Qué es lo que ocurre a bordo?

Se oyeron unos ruidos apenas perceptibles; después llegó la voz del ingeniero. La intensidad de su voz era irregular, igual que ocurre con un niño que acaba de llorar.

—¡No hay... nadie aquí!

Horn lo oyó desde el lugar que ocupaba, sumido en la incertidumbre, al otro lado de la puerta de la sala de control. La voz del ingeniero prosiguió:

—Las naves salvavidas no están. Aquí no hay nadie..., ¡nadie! ¡Es una nave a la deriva! ¿Qué..., qué hay que hacer? —la voz reflejaba el estado de ánimo en que se hallaba—. *¡Yo no sé cómo hay que pilotar una nave! ¡No lo sé! ¿Qué debo hacer?*

Horn, mientras lo escuchaba tuvo un acceso momentáneo de locura. Ginny debería haber estado a bordo del *Danae.* Pero si no había nadie a bordo, no podía estar ella. Ello le produjo una impresión cegadora, increíble.

Cuando nuevamente capaz de pensar, oyó a Larsen que decía con vehemencia:

—Estás en el tablero de mandos. Los repetidores giroscópicos están frente a ti. Una de las agujas marca noventa y tres grados. Esa es tu longitud galáctica. La otra señala veinticuatro. Esa es la latitud. Compruébalo.

Una parte del cerebro de Horn escuchaba y oía. Una parte se percataba del zumbido de los motores, al que ya casi había llegado a acostumbrarse. Oía a Larsen que daba a gritos instrucciones de cómo acoplar tales y tales aparatos, hasta que ésta o aquella aguja señalaran tal o tal cosa. Oía las respuestas preñadas de pánico del ingeniero. Pero todo ello no tenía la menor importancia para Horn. Lo que le invadía de angustia era que Ginny no estaba en el *Danae.* Y tenía el firme propósito de desenmascarar a quienquiera que fuera el responsable de lo que le hubiera sucedido a Ginny, y tomarse una completa revancha de ello. Larsen, sí. Pero Larsen personalmente, no había sido quien había dejado al *Danae* a la deriva. Y Horn, encontraría a todos y cada uno de los que hubieran tenido la mayor o menor parte de culpa del desastre y mataría...

Larsen proseguía alzando la voz:

—No te muevas de donde estás. Sigue informando. Te ayudaré a salir de ahí.

Horn, oía, sentía, olía, veía, pero sus emociones estaban paralizadas.

Ginny era víctima de un crimen monstruoso. La emoción le tenía anonadado. Era incapaz de responder de nada; era como un autómata. Pero sabía que no actuaría como tal, cuando le llegara el momento de averiguar lo que había ocurrido y quién había sido el causante. ¡Entonces reaccionaría! Pero en estos momentos estaba hundido física y moralmente. Podría ser —sería— frío, duro, y persistente hasta que lo supiera todo. Y entonces...

—Dame la lectura de lo que indiquen los motores —ordenó Larsen. Después lanzó una maldición—. No. Olvídalo. Esos motores no son del tipo *Riccardo*, y no podrías tomar tierra por más que te explicara. Tienes cohetes de emergencia. Cuando te haya llevado hasta la atmósfera, accionarás los mandos de aterrizaje de emergencia, y ellos se encargarán de hacer posar la nave. Ellos se cuidarán de los cohetes retropropulsores, y de las lecturas del radar para tomar tierra hasta el último momento.

Horn sabía que era cierto. Cuando los vuelos «*Riccardo*» eran de uso corriente, quemando mucho combustible y con gran habilidad, una nave podía despegar o aterrizar donde no hubiera sistema de radio de aterrizaje. En aquellos días hacía falta mucha más habilidad. Pero actualmente, las naves se limitaban a ir de puerto en puerto y de un radio aterrizaje a otro. Llevaban cohetes para casos de emergencia imprevisibles, pero a los oficiales de nave actuales ni siquiera se les exigía el saber cómo pilotar una nave propulsada por cohetes. Había un radar para dar datos precisos y un computador electrónico para dar las órdenes basadas en las averiguaciones efectuadas por el radar. El automatismo conduciría a una nave a tomar tierra en cualquier mundo, con el debido permiso para variar los campos gravitatorios. La única supervisión humana requerida, era la elección del tipo de terreno para convertirlo en zona de aterrizaje.

Sin saber exactamente qué determinación tomar en aquellos momentos, Horn volvió junto a los motores. Desde su puesto, oía los gritos de Larsen, que continuaba dando instrucciones al ingeniero a bordo del *Danae.* Era curioso observar, que después de haber sido prácticamente arrojado a través del vacío hacia el *Danae,* el ingeniero deseaba ardientemente volver a bordo del *Theban.* Pero no entendía más que de motores «*Riccardo*». Teniendo a su disposición la nave más perfecta que se pudiera hallar en toda la galaxia, con cantidades ilimitadas de combustible, era incapaz de hacerse cargo de ella para dirigirse hacia un planeta habitado. Quizá pudiera vivir en total soledad dentro de la nave durante varios años, o volverse loco. Y aquel hombrecillo, era impotente para hacer frente a cualquiera de las dos posibilidades. Con un sudor frío que perlaba su frente y aterrorizado, obedecía las órdenes de Larsen con la esperanza de poder volver a la situación de la que había salido. O mejor dicho, de la que le habían arrojado.

Horn no se apercibía del paso del tiempo. Se hallaba en un estado totalmente anormal. No era más que manos, pies, brazos y cuerpo, haciendo de un modo casi mecánico cuanto creía más apropiado, de forma que le llevara a averiguar si Ginny había sufrido algún daño, y quién se lo había hecho. Y cuando tuviera plena seguridad de ello, sabía que se convertiría en un ser tan mortífero como cualquier monstruo del mundo cenagoso del Altair.

Casi fue una sorpresa para él cuándo se dio cuenta de que el *Theban* acababa de tocar tierra de nuevo.

El pelirrojo y Larsen descendieron por la escalerilla para bajar a tierra.

Librodot

Horn, con desmedido esmero, llevó a efecto una de sus artimañas, para que la nave no pudiera despegar sin él. Al igual que habían hecho los demás salió de la nave, adelantando en su marcha a causa de la ansiedad que le embargaba, a los otros componentes de la tripulación, para tratar de averiguar cuál era la empresa criminal en que se hallaban metidos, y el provecho que querían sacar de ella.

El *Danae* había aterrizado. Había descendido por medio de los cohetes, toda su mole se erigía en medio de un claro abierto entre la vegetación por el fuego de aquellos.

Todo el sector había quedado carbonizado y el humo todavía se alzaba en densas volutas. No estaban en el espacio reservado a la baliza; ni tan siquiera próximos. Se hallaban en otra parte de aquella casi jungla que cubría la mayor parte del planeta. Horn vio a uno de los animales nativos, a unos veinte pies de altura, que huía del tumulto del humo y del vapor.

Horn avanzaba a escasa distancia de Larsen y su compañero cuando llegaron al área afectada. Vio la puerta de pasajeros del *Danae* abierta. Desde allí los contemplaba temeroso el ingeniero del *Theban.* Cuando Larsen y el pelirrojo entraron en la zona carbonizada, se retiró para ocultarse. Horn continuaba tras los otros dos. Cuando llegó a la puerta de entrada, las suelas del calzado se habían prendido fuego, subió a bordo y no se entretuvo en apagarlas. Oyó a dos que hablaban más adentro y corrió tras ellos.

Mercancías. Camarotes para la tripulación. Aprovisionamientos. Más mercancías, y equipajes. Ni rastro de la tripulación. Camarotes para los pasajeros. Pero no había pasajeros. Al llegar a ellos Horn se detuvo, buscando con angustia febril. Leyó el nombre de Ginny sobre una puerta entreabierta. Con el corazón sobrecogido entró. El camarote, en perfecto orden, estaba vacío. La litera estaba hecha. Los equipajes de Ginny estaban en su sitio. Era como si hubiera salido para cenar o charlar un rato con los otros pasajeros, y no hubiera vuelto todavía. Su camarote no había sido saqueado. El *Danae,* por tanto no había quedado a la deriva por un amotinamiento, posibilidad insospechable, o por piratería, situación inconcebible.

Horn oyó su propia voz llamando a Ginny. Calló unos instantes, fue a otro camarote y a otro y otro. Ninguno de ellos mostraba el más leve signo de violencia. En su angustia, la garganta parecía cerrársele. Llegó junto a la escalerilla y subió a toda prisa. La sala de los pasajeros, preparada para la cena, estaba vacía. El piso superior, donde se hallaba la cocina y todo lo concerniente a las necesidades de los clientes, se hallaba vacío también. Otro piso más. En éste se encontraba el cargamento, fletes de gran valor repartido entre cajas metálicas, y cada uno de ellos con cerradura independiente. Oyó ruidos que le llegaban desde algún rincón de aquel piso. Larsen y el pelirrojo estaban muy atareados con las cajas fuertes. A juzgar por tales ruidos, se denotaba claramente que quien los producía tenía una prisa terrible por terminar cuanto antes.

Horn llegó a la sala de control. Estaba vacía. Buscó por todas partes con frenética angustia el libro de bitácora. Todas las naves por obligación legal tenían que llevar un diario de navegación. Tales diarios se entregaban en el momento oportuno a las Patrullas del Espacio, para ser sometidos a un análisis más o menos profundo. A menudo se podía leer en ellos las desviaciones de escasa importancia que habían tenido que realizar en ruta, y que demostraban que una estrella negra y todos los meteoritos que

arrastraba tras ella discurrían por lo que antes había sido una ruta naval completamente despejada. El libro de bitácora del *Danae* explicaría lo que había ocurrido antes de que los pasajeros y la tripulación se alejaran en las naves salvavidas... si es que lo habían hecho.

Pero el diario de navegación no estaba.

Horn daba vueltas de un lado a otro por el recinto, como un león enjaulado. De pronto, vio un papel sobre el suelo, bajo una silla, como si fortuitamente se hubiera caído allí. Lo recogió rápidamente. Leyó:

«Crucero Danae, *último puerto Wolkim, el próximo Fomalhaut.* —A ello seguía una fecha galáctica, y la hora expresada en horas y minutos—. *Nuestros motores han sufrido graves averías a las...* —y de nuevo hora y fecha galáctica— *y los motores auxiliares no responden a los mandos. Calculamos que nuestra posición debe ser de 1,37 años luz desde la baliza de Carola, que se halla dentro del radio de acción de las naves salvavidas. Por turno, hemos decidido ocupar los botes e intentar llegar hasta Carola. Somos: dos oficiales, cuatro tripulantes y siete pasajeros. Nos llevamos el dinero de la caja fuerte IV en operación de salvamento, ya que tenemos sitio en las naves para ella. Dejamos el* Danae *perdido y muerto en el espacio, transmitiendo la llamada* standard *de auxilio.»*

Estaba firmado por el capitán de la nave, y constituía un documento perfectamente característico de los hombres del espacio El *Danae,* evidentemente, continuaría transmitiendo aunque fuese a la deriva, porque el punto de vista de su capitán era que aún cabía una leve esperanza de que la señal fuese recogida por otra nave. El papel que había escrito era para el caso de que los hechos ocurrieran realmente así. Lo que lógicamente no se había podido imaginar el capitán del *Danae,* era que sus supuestos motores averiados empezarían a funcionar nuevamente y por sí solos en cuanto la nave se hallara a la deriva. Era probable, que el ingeniero del *Theban,* embargado por el terror que le llevaba casi a estado de histeria cuando llegó a la sala de control, había tirado aquel papel al suelo sin darse cuenta.

Horn, ahora yo podría sacar conclusiones acerca del *Danae,* y de todo lo que había contribuido a su abandono. Ginny había salido con las naves salvavidas junto a los otros pasajeros y la tripulación, en su propósito de llegar hasta Carola. Carola estaba deshabitado, pero debía tener toda clase de aprovisionamientos y comida para tales casos de emergencia como el que ahora tenía que hacer frente a la gente del *Danae.* La situación de Ginny era inquietante. Metida en una nave salvavidas de reducidas dimensiones, con aire impuro, y carente de todos los adminículos protectores de una nave de gran tamaño... era verdaderamente estremecedor. Y su situación no era debida a un accidente. Formaba parte de un delito.

Llegó al piso donde ahora se hallaba Larsen, y oyó sus maldiciones estranguladas. Horn se abrió paso entre las cajas fuertes para fletes de gran valor y encontró a Larsen embebido en ellas, mostrando una furia incontrolable ante una caja abierta y vacía. Pensó fríamente en matar a Larsen allí mismo, pero abandonó la idea por poseer escasos conocimientos de la navegación espacial. Necesitaba ir inmediatamente hacia Carola y averiguar si Ginny había llegado allí o había muerto en el camino. Pensándolo fríamente y con astucia, la mejor manera de conseguir llegar hasta allí, era hacer que Larsen le llevara. Sacó el papel que había recogido.

—Encontré esto —dijo. Oyó su propia voz, débil y ausente de toda emoción, porque sus emociones quedaban ahogadas por su misma

intensidad—. Los motores se averiaron y tomaron los botes salvavidas. Después de que abandonaran la nave, es evidente que los motores volvieron a funcionar de nuevo. Se dirigen hacia Carola en estos momentos con esos botes.

Larsen le arrebató el papel de las manos y lo leyó. Su rostro se tornó lívido.

—¡Se llevaron el dinero! —murmuró—. ¡Cuarenta millones en billetes! ¡Tenemos que apoderarnos de ellos!

Todo pareció sufrir una convulsión terrible en la mente de Horn. Durante unos instantes, Larsen estuvo a una fracción de segundo de ser asesinado, pero Horn, fríamente, se dijo a sí mismo que tenía que dejar para más adelante aquella satisfacción. Lo primero, siempre era lo primero, y Ginny estaba en primer lugar.

Capítulo V

Los acontecimientos venían a sumarse unos a otros. Cuando el *Theban* estuvo de nuevo en el espacio, en ruta esta vez hacia Carola, todo tenía una claridad meridiana para Horn. En otros tiempos, cuando en el curso de los acontecimientos humanos la balanza de pagos estaba en favor de una nación que no quería gastarse el sobrante en su propio país o prestar tal cantidad a una nación deudora, la nación deudora pagaba el balance en oro metálico. Se había llegado a forjar la tradición de que el oro era deseable por sí mismo, y durante algunas centurias, después de que se reconociera la falsedad de esta idea, el oro no era ni más ni menos que un simple instrumento de cambio.

Después de que la ley de Buhl, referente a la distribución de los elementos en los sistemas planetarios, demostrara que los primeros mundos orbitales eran siempre ricos en elementos pesados, se hizo totalmente necesario un reajuste del punto de vista. El oro valía lo que costaba arrancarlo de las entrañas de los planetas de la mayoría de los sistemas solares, y nada más. De forma que hubo que inventar las notas de créditos interestelares, que se convirtieron en el medio de cambio en todas las zonas ocupadas de la galaxia. Su valor se podía mantener estable, porque se podía controlar la cantidad de notas de crédito en circulación. Este sistema crediticio, era extremadamente complejo, enormemente abstracto, y sin embargo, el medio más satisfactorio de realizar todas las operaciones comerciales entre los mundos.

También eran ávidamente deseadas. Y se daba la circunstancia de que el *Danae* llevaba cuarenta millones en notas de crédito interestelares para un reajuste de deudas y créditos entre dos mundos muy distantes. No es que fuese un cargamento extraordinariamente sensacional, pero por regla general no se hacía del conocimiento público porque siempre era una tentación para los ladrones. Si Larsen había averiguado de una forma u otra la existencia de tal cargamento, entonces todo cuanto había ocurrido era comprensible.

El ejercicio de la piratería en el espacio era totalmente imposible, en toda su extensión de la palabra. Bien era cierto que el ingeniero del *Theban* había sido puesto a bordo del *Danae* para hacer tomar tierra a la nave y

después ser saqueada. Pero el *Danae* iba a la deriva cuando esto ocurrió. De haber habido alguien a bordo, el abordaje hubiera sido imposible con solo cambiar la dirección de la nave. Después el *Danae* hubiera desaparecido, para volver a aparecer a muchos millones de millas de distancia. O también hubiera podido evitar el abordaje cerrando las compuertas y escotillas y el ingeniero se hubiera quedado desesperadamente colgado del cuerpo exterior de la nave, hasta que el aire de su traje espacial se agotara.

La baza fuerte de todo aquel asunto residía en haber logrado el abandono del *Danae.* Y eso requería solamente que los motores del crucero dieran la sensación de haber quedado averiados. En una nave moderna sin ingenieros a bordo, el cuadro de oficiales sabía cómo encender y apagar los motores, pero apenas cuatro cosas más. Si Larsen lo había preparado todo para que los motores del *Danae* se pararan por sí solos en un momento determinado, la tripulación del *Danae* no tenía más elección que abandonar la nave en los salvavidas o esperar impotentes la muerte en la misma nave. Como es lógico habían tomado los salvavidas.

Larsen tuvo que haber recurrido a poner uno de sus hombres a bordo del *Danae;* tal vez un pasajero. No hacían falta muchos aparatos para arreglarlo todo a su manera. El artefacto estudiado para entrar en acción en el momento previsto de antemano no tenía más que cortar la fuerza motriz de los motores, y poco después, instante igualmente previsto, restaurar el circuito anteriormente interrumpido. Probablemente, tal artefacto o la artimaña empleada, no sería complejo, y no haría falta que hiciera la menor manipulación. Podría haber sido preparado por cualquier ostensible pasajero antes de que el *Danae* tomara tierra entre Carola y Hermas. El hombre que lo hubiera hecho podía haber abandonado la nave, y el *Danae* proseguir su ruta.

En estos momentos Horn podía estudiar y hacerse cargo de los acontecimientos con más precisión. Cuando los motores del *Danae* se apagaron, la nave, naturalmente redujo su velocidad de crucero y quedó vagando entre las estrellas. A buen seguro que los dos oficiales de la nave se debieron mostrar totalmente incrédulos. Debieron tratar de poner nuevamente la nave en funcionamiento normal; les debió costar mucho trabajo el llegar a convencerse de que los motores habían fallado. ¡Tales cosas no ocurrían nunca!

Pero se habían visto forzados a creer de forma contundente que esta vez a ellos, sí les había ocurrido. Debieron quedar asombrados. Extrañamente sorprendidos. Sin duda, debieron poner en marcha, confiados, el sistema de vuelo auxiliar de emergencia. Tampoco funcionaba.

La sorpresa debió ser enorme. Pero los oficiales debían estar adiestrados para saber tal estado de cosas imprevisibles. No obstante, el pánico, seguramente no debió llegar a cundir. Y por fin se decidieron a abandonar la nave. La disciplina en aquellos instantes debió ser admirable. Distribuirían posiblemente a todo el personal, tanto el afecto a la nave como a los pasajeros, entre los aparatos salvavidas, tomando todas las medidas oficialmente recomendadas para tales emergencias, a las cuales nunca nadie pensó en llegar a tener que recurrir. Ni siquiera se les debió ocurrir pensar que el dinero era la causa del fallo de los motores.

De todos modos, el saber lo que realmente había ocurrido, no hubiera sido una solución para saber qué determinación tomar. La mayor preocupación de Horn residía, naturalmente, en Ginny. En aquellos

instantes, se hallaría, en el mejor de los casos, intentando desesperadamente llegar a la baliza del planeta Carola. Por consiguiente Horn tenía que ir inmediatamente a Carola. Le era imprescindible. Podría haber escapado en aquella dirección en uno de los botes salvavidas del *Theban,* aunque con toda seguridad sería un viaje mucho más largo que el que tenía que hacer Ginny. Pero tal solución era imposible. No era un navegante del espacio. Casi por deducción, guiándose por el sentido común y por sus escasos conocimientos de navegación, podría haberse dirigido hacia Carola, pero hacía falta mucho más que todo eso. Si las naves salvavidas espaciales del *Danae* repostaban su combustible en Carola y proseguían viaje desde allí, dejarían los tanques de combustible prácticamente agotados y Horn no podría seguirlos. Y además, tenía que continuar con el *Theban* en la persecución de Larsen, para hacer de aquella persecución un rescate.

Pasó un día, dos, tres. El *Theban* volaba hacia Carola. Horn sabía que en aquellos momentos las naves salvavidas todavía no habrían llegado a Carola, si es que realmente iban a llegar a algún sitio. Al *Theban* aún le quedaban dos días de viaje si es que tenía que llegar al otro planeta baliza.

Horn veía al diminuto ingeniero de vez en cuando, siempre empeñado en permanecer oculto. El ingeniero daba todas las muestras de ser un hombre que sabe que está condenado a muerte. Larsen, verdaderamente, había tratado de matarle en Hermas. Le había hecho efectuar a él la aterrorizadora misión de abordar al *Danae* en el espacio. Nunca le había dejado abandonar la nave en un planeta habitado, por lo que el ingeniero pudiera decir. Por tanto no tenía nada de extraño que ni aun las botellas pudieran reconfortar al hombrecillo. Hablaba con temor a los hombres de la tripulación, y trataba de esconderse en cuanto veía a Horn.

Fue el cocinero de la nave quien reveló lo que estaba en la mente de todo el resto de la tripulación. Le trajo café a Horn a la sala de máquinas sin haberlo solicitado. En cuanto se lo dio, en lugar de irse, se quedó junto a él. Y mirando fijamente la escalerilla metálica que conducía a la sala de control, dijo en voz baja:

—Muchos de nosotros estamos preocupados. Estábamos en Hermas para hacernos cargo del *Danae* en cuanto fuera a la deriva y saquearlo después. Pero entonces el capitán se debió apercibir de algo y despegó hacia Carola. No nos dio tiempo ni para apoderarnos de lo que habíamos previsto.

Horn asintió. Respondió con sequedad:

—Ya me di cuenta.

—Se comenta —dijo el cocinero bajando todavía más la voz— que es dinero al contado lo que anda buscando. Notas de crédito interestelares que eran transportadas de un banco a otro por el *Danae.*

—Se sabe que se efectuó tal cargamento —respondió Horn.

—Dicen —continuó el cocinero con una voz que era más un susurro—: que había ¡cuarenta millones! ¡Y en billetes! Y que cuando las naves salvavidas abandonaron el *Danae* se llevaron el dinero con ellas. Por eso vamos tras ellos.

Horn quedó perplejo. Él no había hecho el menor comentario a nadie. En principio, Larsen y el pelirrojo eran los únicos que, aparte de él, estaban enterados del asunto. Pero ahora la tripulación también lo sabía. A no ser que alguien se lo hubiera dicho, nunca hubieran sabido del cargamento que llevaba la nave, y mucho menos de que el mismo había sido trasladado a las

naves salvavidas del *Danae.* De manera que...

—Eso podría explicar muchas cosas —dijo Horn. Y esperó.

—Es mucho dinero —dijo el cocinero. Buscó con los ojos el rostro de Horn y prosiguió furtivamente—: ¿Cree que el capitán repartirá entre todos el dinero si se apodera de él?

—No —repuso Horn con gran convencimiento.

—A nosotros también nos preocupa eso —intervino el cocinero como si hablara consigo mismo—. Y también nos preocupan los motores. ¿Cómo van?

—Aguantaran mientras yo esté sobre ellos —dijo Horn—. Si no, ni hablar.

El cocinero volvió a mirar de nuevo hacia la escalera, y dijo como si no supiera escoger las palabras:

—Eh... si el capitán se hace con el dinero...

—Si se hace con él —repuso Horn fríamente— no quiero pensar lo que ocurrirá. Si se queda él con todo, en seguida hablaréis de amotinamiento y empezaréis a hacer proyectos para apoderaros de él. Pero no lo haréis. Y en el caso de que lo reparta, comenzarán las discordias entre vosotros. El primero que crea que no ha recibido suficiente parte del botín, matará a alguien que haya salido más ventajoso y proseguirá en sus propósitos inconformistas. Lo más probable es que Larsen se quede con todo el dinero y luego os dé la patada quedándose con todo para él. ¡Eso es lo que yo haría!

El cocinero parecía hallarse terriblemente nervioso, aunque no tanto como antes. La esperanza de una posible gratificación le había aplacado un poco. Asentía al hablar, como si lo estuviera haciendo con un amigo conspirador:

—¡Eso es cierto! ¡Es verdad! ¡Eso es lo que él haría si pudiera! —hizo una pausa durante un largo minuto y añadió en tono confidencial—. ¿Ya volveremos a hablar de esto, eh? Ya veremos lo que resolvemos, ¿le parece?

—No —respondió Horn con sarcasmo—. Le dices al capitán que me sondeaste, pero que no estoy dispuesto a unirme a los esquemas trazados para asesinar a todos, excepto a los miembros de un reducido y seleccionado grupo, que al fin y al cabo después no harían más que matarse igualmente entre ellos. No voy a hacer causa común con nadie. ¡Al menos por ahora!

El cocinero se quedó con la boca abierta de par en par. Le sorprendía extraordinariamente que Horn hubiera sido capaz de intuir la verdad de sus propósitos de complot. Pero también constituía una evidencia inapelable para Horn, el convencimiento de que las conspiraciones y contra conspiraciones en cuanto se conociera la verdadera importancia del tesoro del *Danae.* Era más que seguro que Larsen sería el primero en empezar tales conspiraciones.

El cocinero se alejó y Horn volvió a sus motores. Realizaba sobre ellos cuantas reparaciones podía contando siempre con que tenía que efectuarlas sin desconectar la marcha de los mismos. Desde siempre, los vuelos «*Riccardo*» ya llevaban consigo la necesidad tácita de tener que efectuar reparaciones. Muchos de los ingenieros adiestrados en este tipo de motores ya eran asignados a cada nave por parejas, de tal manera que uno pudiera estar siempre a la expectativa de la línea de vuelo, mientras el otro reparaba. Por aquel entonces se había considerado una media ingeniosa, pero en la práctica había resultado una solución bastante más compleja. Pero Horn en aquellos momentos se alegraba de que fuera así. Porque, de las posibilidades

de reparación, podía venir la oportunidad de llegar hasta Fomalhaut, si es que antes lograba reducir a Larsen y los demás, y subir a bordo a Ginny y el resto de los náufragos. Y muy intencionadamente arreglaba los motores, pero sin extralimitarse mucho; sólo para que se mantuvieran en funcionamiento.

Los ruidos no disminuían, aunque cambiaban de vez en cuando. Algunos de los ruidos amedrentadores que se oían con frecuencia eran provocados deliberadamente por Horn. En una o dos ocasiones aparentó haber tenido grandes problemas antes de averiguar las causas. Los motores del *Theban* habían estado sometidos durante mucho tiempo a un increíble caos de negligencia. El diminuto ingeniero había sido terriblemente descarado al firmar comprometiéndose a mantenerlos siempre en perfecto estado. Nunca había sido un hombre competente. Quizás nunca llegó a lograr su certificado de estudios. Horn sospechaba, y creía que Larsen estaba firmemente convencido de ello, que el ingeniero se había comprometido a desempeñar aquel puesto de trabajo porque necesitaba dinero para sus botellas, y que sobre todo en las últimas semanas, hubiera sacrificado su propia vida y la de todos los hombres que componían la tripulación, por su necesidad personal de beber.

Pero no le era fácil a Horn concentrarse en los motores o en otros asuntos mientras la preocupación que sentía por Ginny le hostigara de aquella forma. Si la nave espacial salvavidas en la que ella iba, se desviaba por poco que fuera de su ruta, nunca llegaría a tocar tierra en Carola. Y aunque lo consiguieran, si el aterrizaje no era realizado por manos expertas, lo más probable es que muriera también. Si por desgracia, no aterrizaban en la baliza, sino en algún otro sitio del continente, no habría las menores esperanza de pensar en encontrarla. Y habría animales mortíferos en Carola, o enfermedades tan mortíferas como aquellos.

Estas preocupaciones eran más importantes para Horn que la situación reinante en el *Theban.* Con riquezas increíbles esperándolos —o al menos así lo pensaban— la tripulación empezó a hacerse a la idea de que eran ya ricos. E inmediatamente después a aquel estado de cosas, se inculcó en ellos la idea de que todavía serían más ricos si algunos de los compañeros, miembros de la tripulación hubieran desaparecido y por tanto no pudieran reclamar su parte correspondiente del tesoro del *Danae.* Pero pronto llegaron a la conclusión de que sus compañeros estarían pensando idénticamente igual. A los náufragos, como es lógico, habría que matarlos en cuanto se hicieran con el tesoro. Pero la vida de Horn la tendrían que respetar. No podían matarle porque de lo contrario todos ellos morirían a causa de una avería del *Theban.* Pero a excepción de él, cuantos menos estuvieran en el momento de abandonar Carola para repartirse el botín del crucero, más cantidad habría para los que hubieran sobrevivido.

El *Theban* se convirtió en una nave de conspiradores, donde se esquematizaban innumerables complots entre unos y otros y contra Larsen. Pero todos, absolutamente todos, necesitaban tener a Horn de su parte.

Larsen descendió a la sala de máquinas y se puso junto a él gritando. Horn continuó tranquilamente ajustando la pieza sobre la que estaba trabajando y no levantó la cabeza hasta que no hubo terminado. Después dijo con cierta burla:

—No sé por qué me da la impresión de que alguno de los cojinetes de la válvula de equilibraje se va a estropear dentro de poco.

Librodot

Larsen dijo escupiendo las palabras:

—¿Fue usted quien hizo correr la voz de que había dinero a bordo del *Danae*?

—No, yo no —respondió—. Si lo hubiera hecho yo, no vendría a preguntármelo, sino que lo afirmaría rotundamente, y con convencimiento. En un principio, sólo lo sabíamos tres: usted, el pelirrojo y yo.

—¡Pues alguien se fue de la lengua! —masculló Larsen.

—Sí. Quizás el pelirrojo. Pero mas bien me inclinaría por creer que fue usted —aventuró Horn—. Y respecto a ese cojinete de equilibraje...

—¿Y por qué iba a hacerlo yo? —preguntó Larsen.

—Para crear problemas —repuso Horn mostrando gran convencimiento en sus propias palabras—. Para inducir a todo el mundo a bordo del *Theban* a estar preparado a rebanarle el cuello a todos los demás, en cuanto estuviera el dinero a bordo. Si nadie estuviera enterado de ello hasta que el dinero ya estuviera en sus manos, empezarían a conspirar y podrían amotinarse. Pero no entrarán en acción hasta que no vean el dinero, y entonces se atacaran los unos a los otros en lugar de hacer causa común contra usted.

Larsen farfulló algo, pero no le contradijo.

—Y... —añadió Horn—, hasta creo que ha venido a hacer un trato conmigo para que los dos contribuyamos a que se maten todos entre sí, en cuanto tengamos el dinero, y hasta que no quedemos más que usted y yo para repartírnoslo.

Larsen murmuró con voz más apaciguada:

—¿Ha pensado en todo, eh?

—Sí —accedió Horn—. Hasta el punto de que lo que se propone es que, en cuanto tocáramos tierra con esta nave en cualquier parte, y tan pronto como no fuera necesaria la vigilancia y conservación de los motores, usted me dispararía por la espalda y así no tendría que repartir el dinero con nadie.

Larsen se puso a lanzar sus características maldiciones. Horn se encogió de hombros, y volvió junto a los motores. Los modales de Larsen cambiaron. Sus palabras, y el tono con que las pronunciaba, oídas de su boca, eran algo casi genial:

—Mire —dijo amistosamente—. Yo le necesito a usted y usted me necesita a mí. Tenemos que convenir en ello. Yo no puedo arriesgarme a matarle a usted, igual que usted no puede arriesgarse a matarme a mí. Llamémosle a eso... un trato si usted quiere. ¿Nos comprendemos?

Horn respondió paliativo:

—Está usted dando como un hecho seguro que encontraremos las naves salvavidas espaciales en Carola y que usted se apoderará del dinero. Pero podría no suceder así. Tal vez hayan aterrizado, repostado combustible, y se hayan puesto nuevamente en marcha hacia el próximo planeta baliza. Si ha ocurrido así, tal vez no lleguen nunca, pero no tenemos ninguna probabilidad de hacernos con ellos en el espacio. ¿Por qué, pues, hacer un trato acerca de algo que tal vez no suceda?

Larsen hizo un gesto de contrariedad, dio media vuelta, y se alejó sin decir palabra. Subió por la escalerilla metálica refugiándose nuevamente en el piso de sala de control.

Horn le vio marchar. Con aquel gesto que había visto en su rostro, Larsen le había dicho que sus objeciones eran absurdas. Y Horn comprendió

instantáneamente el por qué. Se puso súbitamente pálido, y todo el cuerpo empezó a temblarle. Tenía los ojos encendidos. Tales signos en Horn, eran señales evidente de una furia insobornable. Un hombre que se torna pálido mientras sus ojos arden lo más probable es que cause daños considerables antes de que vuelva a su estado normal.

Horn se concentró de nuevo en los motores, o al menos se esforzó en ello, y obligó a sus manos a recuperar el equilibrio perdido, prosiguiendo el trabajo interrumpido.

La reparación que estaba efectuando, era, en cierto modo, una cosa trivial. Formaba parte de un sistema concebido para la ausencia de ejes de timón en las naves espaciales. Allí, no podía haber eje de timón, porque en el espacio no hay nada sobre lo que pueda actuar un eje de timón. Hay que tener en cuenta que una nave en el espacio viaja siempre a lo largo de una línea que discurre a través del centro de tracción de las pletinas de vuelo —hacia delante— y el centro de gravedad de la nave. Cuando una nave está correctamente equilibrada, su centro de gravedad reside en el eje, y si por el contrario tal centro de gravedad se viera desplazado, aunque fuera de un modo insignificante, la nave caería verticalmente, como una plomada. Y si por ejemplo, el cargamento se efectuara de forma incorrecta, se inclinaría hacia un lado, y no de la manera prevista. Una nave que despegue después de efectuar cambios en su cargamento habrá que equilibrarla siempre para viaje en línea recta en lugar de describir una curva de ángulo imprevisto. Y para equilibrar una nave hay bobinas de presión, bobinas de equilibraje y otros sistemas que sitúan el centro de gravedad en su punto correcto. Sin tales previsiones un navegante espacial puede volar sabiendo en todo momento dónde está, pero sin saber nunca hacia dónde se dirige.

Horn estaba arreglando los controles de equilibraje del *Theban.* Estaba preparando una estratagema que entraría en efecto si Larsen intentaba deshacerse de Horn, de su tripulación y de los náufragos del *Danae* al mismo tiempo.

Sin saber por qué, tenía la intuición de que Larsen se proponía algo semejante.

Terminó su trabajo.

A la mañana siguiente el pelirrojo se acercó a él de forma truculenta.

—Dice el capitán —comenzó— que a usted no le importa seguir viviendo.

—Pues hasta ahora no me había dado cuenta —repuso Horn.

—Parece ser que hay algunos acuerdos respecto a algo que usted sabe.

—Estoy al corriente de algunos acuerdos para el caso en que encontremos el dinero —concedió Horn—. Me parecen bastante absurdos. Porque se podría dar el caso también de que no lo encontráramos.

Hablaba tranquilamente, pero de pronto una ira fría inundó todo su ser. Cuantas más consideraciones tuviera, menos esperanzas de salir con éxito tendría. Por eso precisamente, estaba preparando varias medidas que vengarían lo que Larsen y su tripulación hubieran hecho. Pero en su interior una furia ciega le embargaba. Larsen había hecho una mueca un tanto burlesca cuando le sugirió que las naves salvavidas espaciales podrían haber repostado el combustible en Carola y proseguido el viaje. Y Horn conocía el significado de aquel gesto. Entre otras cosas, significaba que Ginny tenía pocas probabilidades de salir con vida, a menos que él llevara a cabo lo

Librodot

imposible con la mayor rapidez. Era muy probable que matar al pelirrojo fuera uno de los pasos necesarios para llevar a cabo el cumplimiento de lo imposible. Sin apenas darse cuenta, su mano se acercaba espasmódicamente hacia una barra de hierro de dos pies.

—El capitán y yo —dijo el pelirrojo ominosamente— hemos hecho un trato. Si usted quiere...

—Yo no quiero —atajó Horn—. Se me han hecho otras proposiciones y tampoco las he aceptado, porque si algo me ocurriera a mí, los motores estallarían al cabo de pocas horas. ¡Y eso sería la muerte de todos ustedes! De forma que si hay algún trato a hacer, ¡seré yo quien lo dicte! Y por ahora no estoy dispuesto a ello.

—Se está usted buscando problemas —murmuró el pelirrojo.

—Pues si usted lo dice, de acuerdo —repuso Horn—, pero problemas... ¡contigo!

Se reincorporó, y avanzó hacia el pelirrojo, agitando la herramienta de dos pies en el aire. El pelirrojo sacó inmediatamente un revólver, esta vez de balas, y no de simple aturdimiento. Lo alzó. Horn se echó a reír, aunque sin verdadero regocijo.

Vio el impacto que había producido su risa. El pelirrojo podía matarle, pero no se atrevía. No se atrevía ni a herirlo. A Horn no se le podía forzar a nada, porque nadie sabía si había hecho alguna manipulación en los motores o no. Era totalmente el reverso del estado de cosas que habían pretendido cuando fue raptado. En aquel momento, había sido conceptuado como un esclavo de quien podrían servirse mientras les fuera necesario y útil, para después deshacerse de él. Ahora su muerte sería para ellos el último desastre. Pero si huyera de ellos también les destruiría.

Era una situación que parecía no tener solución posible. Horn, sin dejar de reír, avanzaba hacia el pelirrojo con la herramienta alzada, y el pelirrojo seguía con el revólver apuntándole al pecho. Cuando Horn hizo mención de descargar sobre él un golpe mortal, el pelirrojo huyó. Subió la escalera metálica apresuradamente, sudando de pánico, y Horn le arrojó la barra.

No le alcanzó. Chocó contra el muro y cayó nuevamente al suelo. La recogió y volvió a su trabajo.

Sin embargo, cada vez se le hacía más difícil concentrarse en su trabajo. Pensaba en Ginny. El *Theban* pronto entraría en la fase de acercamiento, y llegarían al habitual y tedioso ejercicio de maniobrar para acercarse al planeta donde Ginny podría o no haber tomado tierra, con vida o sin ella, en peligro o sin él. Si Ginny había muerto porque Larsen se había querido apoderar del dinero que transportaba la nave espacial... Con el solo hecho de pensarlo Horn notó que una furia fría y terrible se apoderaba de él.

Pero no podía dejar de pensar en ella, aunque todo cuanto se le ocurría era horrible, crispante o intolerable. Quizás estaría ya en tierra, pero víctima de bestias desconocidas o muerta a causa de enfermedades infecciosas...

Entonces el *Theban* abandonó la línea de vuelo para internarse en el sistema solar del que formaba parte Carola.

A ello siguió un período de indescriptibles tormentos para Horn. El aterrizaje del *Theban* sobre Carola requería que los motores funcionaran perfectamente. Sólo un fallo del motor de diez segundos de duración en el descenso podía significar una colisión en lugar de un aterrizaje. Por eso Horn no se movió de al lado de los motores. El *Theban* continuó su marcha

en posición de vuelo interplanetario durante un rato y después desaceleró durante casi otro tanto tiempo. Después se produjeron vaivenes indecisos, sacudidas de caída libre, y los suficientes ramalazos de energía para mantener la nave a flote mientras buscaba la baliza.

Horn se imaginaba con extrema vividez el aspecto del planeta desde el espacio, con una puesta de sol que se curvaría a lo largo del horizonte. Después se distinguirían algunos colores que serían la vegetación, y luego áreas plateadas que serían mares tal vez se vieran picos helados y tal vez no. Pero desde algún lugar de allí abajo una baliza transmitía incesantemente, *«¡Baliza Carola! ¡Baliza Carola! Coordenadas...»* Agudizando el oído, escuchaba el comunicador de navegación, al acecho para captar la transmisión de ondas Wrangel desde la baliza. *«Refugio desguarnecido. Sólo baliza. ¡Baliza Carola! ¡Baliza Carola!»*

Después los movimientos de la nave se fueron incrementando. El *Theban* iría descendiendo, pero aumentando al mismo tiempo su fuerza ascensional, mientras que la superficie del mundo que había allá abajo, se iba haciendo cada vez más grande. Horn se mordisqueaba las uñas.

Los motores zumbaban, y el ruido se agudizaba por momentos. Con mano fuerte y segura, Horn iba rectificando las anomalías. El *Theban* descendía. La baliza, en aquellos momentos, se hallaría en el lado iluminado por el sol del planeta. Seguro que Larsen no se mostraría tan impaciente por llegar si tuviera que tomar tierra por la noche y en terreno de escasa visibilidad. El tomar tierra dirigido por radio ya era otro asunto.

El tipo de ruidos que se oían ahora en la nave cambian súbitamente. Existía la fricción exterior del aire. Después el *Theban* osciló ligeramente. Hubo unos momentos de espera en que todo el mundo debió tener contenida la respiración por la incertidumbre. Después la nave dejó de moverse. Había aterrizado. Horn oyó algunos movimientos de agitación en la sala de control.

Con toda deliberación, retorció un cable, rompió un circuito, y los volvió a completar de distinta forma, dejándolos en posición óptima.

Larsen y el pelirrojo descendieron por la escalerilla, armados con rifles.

Larsen gritó:

—¡Salga de aquí! ¡No se le vaya a ocurrir alguna de las suyas!

De cualquier forma la intención de Horn era seguirles. Descendió tras ellos, un piso tras otro. Mientras lo hacían, rostros sombríos les escrutaban fríamente. La tripulación sabía que Larsen tomaba tierra para apoderarse de cuarenta millones. No había ni un solo hombre a bordo que no supiera que la traición y el asesinato comenzarían desde el primer instante que fuera hallado el tesoro. Pero cada hombre se hallaba involucrado cuando menos en dos conspiraciones distintas para apoderarse de la totalidad, y todos sabían que era poco menos que imposible que más de uno de entre el conjunto que formaban consiguiera sobrevivir a la competición asesina que se desataría a causa del botín.

Larsen y el pelirrojo, con Horn inmediatamente tras ellos, llegaron hasta la parte baja de la nave y junto a la puerta de salida. Cuando Larsen vio a uno de los hombres que se apartaba resueltamente de su puesto de trabajo, instintivamente le contuvo gritando:

—¡Quedaros en vuestros puestos o id a vuestros camarotes! ¡Si os necesito ahí fuera ya os llamaré! ¡Quedaros ahí adentro!

Llegaron junto a la puerta —naturalmente, una cámara de aire—. Larsen se detuvo y quitó el seguro de su rifle.

—¡Estaban ahí! —masculló—. ¡Les vi!

La furia parecía emanar de toda su persona. Era en cierto modo la ferocidad de un carnívoro que se encrespa sobre su presa. Puesto que esperaba recoger los frutos de un delito, estaba dispuesto a añadir a todo ello una atrocidad inmensa.

—¡Pero nos vieron bajar y escaparon! —dirigiéndose al pelirrojo, gritó—: ¡Abre!

Éste obedeció aflojando el tornillo de cierre de la puerta interior, puso el cierre en la posición de «Tierra» y abrió la puerta exterior. Larsen alzó el rifle. En cuanto se abrió la puerta, comenzó a disparar al mismo tiempo que el campo visual se ensanchaba ante sus ojos. Después saltó a tierra con el rifle a punto para disparar y escrutando alrededor en busca de posibles blancos para su disparos. Al ver que no había nadie, empezó a maldecir.

El *Theban* descansaba sobre una prominencia del terreno, que después de describir una suave pendiente, se erigía en nuevas colinas todavía más altas. Alrededor de la nave, había una superficie de tierra completamente desprovista de vegetación, adecuadamente tratada para evitar que la maleza volviera a invadir el espacio abierto. El cono fluorescente de la baliza de este mundo se hallaba enhiesto. La jungla lo invadía todo, alrededor de la baliza. Pero entre el espacio abierto para la baliza y los límites de la jungla, estaban las cuatro naves espaciales del *Danae.* Estaban diseminadas al azar, sin orden ni concierto. La expedición de náufragos había efectivamente tomado rumbo hacia Carola, y habían aterrizado sin novedad. Cerca de una de las naves, quedaban las últimas ascuas de una hoguera sobre las cuales alguien seguramente había estado guisando algo, antes de que el *Theban* apareciera en el cielo. Ello era signo evidente de que alguien había estado allí unos momentos antes.

Horn tuvo un impulso de increíble esperanza. Sentía una emoción tan intensa que durante unos segundos no hubiera podido ni hablar ni moverse. ¡Ahora sí que había muchas probabilidades de que Ginny continuara con vida! Y ¡afortunadamente!, los fugitivos del *Danae* se habían dado cuenta de que una nave espacial se disponía a tomar tierra en Carola, y habían previsto que tal vez no fuera una nave de rescate. Huyeron en cuanto vieron descender al *Theban.* Tal vez algunos de ellos estarían a la expectativa desde los límites de la jungla.

Larsen se acercó a una de las naves, con el rifle siempre a punto de disparar. Abrió una de las puertas y entró. Se oyeron ruidos en el interior. Cada vez más frecuentes. Daba la sensación de que Larsen estaba destrozando todo el interior de la nave.

El pelirrojo tenía un aspecto cruel, pero al mismo tiempo inseguro de sí mismo. Se detuvo junto a la puerta, mirando a su alrededor. Todavía era de día en este mundo donde la baliza en forma cónica enviaba su monótono mensaje hacia el vacío. Pero la puesta de sol estaba próxima. Una parte del horizonte estaba cubierto de nubes rojas. Contra los últimos rayos de la puesta de sol, se alzaban lo que parecía las copas de árboles que sobresalían de entre la jungla. Las ramas se entrecruzaban formando excéntricos ramilletes con sus hojas.

Larsen salió de la primera nave espacial. No hizo más que decir incoherencias mientras se trasladaba con paso rápido hacia la segunda. Entró en ella, y se volvieron a oír nuevamente los ruidos. Era el sonido característico de la demolición. Larsen salió de ella, y arrojando por su boca

todas las imprecaciones de su singular repertorio, se fue a paso ligero hacia la tercera. Se reprodujeron los ruidos monstruosos antes de que corriera hacia la cuarta, gritando desaforadamente.

El sol ya se había escondido tras las cimas de los árboles. Las sombras irrumpieron en aquella zona. En la última nave espacial salvavidas, Larsen pareció haberse vuelto loco; daba la impresión de que quería reducir a astillas toda la nave. Después su rifle vomitó fuego repetidas veces. Se diría que estaba empeñado en lograr la destrucción total de las naves espaciales que habían transportado a los náufragos a un año y medio luz de distancia desde su *Danae* abandonado.

El pelirrojo se humedeció sus labios secos. Larsen salió de la cuarta nave, gritando:

—¡Lo han escondido! Han escondido el dinero! ¡Pero yo los atraparé!

Volvió hacia el *Theban.* Parecía a punto de echar espumarajos por la boca:

—¡Encended las luces! —gritó— para que no puedan volver y escapar con todo. ¡Luces, he dicho! ¡Encendedlas todas!

Se metió en la nave. El pelirrojo daba la sensación de estar asustado. Era evidente que cuando Larsen se ponía de mal humor, alguien tenía que pagarlo. En aquellos momentos era la genuina estampa de la encarnación del asesino.

El pelirrojo le dijo con inquietud:

—Quédese aquí. Grite si ve alguna cosa.

Entró en la nave. Horn no respondió. Se hallaba casi enfermo de satisfacción de saber que Ginny estaba probablemente con vida. Se recostó sobre el alerón desde el que se abría la puerta de salida. Miró a su alrededor. Sí, al igual que en Hermas, todas las instalaciones de aprovisionamientos para casos de emergencia habían sido maltratados y dejadas en estado inaprovechable.

Horn no necesitaba acercarse hasta allí para convencerse de que las reservas habían sido destruidas anteriormente, con ocasión del viaje que el *Theban* había realizado allí. Ésta era la causa de la mueca de Larsen cuando Horn le sugirió que los fugitivos podían haber hecho provisión de alimentos y repuesto de combustible y haberse alejado de Carola. El cocinero había dicho que los motores habían empezado a funcionar mal después de que el *Theban* abandonara Carola, y antes de que lograra aterrizar en Hermas. Por esta razón el *Theban* había tenido obligatoriamente que dirigirse hacia Fomalhaut, para efectuar las reparaciones de emergencia, que el diminuto ingeniero era incapaz de realizar por su incompetencia. Horn había sido raptado para asegurarles su empresa. Y con todo ello se había provocado el presente estado de cosas.

La noche cayó rápidamente, igual que ocurría en los trópicos de todos los planetas. Las luces resplandecían en batería por toda la coraza del *Theban.* Su verdadera finalidad era alumbrar en las operaciones de carga y descarga en todos los aeropuertos del espacio. Aquí, inundaban los alrededores de blanco resplandor. Horn se reprochaba a sí mismo. Podía haber aprovechado algunos minutos de oscuridad, para acercarse al límite de la jungla, antes de que las luces se encendieran, pero había estado demasiado ofuscado con la esperanza de obtener alguna ventaja.

Con el contraste de aquel torrente de luz, la jungla parecía mucho más negra. Al cabo de unos momentos, hubo movimiento entre la espesura.

Aparecieron cosas minúsculas, que quedaban cegadas y fascinadas por las luces. Saltaban y correteaban hacia ellas. Llegaron otras más grandes, que miraban de un modo adorador al resplandor. Finalmente, se produjo un gran revolvimiento, y se distinguió algo enorme que se arrastraba. Miraba extasiadamente a las luces. Era una cosa grande, de unos treinta pies de largo, y con muchas piernas. Daba la impresión de algo, que desde un océano, hubiera reptado hasta tierra.

Aparecieron más cosas. Había una, más grande que un caballo, con increíbles cuernos curvados hacia atrás y aletas. Contemplaba las luces de un modo estúpido. Y salieron a la luz más cosas pequeñas que miraban también, sorprendidas. Cosas con alas, iban y venían de las luces a la oscuridad, cruzándose en un tráfago incesante en su camino. Una de ellas se estrelló contra el casco del *Theban,* produciendo un sonoro impacto. Había cosas del tamaño de perros, aunque en nada se parecían a ellos, y cosas del tamaño de asnos, que en nada se asemejaban a éstos.

La zona irradiada por las luces, estuvo pronto plagada de animales. Las miraban de un modo absorto. No se atacaban entre ellos. No hacían ningún ruido. No hacían otra cosa más que salir a raudales de sus madrigueras de la jungla, para quedar fascinados e hipnotizados por el resplandor.

De pronto, se le ocurrió pensar a Horn, que si alguien estuviera mirando a través de una pantalla visión desde interior del *Theban* y viera aquel rebaño de pesadilla, no tendría ojos para un hombre que se abriera paso entre los animales. Y si aquellos seres no se atacaban entre sí, a causa de la fascinación que les producían las luces, no había motivo tampoco para que se apercibieran de la presencia de un hombre.

Horn empezó a caminar hacia el límite de la jungla, dando un rodeo alrededor de la nave desde la puerta de salida. Los animales continuaban en silencio, mientras se arrastraba prácticamente entre ellos. Oyó un ruido de pisadas en la nave. Larsen había buscado en las naves salvavidas el dinero que los otros habían sacado del *Danae, y* no lo había encontrado. Ahora venía con herramientas y hombres, dispuesto a destrozar las naves si era preciso para encontrar el botín. Las luces iluminarían las naves entre tanto, y al mismo tiempo le servirían para estar seguro de que los fugitivos no volverían para proclamarse únicos responsables del codiciado tesoro.

Pero estaban los animales. Horn se esforzaba por abrirse paso entre ellos. Parecían completamente inadvertidos de su presencia. Hubo un momento en que su sombra pasó por delante de los ojos de una criatura con grandes cuernos y que estaba fascinada, y ésta sacudió la cabeza alarmada. Pareció que iba a revolverse, pero entonces las luces le dieron de lleno nuevamente en los ojos, y continuó mirando. Horn se alejó de allí, mientras proseguía su camino hacia la jungla.

Oyó a Larsen que vociferaba horriblemente. Se oyeron unos disparos. No ocurrió nada. El rifle volvió a hacer fuego, una vez y otra y otra. Horn llegó al límite de la jungla. Larsen, cuyas voces furibundas se oían desde lejos, trataba de hacer alejar a los animales disparando sobre ellos. Pero no consiguió nada. Los animales continuaban encantados e inmóviles, intoxicados e hipnotizados por las luces. Larsen mataba, y mataba y mataba…

Y los animales continuaban absortos por las luces. De la jungla llegaron más, reemplazando a los que habían sido víctimas de Larsen.

Horn se fue abriendo paso en la oscuridad, con el revolver de

aturdimiento presto para disparar, pero —aunque lo sabía— arriesgándose mucho. Pero confiaba en que Ginny estaría viva, en que se hallaría en algún rincón de esa jungla, y estaba seguro de que ella le necesitaría.

Y no había nada más importante que aquello.

Capítulo VI

Vio una luna, y a ráfagas entre las ramas de los árboles vio que se movía lentamente a lo largo del cielo. Era bicolora, pues por una parte era mucho más brillante que por el resto. Parpadeos de un resplandor sorprendente aparecían cuando la luz de la luna se filtraba entre las hojas. Había otros fulgores, muy distintos a éstos, que procedían en ocasiones de las luces exteriores del *Theban,* y en otras de las ráfagas que de vez en cuando salían del rifle. Pero todas ellas iban perdiendo intensidad a medida que Horn avanzaba en su camino. Le era absolutamente necesario alejarse cuanto antes, lo máximo posible de la nave, para tener ventaja suficiente, en previsión de que Larsen mandara a sus hombres en su persecución.

Oyó el leve crujido de unas ramas y se quedó helado. Algo se movía lentamente en la jungla. Era algo enorme, y olía a cieno, pero los crujidos que producía a su paso, eran relativamente triviales. Cuando se fue, hacia la blanca luz de los faros de la nave, Horn se apresuró a buscar las huellas que había seguido la inmensa bestia que no había llegado a ver.

Las encontró aunque no eran muy pronunciadas. Hasta entonces se había visto obligado a avanzar entre los árboles y la maleza. Pero estas huellas le permitían avanzar más rápidamente, y sin tantos impedimentos.

Desde donde se hallaba, apenas era ya capaz de distinguir el resplandor de los faros del *Theban* tras él. Continuó su marcha. Aún tardó bastante en volver a ver la luna. Era la misma que había visto antes, pasando por todas sus fases mientras cruzaba el cielo.

Llegó hasta él un olor que en seguida calificó procedente de una ciénaga, y se dio cuenta de que el sendero de animales que había seguido, desde el primer momento le había parecido que se inclinaba ligeramente hacia abajo. ¡Nadie podía arriesgarse a aproximarse a una ciénaga en la oscuridad! Se subió a un árbol; no muy arriba, pero sí lo suficiente como para que los animales que utilizaran aquel mismo sendero no le hallaran disputándoles el camino. Se refugió entre gruesas ramas para tratar de dormir, pero inevitable e invariablemente su mente le sugería que en este mundo debía haber animales carnívoros trepadores, y que algunas cosas que en la oscuridad parecían troncos de árbol o ramas, podrían ser alguna otra cosa... algo mortal.

Pensó en Ginny, y sintió un gran alivio por el hecho de que ella y los otros náufragos se hubieran dado cuenta de que había una conexión entre la avería del *Danae* y la destrucción de los alimentos en «stock» que deberían haber encontrado en Carola. Huyeron en cuanto vieron descender al *Theban.*

Se quedó ligeramente dormido durante unos instantes, pero se despertó sobresaltado. En cierto modo su situación era horrible, pues sus únicas posibilidades eran caminar a pie, sin agua ni comida, prácticamente desarmado, y en la jungla de un planeta deshabitado. Por su parte, los náufragos a quienes debía unirse, también sospecharían de cualquiera que

se acercara a ellos, sabiendo además que procedía del *Theban.* Cualquiera de ellos, menos Ginny claro está, intentaría matarle en cuanto le divisara, porque la condición errante y malintencionada del *Theban* quedaba bien a las claras con el comportamiento de Larsen respecto a las naves salvavidas.

Bajó al suelo y prosiguió su camino, tratando de hallar alguna fórmula que le ayudara a resolver este problema que venía a añadirse a los demás. La jungla parecía hacerse cada vez más densa a medida que se alejaba de la nave. Siguió un nuevo sendero de animales; era imposible avanzar por allí, si no era por aquellos serpenteantes caminos. De vez en cuando se entrecruzaban los unos con los otros. El terreno se hizo más blando y mohoso. Observó que los troncos de los árboles poseían una marca de barro a una altura uniforme de unos ocho pies, como si no mucho antes hubieran estado inundados.

Los árboles se agitaban suavemente por el viento que soplaba por encima de ellos. En su vaivén producían una variedad distinta de ruidos, que durante bastante rato Horn creyó que eran originados por otra clase de animales.

Hubo un momento, en que habiéndose detenido para examinar unas huellas que se cruzaban, apareció un animal de entre la maleza. Era del tamaño de un perro pequeño, y era bruñido, de suave pelaje y con franjas. Tenía las patas tan grandes que eran totalmente desproporcionadas a su tamaño, con dedos muy separados entre sí, y membranas de unión entre ellos. Miró a Horn con ojos llenos de sorpresa. Dio media vuelta y huyó. No tenía el aspecto de ser un animal de la jungla, más bien parecía un animal de agua, constitucionalmente capacitado para nadar.

Anduvo una milla, tal vez dos. Hubo un momento en que vio un objeto grisáceo sobre el suelo. Parecía una de esas masas repelentes fangosas que se encuentran a veces en la madera podrida. Tenía un aspecto resbaladizo y dio un rodeo para evitar el tener que pasar por encima. Vio un animal con patas delgadas como palillos, que marchaba al trote por el sendero. El animal le vio y escapó después.

Oyó después un ruido que sin duda había sido por la mano del hombre. Era el ruido característico que emite el metal al chocar con otro metal. Tal vez era que estaban deshaciendo totalmente las naves salvavidas, para asegurarse de que el dinero del *Danae* no estaba en su interior. Horn había tratado de describir un semicírculo alrededor de la baliza, buscando huellas, pero en su recorrido se había aproximado demasiado a Larsen. Volvió a tomar el siguiente sendero de animales, y se alejó con el propósito de describir un nuevo semicírculo. Comenzó a caminar a toda prisa. Tenía ansiedad por recorrer el camino lo más pronto posible que casi fue víctima de pronto de una de las tragedias de la jungla. Encontró otro de aquellos objetos grisáceos en su camino. Pero no era tan plano y flácido, húmedo y resbaladizo como algunos hongos. Ahora parecía más bien un fardo, un saco, en el cual un diminuto animal que recordaba un gamo, y que era de la talla de un foxterrier se debatía desesperadamente por liberarse de él, sacando solamente la cabeza al exterior de aquella masa grisácea que le envolvía.

El aparente hongo, era ahora un cuerpo repugnante que se revolvía. No era un disco plano como aparentaba sobre el suelo, sino un animal, sin huesos, resbaladizo, y en el que en el momento de cerrase aparecían brazos que se retorcían contritos, apretando con fuerza para estrujar su presa. Era

como un pólipo plano que permanecía inmóvil a la espera de algún ser que pusiera sus pies sobre él, para convertirse después en un cúmulo de tentáculos que dejaban sin vida a quienquiera que cayera sobre ellos. El diminuto gamo agitaba las patas y trataba de defenderse, mientras en sus ojos se leía la agonía.

Horn en súbita e irreflexiva reacción, hizo uso del revólver de aturdimiento. No es que el ruido fuese muy grande, pero era un ruido humano. Las revulsiones convulsivas cesaron. Los brazos parecieron sufrir un colapso. El animalillo quedó dentro. Yacía insensible sobre la masa grisácea, que había recobrado su apariencia de musgo repelente.

Horn apartó al animal. Cuando recobrara el conocimiento, no era muy probable que nunca más volviera a poner los pies sobre nada que fuera plano, resbaladizo y grisáceo.

Después oyó varios disparos seguidos. Era muy cerca, probablemente sobre el mismo sendero. Oyó un murmullo constante que le hizo sacar nuevamente el arma. Estuvo a la expectativa, pero después el tumulto fue disminuyendo, aunque no quedó del todo apagado. El griterío que oyera también, se había convertido en un murmullo, y el murmullo pasó a ser un grito impreciso.

Poco después Horn oyó a alguien que gimoteaba.

Reconoció la voz, y a decir verdad la sorpresa no se transformó en agrado. Anduvo lentamente y con recelo a lo largo del sendero. El rostro de Horn tomó un rictus de disgusto, y no halló razón alguna para modificar su expresión cuando vio frente a él al ingeniero del *Theban,* sollozando.

—¿Pero qué demonios está haciendo usted aquí? —preguntó Horn.

El hombrecillo levantó la vista para mirarle y no respondió.

—Le he preguntado, que ¿qué diantres está haciendo aquí? —insistió.

—Es... estoy tratando —repuso el ingeniero lastimosamente— de... de unirme a las gentes del *Danae.*

—¿Para qué?

—Tal vez... tal vez ellos no me maten —aclaró el ingeniero—. En el *Theban* es seguro que lo harán. No hay ni uno que no esté planeando algo contra los demás.

—¡Pues claro! —interjectó Horn—. ¿Y cómo espera poder llegar junto a las gentes del *Danae?*

—Di la vuelta por aquel claro —explicó el ingeniero— y encontré huellas. ¡Pero no se lo dije a Larsen! ¡No se lo dije! Y las rastreé. Yo... pensé que si les advertía...

—Continúe —apremió Horn.

—Pues... pensé que tal vez me protegerían. Pero entonces... oí un revólver de aturdimiento. Creí que debía ser Larsen. Por eso... corrí, tropecé, y el rifle me escapó de entre las manos y cayó al agua...

Horn miró hacia el suelo. Había huellas, que evidentemente procedían del sendero que se entrecruzaba con el que había utilizado un poco más atrás. Poco más lejos vio el resplandor del agua. El sendero descendía, para desaparecer bajo los suaves rizos del agua. Las huellas llegaban hasta allí, y se perdían en la orilla.

Horn no daba crédito a sus ojos. Aquello era un bosque cuyos árboles asomaban sobre la superficie del agua, aunque más lejos se alzaran sobre tierra seca. Horn veía una superficie líquida hasta donde el follaje le permitía extender el alcance de su vista. En aquel trozo donde se hallaban, el olor era

infernal, aunque el mismo se mezclaba con el de un rifle que había sido disparado poco antes. Vio la culata de un arma, parcialmente carbonizada por el calor. Había un oyó abierto sobre el fango, y el agua todavía lo estaba llenando. El fango había salpicado en todas direcciones. Apestaba.

Pero Horn no miraba más que el arma. Estaba totalmente destrozada. Pero lo más importante era que veía el sendero de animales que seguía y seguía a través de los troncos de los árboles que asomaban sobre el agua. Probablemente las huellas harían lo mismo. Había una vegetación muy densa que sobresalía del agua, a ambos lados del pasadizo, como si los animales que se zambullían en el agua se esforzaran en mantener siempre una brecha por donde poder atravesar cuando salieran a tierra.

Entonces lo comprendió todo. No eran los animales acuáticos los que habían abierto un sendero a través del agua cenagosa. Antes bien, el agua había crecido en su nivel, inundando aquel sector. Y debía ser reciente. Los troncos de los árboles cubiertos de lodo venían a demostrar que el agua había aumentado de nivel inundándolo todo unas semanas antes.

La situación era de una claridad absoluta. Se limitó a decir:

—¡Vamos!

Se metió en el agua, que apenas le llegaba al tobillo. A medida que avanzaba fue subiendo hasta las pantorrillas. Después de haber caminado unos doscientas yardas, el agua le llegaba a la rodilla. El hombrecillo dijo lleno de temor:

—¡Se está haciendo cada vez más profundo!

La respuesta de Horn no fue más que un gruñido. Caminaba lentamente, observando con detenimiento los troncos de los árboles que se erigían a ambos lados. El agua le llegaba ya por encima de los muslos cuando encontró lo que estaba buscando... otro sendero que ramificaba con éste; sumergido, como el anterior. Era un sendero del bosque, que había quedado cubierto por el agua.

Horn continuó la marcha por allí, sabiendo que en cierto modo retrocedía hacia la baliza y el *Theban.* Avanzaba lentamente y con gran precaución, haciendo el menor ruido posible con el agua para no ser oído. El ingeniero hizo un ruido al tropezar con una rama, pero Horn se volvió inmediatamente hacia él y le miró de un modo amenazador, que el hombrecillo interpretó en seguida.

Cincuenta yardas. Cien. El agua ahora le llegaba solamente hasta las rodillas. Avanzaban con más lentitud todavía, y adoptando mayores precauciones. Había mucho trecho desde donde el rifle había ardido... al menos una milla, o posiblemente dos. Después se oyó un ruido que no era en absoluto de los característicos del bosque: parecía la voz de un niño. El ingeniero parecía hablar consigo mismo en voz baja. El agua iba disminuyendo en intensidad.

Horn salió del agua hacia un sendero relativamente seco, cubierto de huellas. A menos de treinta pasos del borde del agua, se halló de repente junto a un hombre, que con los ojos llenos de sorpresa le miraba inmóvil.

—¿Dónde está Ginny Forbes? —preguntó Horn con voz autoritaria—. He venido para ayudarles a salir del lío en que se hallan metidos. Ella les podrá explicar.

El hombre, con un gesto espasmódico, alzó el arma que llevaba entre las manos. Horn dijo con impaciencia:

—¡No sea estúpido! ¿Dónde está Ginny Forbes?

Librodot

Se oyeron algunos murmullos. Aparecieron algunos rostros. Después, con un grito contenido, Ginny apareció corriendo por el sendero. Se abrazó a Horn:

—¡Sabía que vendrías! ¡Estaba segura de que vendrías!

—¡Pues yo no estaba tan seguro de conseguirlo! —respondió Horn con gesto torvo—. Mejor será que me presentes. Debo tener una apariencia muy sospechosa.

Ginny no pudo contener unas lágrimas de alegría, antes de que pudiera explicar a los otros náufragos quién era Horn. No sabía cómo éste había hecho para llegar hasta allí, pero estaba segura de que había venido porque ella se hallaba en peligro. Y que les ayudaría. Tal vez llevara a alguien con él...

—Ése no —respondió Horn fríamente refiriéndose al ingeniero—. Ése no sirve para nada.

Pero no había tiempo para entrar en muchas explicaciones, de cómo había hecho para llegar hasta aquellas ciénagas, cuyo nivel de agua aumentaba a capricho y sobre un planeta baliza a varios años luz de distancia de donde debería haber estado esperando a Ginny. Al principio, casi dudaba incluso de que llegaran a creerle. El capitán del *Danae* le miraba con ojos tranquilos, que Horn al principio interpretó como un gesto de desconfianza.

Dijo con esmerada entonación:

—¿Saben que el agua está subiendo?

—¡Naturalmente! —respondió el capitán del *Danae*—, eso fue precisamente lo que nos dio la idea de escondernos aquí. No podrán seguir nuestras huellas hasta este lugar.

—Pues yo las seguí —se limitó a responder Horn—. ¿Han observado la altura a que suele llegar el agua?

—Lo estamos vigilando —repuso el capitán con la misma tranquilidad que antes.

Horn señaló los troncos de los árboles que había alrededor. Se apreciaba perfectamente, si se detenía uno en el detalle, que no hacía mucho tiempo que aquella jungla había sido inundada hasta alcanzar una profundidad de más de diez pies en el sitio en que estaban. El capitán del *Danae* parpadeó asombrado. No se había dado cuenta. Su expresión sufrió un rictus de contracción, hasta volver a recuperar su calma habitual.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Tendremos que tenerlo en cuenta.

Los náufragos se pusieron todos a mirar alrededor. Allí se encontraban reunidas todas las personas que viajaban en el *Danae;* dos oficiales, cuatro tripulantes y siete pasajeros. El capitán del *Danae* mostraba ese aire tranquilo y confidente que da tanta tranquilidad a los pasajeros y que forma parte prácticamente del uniforme de un capitán de crucero. Pero quizá su calma no pasara de ahí, puesto que aquel hombre nunca se había enfrentado a una situación de emergencia como la que vivían.

El más joven de los oficiales parecía un adolescente y daba señas de impaciencia y nerviosísimo. En la academia de adiestramiento espacial, no le habían preparado para una situación como ésta. Los pasajeros eran de lo más dispar. Había dos niños, un hombre de negocios muy fornido, dos mujeres, aparte de Ginny, y un hombre de aspecto cadavérico que, lleno de barro y sucio como todos los demás, no había perdido el señuelo de uno de esos congregacionistas lúgubres que viajan de un mundo a otro buscando

cura para lo que se niegan a convencerse de que se trata de hipocondría.

La tripulación no era ni más ni menos que lo que suelen ser todas las tripulaciones de los cruceros espaciales; hombres que habían viajado estoicamente en toda clase de naves, entre aeropuertos espaciales perfectamente equipados y que habían vivido hasta ahora esperando plácidamente que llegara el momento de percibir una pensión eventual. No eran los más apropiados para desempeñar el papel de náufragos o fugitivos de la tripulación del *Theban.*

Horn se dio cuenta de que los ojos de casi todos se dirigían hacia su compañero:

—Este hombre —dijo secamente— es el ingeniero del *Theban,* el aparato que aterrizó en la última puesta de sol. Ha desertado de su nave porque teme que le asesinen por haber demostrado que no es competente en su trabajo. No creo que pueda ser útil en nada, ni para sí mismo ni para ningún otro, pero aquí está. Y pasando a otro asunto, ¿cuánta comida tienen?

Aun tenían comida para varios días. Tenían más, pero la habían abandonado en las naves salvavidas. No habían terminado de poner en salvaguarda todas las pertenencias, cuando el *Theban* apareció en el cielo.

—Carguen con todo —ordenó Horn—. Me da la impresión de que en este planeta hay estaciones tan lluviosas que, al que coge al descubierto le entran ganas de croar. Todos cuantos animales he visto parecen habitantes acuáticos. Están perfectamente equipados para vivir en junglas inundadas; pero nosotros, no. De manera que tenemos que ponernos en camino hacia donde no nos ahoguemos.

El capitán del *Danae,* dijo con reposada dignidad:

—Escogí este refugio porque no podrían seguir nuestras huellas hasta aquí.

—Pero yo lo hice —repuso Horn.

—Sí —acordó el capitán gravemente—. Pero aún…

—Hay una zona de tierras altas tras la baliza —le interrumpió Horn— con colinas incluso que se alzan más a lo lejos. Yo voy allí. Ginny vendrá conmigo. Cuando esta ciénaga esté bajo el agua, nosotros ya no estaremos aquí. Éstos son los hechos. Ustedes deciden.

El capitán del *Danae* frunció el ceño, como si estuviera pensando profundamente. Pero la verdad era que en su interior estaba muy indeciso. El hecho de que Horn hubiera seguido a todo el grupo hasta allí, había sido un rudo golpe para sus proyectos. Sus planes eran quedarse escondido hasta que el *Theban* se alejara. Por lo visto no tenía ni idea de lo que los hombres eran capaces de esperar con tal de meterse en sus bolsillos cuarenta millones. Por su adiestramiento y experiencia, era comparable en cierto modo a los capitanes de los transbordadores de corta distancia. Era el jefe oficial de los náufragos a causa de su rango, y tenía su rango porque nunca se había visto metido en problemas. Pero Horn era otra clase de hombre. El capitán del *Danae,* tras pensárselo unos momentos, aceptó su dirección.

—Puesto que han sido capaces de encontrarnos —dijo con tono de decisión—, los hombres del… del *Theban* podrían hacer lo mismo. Tendríamos que ponernos en marcha, aunque sólo fuera por ese motivo. Y en terrenos más altos me imagino que será mucho más salutífero el esperar. —Se volvió hacia los otros—. Vamos a ponernos en marcha. Tenemos que

llevarnos lo que trajimos.

Todos se pusieron en movimiento. Ginny estaba en pie junto a Horn. Dijo en voz baja, casi en un susurro:

—¡Estoy tan contenta de que estés aquí! ¡Ahora todo se solucionará!

—Me gustaría pensar igual que tú —le respondió él—. Pero yo también estoy contento de estar aquí.

Observó los preparativos que se hacían para la marcha. Los náufragos recogieron los fardos de provisiones. Había otros equipajes, más grandes y probablemente más pesados que la comida. Horn dijo:

—¿Cuántas armas tienen? ¿Dónde están?

Ginny se estremeció un poco:

—No hay más que un rifle utilizable. Los otros... es un lugar tan húmedo éste. El relente...

Horn sintió un sonido inarticulado, pero amargo. La ineptitud había dejado prácticamente desarmados a los náufragos.

Horn inspeccionó el arma que había quedado en buen servicio. Funcionaba bien. ¡Una sola arma contra toda la tripulación armada del *Theban!* No le convencía mucho aquel asunto. El grupo ya estaba preparado para ponerse en marcha. El pasajero cadavérico iba menos cargado que ninguno de los demás. Horn, con toda cortesía, le ordenó que intercambiara los paquetes con una de las mujeres. El hombre protestó arguyendo que su salud no le permitía extralimitarse mucho.

—Entonces se quedará aquí —repuso Horn sin perder la sonrisa— y así podrá disfrutar de su propia muerte.

Paseó los ojos por encima de los otros equipajes.

—¿Qué es eso que hay ahí y que no es comida? —preguntó, aunque ya lo sabía.

El capitán del *Danae* repuso:

—Dinero. Cuarenta millones en dinero al contado. Era la parte más valiosa del cargamento del *Danae.* Entra dentro de mi obligación el salvar todo cuanto pueda de una nave que se ha ido a pique.

—Nave que por cierto que no se ha ido a pique, como usted dice —respondió Horn—. Pero hubiera preferido que se hubiera dejado el dinero en la misma puerta de las naves salvavidas, allá en la baliza, para que lo encontrara con toda facilidad la tripulación del *Theban.* Eso nos hubiera simplificado mucho el trabajo.

El capitán repuso en tono de reproche:

—¡Pero hubieran huido con él! ¡Si es precisamente lo que buscan!

—Hubieran empezado a matarse los unos a los otros —explicó—. Y por tanto no hubiéramos tenido que habérnoslas con tantos como ahora.

—Pero ahora no propondrá usted...

—¿Dárselo a ellos? ¡Demonios, no! ¡Ahora, no! ¡Necesitamos todas las armas que podamos utilizar en nuestro favor.

El grupo estaba dispuesto para ponerse en marcha. Horn iba delante, con un rifle entre sus manos. Ginny a su lado. Su expresión denotaba alegría y absoluta confianza. Al parecer, estaba totalmente convencida de que yendo con Horn era imposible que ocurriera nada malo.

El recorrido que hicieron fue muy extraño. Se metieron en el agua, que iba subiendo de nivel, lenta, lentamente, hasta que salieron de ella y encaminaron sus pasos por un sendero. Hubo momentos en que estuvieron bastante cerca de la baliza y del *Theban.* Avanzaban tras una constante

sucesión de zig-zags, que les dirigían hacia el limite de la zona más elevada que intentaban alcanzar.

Siguieron su marcha durante varias horas. Era algo agotador. Hubo un momento en que llegaron a una loma, que en realidad el agua casi había convertido en una isla.

Horn les permitió descansar allí. Comieron frugalmente. El capitán del *Danae* se llevó aparte a Horn.

—Comprendo perfectamente las razones que le impulsaron a venir hasta aquí —dijo—. Usted vino para rescatar a su novia. Pero, ¿no habrá alguien que sepa dónde se halla usted y qué trate de encontrarle al mismo tiempo que a nosotros?

—Sólo la banda del *Theban* —repuso Horn.

El capitán del *Danae* pareció derrumbarse por la desilusión.

—Cuando usted nos encontró, abrigaba yo tantas esperanzas...

—Pues hasta ahora no estamos tan mal —le animó Horn—. Tenemos comida para unos cuantos días, y en el *Theban* todavía hay más alimentos y cobijo para cuando vengan las lluvias...

—¡La estación de las lluvias! —exclamó el capitán—. Antes de que abandonáramos la nave, eché un vistazo a la guía de rutas espaciales para ver lo que decía acerca de Carola. Verdaderamente es inhabitable. Las cuatro quintas partes del planeta están ocupadas por el océano, y la mayor parte de la superficie restante, la cubren las ciénagas. —En el tono de su voz se adivinaba cierta agitación—. ¡Aquí los aguaceros durante la mayor parte del año son terribles! Y según pude comprobar, la estación de las lluvias está a punto de comenzar.

—Entonces mejor será que pensemos en el *Theban* —indicó Horn—, aunque sólo sea para que nos sirva de refugio.

—¿Pero cómo?

—Ya nos arreglaremos —se limitó a responder Horn—. Me gustaría poder atraer la atención de alguna nave que pasara no muy lejos de aquí.

—Imposible. Las naves salvavidas tienen comunicadores de corta distancia, pero están averiados.

—El transmisor de la baliza no es de corta distancia —respondió Horn comenzando a ponerse de mal humor. Él tenía ya sus planes forjados y estaba tratando de convencerse a sí mismo de que eran realizables. Era verdaderamente insoportable que el capitán del *Danae* estuviera poniendo obstáculos y objeciones a todo cuanto intentaba hacer o decir—. La baliza es de largo alcance y yo tengo ya mis planes preconcebidos.

—¡Pero la nave está ahí! —protestó el capitán—. Y usted dijo que no podrían marchar. Los hombres que hay en ella nos matarán; y hallarán todas las justificaciones para hacerlo. ¡Y ni siquiera estamos armados para defendernos!

Horn frunció el ceño. Nunca se le hubiera ocurrido pensar que además de tener que ocuparse de todos los náufragos, además del capitán del *Danae,* y tener que hacer planes inmediatos para salir de aquella situación, debería dedicarse a consolar al capitán.

—¿De dónde —interrogó Horn— se sacó usted la idea de que no estamos armados? Tenemos un arma que vale por mil rifles. Es la más mortífera que hay en toda la galaxia. Y está en nuestro poder y no en el de ellos —después añadió con cierto malhumor—. ¡Vamos! Hay que poner en marcha de nuevo a toda esa gente. Tenemos que continuar y ver si

encontramos tierra firme bastante lejos de aquí antes de que oscurezca.

—Pero —empezó a objetar el capitán sin poderlo remediar—, ¿qué arma es ésa que dice que tenemos?

—Tenemos —respondió Horn con envidiable paciencia— tenemos cuarenta millones en dinero contante y sonante. ¡A ver si es usted capaz de encontrar un arma más mortal que esa!

Capítulo VII

Por aquellos días no había más que un tipo de armas y una utilidad de las mismas concebible, aunque el cálculo de probabilidades demostrara, como en esta ocasión, que debería haber más de un tipo registrado. Horn, de todos modos, no se hallaba de ninguna forma involucrado en ello.

El transcurso de la marcha se efectuó durante algunas horas, conducidos por Horn, y sin que los pasajeros del *Danae* ni la tripulación pusiera el menor reparo, a través de una jungla quizá más enmarañada que la que habían dejado atrás, y al mismo tiempo inundada en una gran extensión. Lógicamente en ocasiones el agua era más profunda que otras. Había momentos en que a los adultos les cubría hasta la cintura, y entonces había que transportar a los niños por encima de la superficie. Ellos eran los únicos que parecían disfrutar con aquella aventura. Otras veces el agua les llegaba solamente hasta los tobillos. Pero tanto en un caso como en otro, las huellas que dejaban tras de sí, quedaban sumergidas bajo el agua e invisibles. La mayor parte de las veces, los pasos no llegaban a profundizar en el suelo. No debía hacer mucho que el agua había aumentado de nivel, y el fondo no se había transformado todavía en verdadero lodo.

Durante el viaje, apenas vieron animales salvajes, y desde luego, sobre los senderos que siguieron, ni uno solo. Por dos veces vieron unos animales que se parecían mucho a las ratas almizcleras, que nadaban de forma incoherente por donde el agua era más profunda. De tanto en cuanto, trepaban a los troncos de los árboles y se perdían de vista entre las ramas. En más de una ocasión, Horn vio bultos que no se distinguían con claridad, pero que desde luego no formaban parte de los árboles y lianas sobre los que aparecían. No consiguió ver a ninguno de ellos lo suficientemente cerca como para estar seguro, pero eran de color grisáceo y le daba la impresión de que debían ser algo muy parecido a aquellos animales octópodos que había visto estrujando el frágil gamo.

No le cabía la menor duda de que aquellos bichos vivirían sobre tierra en las estaciones secas, apresando a otros animales, y que cuando se acercaba la época de las inundaciones se subían a los árboles y permanecían allí al acecho de sus moradores. Los animales nadadores también le sugerían un sistema ecológico adaptado a periódicas inundaciones. Varias veces, durante el viaje de los náufragos, oyó murmullos en el límite más profundo de la audibilidad. Todos los sonidos disminuyen con la distancia, y éste muy bien podría ser un trueno de insoportable intensidad, reducido a meras pulsaciones del aire por la distancia que recorría.

Pero en el claro abierto en la jungla, la tripulación del *Theban,* continuaba atareada con la destrucción de las naves salvavidas. Las

carcasas de las bestias fascinadas que habían matado la noche anterior, yacían sobre el suelo. A algunas de ellas había habido que retirarlas de donde habían caído, para poder trabajar sobre las naves que eran reducidas a astillas en la infatigable búsqueda del tesoro.

Durante el tiempo que Horn permitió a los demás que se tomaran un descanso —habían encontrado otra loma que emergía del agua formando un islote—. Larsen no había tenido más remedio que rendirse a la evidencia de que el dinero no estaba escondido en los botes—. Siguió buscando porque tenía pruebas evidentes de que los fugitivos habían estado allí mientras el *Theban* se disponía a tomar tierra. Buscó hasta en el último rincón, incluida la instalación que resguardaba a los aparatos emisores y receptores de la baliza. Inspeccionó el interior. Allí no había más que los aparatos más imprescindibles —la baliza en sí— y algunos adminículos para efectuar el cambio de onda y su reparación. Pero no había dinero. Tampoco había ninguna excavación en el terreno que indujera a pensar que había sido enterrado Por tanto, no le quedaba más remedio que salir en persecución de los fugitivos y obligarles a revelar el lugar dónde estaba el dinero. Aproximadamente, en el momento en que Horn hacía poner en marcha nuevamente a sus seguidores, Larsen se ponía al frente de algunos hombres de su tripulación para salir en su busca. Ahora, eran dos cosas ya lo que quería: el dinero y a Horn. Ambos le eran imprescindibles. Si lograba encontrar a Horn, Larsen confiaba en que con ello podría asegurarse su propia salvación, bien dominándolo con amenazas o sobornándolo. Necesitaba su cooperación. Horn había cooperado desde Fomalhaut hasta Hermas, y desde Hermas hasta aquí. Pero Larsen no estaba enterado de la existencia de Ginny, cuya presencia había sido la determinante de la mayor parte de las cosas que había hecho Horn.

Los náufragos eran para él un problema mucho más sencillo. Los seres humanos se adaptaban a la ecología humana de los planetas. Los mundos que no han sido previamente tratados y modificados para permitir la adaptación de la vegetación terrestre sobre ellos, y para albergar animales terrestres en sus bosques, no producen comida para que los humanos puedan vivir indefinidamente en ellos. Los náufragos tenían comida, pero no mucha. Y no tenían ninguna probabilidad de encontrar más en Carola. Llegaría el momento en que tendrían que entregar el tesoro a cambio de comida, la cual, naturalmente, tampoco les podría durar. Larsen consideraba que efectuando una persecución llevada con inteligencia, e incluso matando a unos cuantos si era necesario, los refugiados del *Danae* se rendirían —bajo promesas solemnes de transportarlos a un mundo civilizado—, pudiendo entonces matarlos a todos entre las estrellas, y de esa forma todo tendría un final felicísimo. Larsen dirigía al grupo de perseguidores en pos de los náufragos con absoluta confianza en sus posibilidades y total convencimiento en victoria final.

El planeta Carola no les obsequiaba con nada. Todo el continente era en su mayor parte una ciénaga, aunque bien es cierto que había algunas tierras altas en la zona costera. Aparecieron nubes de lluvia de increíble intensidad, igual que en ocasiones se formaban tormentas de insospechada violencia. Aquel día precisamente se puso a llover de un modo torrencial, y las ciénagas que había al oeste de la baliza se fueron llenando, a una media de unas siete a diez pulgadas por hora.

Pronto las nubes llegarían hasta el claro de la baliza. Entonces las

Librodot

laderas de las colinas parecerían torrentes y los senderos que en aquellos instantes atravesaba Horn quedarían sumergidos en una profundidad insondable. Si el planeta se daba cuenta de algo —pues hay gentes que creen que los mundos y los soles se aperciben de su propia existencia— estaría absorto en el simple hecho de existir. No presentaría la menor atención a unos pobres bípedos que se arrastraban de un lado a otro incansablemente sobre su superficie.

Al principio, el grupo de perseguidores de Larsen tuvo suerte. Encontraron las huellas de los fugitivos casi inmediatamente. Las siguieron, aunque habían quedado bastante borradas por el paso de las bestias cuando abandonaron el claro de la baliza al apagarse las luces y se internaron de nuevo en la jungla. Pero mirando con mucha atención los fragmentos de las huellas se podían seguir, sin excesivo riesgo al equívoco. Dedujeron que había algunos hombres, algunas mujeres y unos cuantos niños. Larsen no cabía de regocijo. Si encontraba a los náufragos y se hacía con el dinero, el hambre haría volver a Horn. Entonces le obligaría a poner en marcha los motores del *Theban,* y todo habría salido tal y como había planeado.

Pero el rastreo era lento. En más de una ocasión perdieron las huellas, para volver a hallarlas en la conjunción de otro sendero. Tenían que buscar sin desmayo las huellas de cuarenta millones que los náufragos se habían llevado del *Danae* cuando lo abandonaron. Los fugitivos se arrepentirían de haber ocasionado a Larsen la intranquilidad y el trabajo de tener que perseguirlos, circunstancia con la que no contaba.

Sería más de medio día cuando llegó al lugar donde el agua empezaba a aparecer entre los árboles. Las huellas eran visibles aún, pero no se apercibió del agujero que había abierto el rifle del ingeniero sobre el fondo cuando se le escapó estrepitosamente de entre las manos. El nivel del agua había aumentado y lo había recubierto totalmente. Llegaron al lugar en donde se terminaba el sendero, por introducirse dentro del agua. Aparecían claramente las huellas de Horn y del ingeniero, pero al igual que las otras se adentraban en el agua y no volvían a salir.

Larsen lanzó todo un compendio de maldiciones. No tenía ni la ligera sospecha de la existencia de Ginny y no se imaginaba cuáles serían los propósitos de Horn, máxime desconociendo su forma de pensar. Pero la gente no se interna en una ciénaga para quedarse allí. Entraban en ella para salir por algún sitio. Tenían que haber estado al corriente de algún lugar sólido más allá de aquel líquido que aumentaba de volumen lentamente. Pero donde quiera que fueran capaces de ir ellos, Larsen lo sería igualmente.

Fue el primero en meterse en el agua y sus hombres tras él. Poco a poco, aquélla les fue llegando hasta las caderas. No advirtieron ningún sendero que se uniera al que estaban siguiendo. Horn había retrocedido por allí mismo y se había encontrado con el grupo de los del *Danae.* Pero Larsen no lo hizo así. El agua continuaba aumentando en profundidad, y ordenó a sus hombres que mantuvieran las armas en alto.

En aquellos instantes, aproximadamente al atardecer, Horn llevaba a los suyos a tierra firme, a varias millas de allí. Se hallaba al otro extremo del claro de la baliza. Todavía anduvieron otra milla adentrándose más en el bosque, contorneando la ciénaga y trabajó junto con los otros para abrir un pequeño claro donde poder pasar la noche. Se hallaban muy distanciados del sendero de la jungla que habían seguido hasta entonces. El pasajero

Librodot

hipocóndrico protestó nuevamente arguyendo que su salud no le permitía hacer esfuerzos. Horn le obligó a trabajar, sin miramientos. El ingeniero cooperó también en aquella labor, pero evidenciaba sin el menor género de dudas la apremiante necesidad que tenía de echar un trago. Los otros, debilitados como estaban, comprendieron sin embargo que un sendero de animales no era el lugar más apropiado para acampar. Tales vericuetos serían utilizados con toda seguridad por los animales de gran envergadura para pasar la noche. Pero además, los náufragos no pudieron por menos que reconocer que Horn les había sacado de un verdadero peligro y que allí estaban mucho más a salvo que antes. No tenían mucha confianza en el futuro, pero tenían más esperanzas que antes.

Horn dispuso la vigilancia de noche. Organizó los turnos rápidamente, y el capitán del *Danae* estuvo dignamente de acuerdo con sus medidas.

La situación de Larsen era menos afortunada. Internó a sus hombres en una ciénaga muy profunda. De las caderas, el agua había pasado a cubrirles hasta casi el cuello. Tenían que llevar con más cuidado que nunca los rifles sobre la cabeza.

Y la profundidad del agua continuaba en aumento. El sol empezó a declinar. Larsen no hacía más que gritar a sus hombres animándoles a que le siguieran. Las ramas, en los senderos de la jungla, nunca se alzan a muchos pies por encima del suelo. Uno de los hombres enzarzó el rifle en una de las ramas, se le escapó de entre las manos y ya no lo pudo encontrar. Otro, un rato después, tropezó. El rifle se hundió en el agua, y la composición de la misma era tal, que pronto se dio cuenta de que la reacción que había formado al tocar el metal, lo había dejado inservible.

Los hombres de Larsen, por el cansancio y por la dificultad de la marcha, fueron distanciándose los unos de los otros. Antes de que consiguieran reagruparse el sol había declinado mucho. No se atrevieron a continuar. Ningún hombre en su sano juicio se atrevería a vadear la charca de una jungla una vez caída la noche.

Larsen maldecía y amenazaba, pero sus hombres retrocedían, levantando chasquidos del agua al apresurar la marcha. Había anochecido antes de que llegaran a salir completamente del agua. Se equivocaron de camino, y el que tomaron les condujo al primer sitio donde se habían escondido los náufragos, y del que Horn les había sacado. Anduvieron de un lado a otro, buscando las huellas que habían visto y seguido al internarse en el bosque, pero al fin se rindieron a la evidencia de que estaban perdidos.

Durante más de una hora anduvieron en todas direcciones y hacia ningún sitio. El pánico empezaba a apoderarse de ellos. Entonces la luna, coloreada parcialmente, pasó por encima de ellos y Larsen se orientó. Observó la posición relativa de ciertas estrellas brillantes y la línea que describía la órbita de luna, gritó a sus hombres para que guardaran silencio y abrió la marcha hacia la nave.

Estaban a mitad de camino del claro donde estaba el *Theban* cuando uno de los hombres metió los pies en un cuerpo flácido y grisáceo que parecía un moho u hongo sobre el suelo. No lo vio, aunque tenía casi seis pies de diámetro. No se apercibió de nada hasta que vio que algo se revolvía con violencia bajo sus pies y que unas cosas frías, húmedas y resbaladizas le apresaban en la oscuridad. Se puso a gritar y quiso defenderse. Lo que parecían las aberturas de unas bocas le desgarraban la ropa. Algo le rodeó el

cuello con increíble fuerza. Quiso deshacerse de aquel abrazo con las dos manos, pero sus esfuerzos eran inútiles. Brazos horribles se cernían sobre él y le iban arrancando poco a poco la vida del cuerpo.

Larsen y sus hombres oyeron el ruido. Alguien encendió una luz con mano temblorosa. Vieron a su compañero, miembro de la tripulación engullido prácticamente por lo que parecía un monstruo octópodo terrestre, cuyos tentáculos formaban un nudo alrededor de su cuerpo, que poco a poco se iba haciendo más pequeño. La parte central de aquel ser horroroso daba muestras de avidez para nutrirse de su presa, y otras muchas bocas más pequeñas parecían dispuestas a empezar el festín cuanto antes.

Larsen hizo uso del rifle. Podría haber tenido más cuidado en el momento de disparar, pero se imponía una urgencia terrible en la acción. Aparecieron nuevas luces en otras tantas manos temblorosas. El monstruo se derrumbó inerme después de verse azotado por el disparo, pero su presa también cayó sobre el suelo. Nuevos disparos abrieron fuego sobre el animal. Ya no quedaba más que un montón indescriptible de fragmentos retorcidos sobre el suelo, que daban todavía la sensación de estar con vida e incluso ser peligrosos.

Los esfuerzos por regresar al punto de partida se redoblaron. Llevaban luces, y los animales de la jungla salían de ella para fijar su mirada de un modo hipnótico sobre las linternas. Los hombres hicieron uso nuevamente de los rifles, disparando sobre cuanto aparecía ante ellos en el sendero. Entre dos hombres trasladaban al que semiinconsciente casi había matado la repugnante bestia. Uno de los disparos que se cruzaban en todas direcciones contra los animales que irrumpían en su camino produjo a Larsen una quemadura en una pierna.

De pronto, algo realmente gigantesco bloqueaba el sendero y miraba fascinado e inmóvil las linternas. Casi al unísono los hombres del *Theban* dispararon repetidas veces sobre él. Llegó un momento en que no les cupo la menor duda de que estaba muerto. Pero oyeron otros murmullos. Las luces atraían a otros animales... Con los ojos que se salían de sus órbitas a causa del terror que les atenazaba, no tuvieron más solución que pasar por encima del cuerpo del animal que habían matado y que olía insoportablemente a fango.

Cuando lograron por fin dejar atrás la jungla, el estado nervioso en que se hallaban todos era deplorable. Algunos de ellos tropezaron contra los cuerpos de los seres que Larsen había matado desde la puerta de la cámara de aire. Estaban aterrorizados.

El grupo de fugitivos de Horn se hallaba en una situación mucho mejor. Cuando cayó la noche estaban al abrigo de toda persecución. Bien es verdad que las reservas de comida no podrían durarles más que unos cuantos días; se les estaba sometiendo a una caza despiadada, y era poco o nada probable que alguien llegara para rescatarlos. Pero de momento estaban a salvo, o así lo parecía. Se congratulaban del buen discernimiento de su nuevo guía.

Excepto el ingeniero. Mostraba un desasosiego terrible a causa de la necesidad de botellas de las que dependía. Los demás estaban muy debilitados, y una hora después de ponerse el sol, sólo Ginny y Horn quedaban despiertos, aparte del ingeniero. Horn se había encargado de la primera vigilancia de la noche, y Ginny estaba sentada junto a él. Hablaban en la oscuridad. De vez en cuando Ginny reía, pero no porque Horn dijera

Librodot

algo gracioso, sino simplemente porque era feliz. Afortunadamente nosotros, los humanos, somos realmente racionales durante una parte del tiempo.

Por una vez, el ingeniero del *Theban* fue a molestarles para pedirles de forma conmiserativa que le dieran, aunque fuera parte de una botella, si es que la había entre los náufragos. Aunque fuera una parte de una parte... Pero no había.

Mientras hablaban, Horn se entretenía en la oscuridad labrando el trozo de corteza de un árbol. Hizo un objeto de unas seis pulgadas de ancho por ocho de largo, contempló su trabajo de artesanía y a continuación hizo otro. Cuando ya quedó satisfecho, fue hacia el oficial más joven del *Danae.* Como armamento le dio el revólver de aturdimiento y después se fue a dormir con los dedos de Ginny entrelazados con los suyos.

Se volvió a despertar cuando el cielo ya había tomado el característico color gris del amanecer. Se hizo cargo del revólver nuevamente y recogió otros enseres. Se metió solo en el agua, avanzando con más rapidez de lo que hubiera hacho de haber venido los otros tras él.

No le costó más que una hora llegar al sitio que creía más conveniente para sus propósitos. Era en el límite de la ciénaga. El nivel del agua había aumentado medio pie durante la noche. Se ató las cortezas con las que había estado manipulando la noche anterior bajo los pies y avanzó por el terreno sólido. Después examinó las huellas que dejaba.

No eran huellas humanas. Acababa de inventar un animal y las huellas del mismo. Tras él, por tanto, iría dejando aquellas huellas y no las suyas propias. Anduvo lo más rápido posible entre los senderos de la jungla. Y mientras caminaba iba tendiendo el cebo.

El cebo era el dinero interestelar, que dejaba caer de vez en cuando a su paso. Tiró sobre el suelo cien, doscientas, quinientas, mil. Y las dejaba donde todo el mundo las pudiera ver. Cualquiera que anduviera rastreando a un ser humano, por donde Horn pasaba en aquellos momentos, no encontraría ninguno. Pero cualquiera de los hombres del *Theban* que viera dinero en la jungla abandonaría el pensamiento de dedicarse a buscar otra cosa que no fueran los billetes.

En su recorrido, Horn llegó al lugar donde Larsen y los otros habían tenido que hacer frente a la bestia grisácea la noche anterior. Habían disparado tanto sobre ella que casi la habían convertido en pedazos, de los cuales los más pequeños no cabía la menor duda de que estaban muertos. Pero la parte central, el centro vital de aquel ser, aún se retorcía. Horn casi sintió arcadas al ver aquel espectáculo y dejó caer algo de dinero al lado mismo.

Continuó adelante. Se escondió con la mayor precaución para echar un vistazo a la zona de la baliza y ver lo que sucedía en ella. Estaban trasladando los cuerpos de los animales que se habían quedado paralizados ante la luz, internándolos en la jungla. Ahora serían pasto de aquellas horrorosas bestias grisáceas. Los hombres del *Theban* habían disparado sobre algunas de ellas por puro entretenimiento, volviendo a hacerlo repetidas veces sobre los fragmentos en que se disgregaban. Pero eran seres que no encerraban en sí otra sensación que la de la voracidad. El matarlas tenía que ser revulsivo hasta incluso para hombres de gran estómago como el de Larsen. Arrastraban a los grandes animales muertos, los arrojaban encima de los discos planos y aquellos empezaban a retorcerse, agitarse, estremecerse, hasta que entraban en acción todas las bocas de los

tentáculos y comían, comían, comían.

Horn lo presenció todo. La glotonería de aquellos monstruos era nauseabunda. Pero esperó para vigilar el movimiento de los hombres.

Aún no sería mediodía cuando un segundo grupo de perseguidores salió del *Theban.* Los hombres tomaron uno de los senderos que se internaban en la jungla. Pronto se perdieron de vista. Horn se mantenía a la expectativa desde un lugar bastante escondido. No haría mucho que los hombres del *Theban* habían iniciado la marcha cuando Horn oyó un grito debilitado por la distancia.

Después, silencio. El *Theban* se erguía en una vertical casi perfecta, y el resplandor de los rayos solares de la zona tropical de Carola se reflejaban sobre el casco de la nave. No había otro movimiento que el de los tentáculos de aquellas bestias que aún seguían devorando animales. Aparte de ellos, los suaves murmullos de la jungla, salpicados de lo que parecían trinos de pájaros.

Poco después del mediodía la luz se desvaneció. Horn alzó la mirada hacia el cielo y vio nubes que casi lo cubrían por completo, espesas y de profundo color plúmbeo. Algunos relámpagos iluminaron instantáneamente el espacio.

Los hombres del *Theban* se apresuraron en volver. Tenían las ropas secas. No se habían atrevido a seguir a los náufragos hacia un destino imaginario y atravesando la ciénaga. En lugar de ello encontraron dinero desparramado por el sendero que lo habían ido recogiendo. Se hicieron con todos y cada uno de los cebos que Horn les había tendido y dedicaron el resto del día a tratar de encontrar más. Se mostraban exuberantes. Estaban nerviosos. ¡Habían encontrado dinero!

Volvieron gozosos a la nave. Antes incluso de que hubieran traspuesto la cámara de aire ya estaban gritando la buena noticia a aquellos que se habían quedado en la nave. ¡Habían encontrado dinero! ¡Mucho dinero!

Y era verdad. Aquello de los cuarenta millones era una quimera mientras no se demostrara lo contrario. No existían en realidad. Pero aquellos cien billetes de los grandes sí que existían. Y quinientos también. Y había pruebas visibles de que se podían contar hasta mil. Esto no eran quimeras. Eran cosas que uno podía ver y palpar con su propia mano. ¡Se sentían ricos!

Horn regresó sin abandonar sus zancos de corteza, que parecían huellas de animal y dejó caer más dinero por otra senda. Y lo mismo hizo en otra. Cebó dos pequeños, a una distancia de unas cien yardas solamente el uno del otro. Regó algunos tramos de la jungla de hermosos papelitos rectangulares, preciosos certificados impresos, que decían que había que pagar tal cantidad al portador en cualquier banco de la galaxia. Después volvió al campamento de las gentes del *Danae.* Quería ver a Ginny. De haber sucedido las cosas de otra forma, él y Ginny estarían ya casados y viviendo felizmente. Pero así se hallaban en una situación muy comprometida, con dos oficiales, cuatro tripulantes y otros seis pasajeros del *Danae.* No era el momento más adecuado para un romance amoroso, pero Horn trabajaba y lo planeaba todo exclusivamente por Ginny. Pensaba sólo en aquello que sería lo mejor para Ginny. Ni se daba cuenta de la angustia del pequeño ingeniero del *Theban,* que llevaba ya dos días sin acceso a una botella. El ingeniero sufría lo indecible. El capitán del *Danae* había decidido después de pensarlo mucho, y dando muestras de gran gravedad, que había que construir un

refugio contra la lluvia. Y así lo hicieron, construyendo una especie de mediagua, que cubrieron lo mejor posible. Horn estaba convencido de que allí habría muchas goteras, pero no hizo objeción alguna.

Mostró a los náufragos una pequeña mancha sobre el suelo que más bien parecía moho o fango. Cuando estaban todos alrededor mirando, la tocó en el centro con un palo. Apenas tenía seis pulgadas de diámetro, pero instantáneamente pareció convulsionarse, y horribles tentáculos se apoderaron del palo, apretándolo ferozmente. Era indescriptible la repugnancia que provocaba. Horn le arrebató el palo, y la pequeña bestia sacudió los brazos al aire. De aquello la jungla estaba plagada, y Horn consideró que los componentes de su grupo estaban con aquella prueba convenientemente advertidos del peligro que entrañaban tales bichos y otros mayores que podían encontrar.

Estuvo cambiando impresiones con el capitán del *Danae,* y tras algunas disquisiciones acordaron las medidas que había que tomar en el caso de que alguna bestia de Carola intentara internarse en su campamento después de la caída de la noche. La primera defensa deberían ser las luces. Los seres de aquel planeta, al menos hasta ahora, se quedaban fascinados cuando la luz les daba de lleno en los ojos. Con las luces se las podía alejar del campamento o incluso matarlas en caso de necesidad... pero con el mayor silencio posible. Podrían utilizar pértigas bien afiladas por uno de los extremos, a modo de lanza, mientras el animal estaba hipnotizado por la luz.

Así, pues, Horn y Ginny no tuvieron mucha oportunidad de estar juntos aquella noche. El capitán del *Danae* hizo una protesta formal, incluso amarga, contra el uso del dinero por parte de Horn, como un arma en una guerra sicológica, pero la verdad es que no podía protestar demasiado. Necesitaba a Horn para pensar en aquellas cosas que él no había aprendido en su carrera, y que desde luego no se le hubieran ocurrido nunca.

Después, Horn abandonó el campamento otra vez en medio de las horas más oscuras del planeta. Se encaminó hacia la misma ruta del agua que había utilizado antes.

Allí no había bestias tentaculares, pero en cuanto salió del agua y tuvo que avanzar por la oscuridad era incapaz de evitar ciertos estremecimientos que le recorrían la columna vertebral. Llevaba el revólver de aturdimiento a punto para entrar en acción en una mano. Haría uso de él si uno de aquellos monstruos se interponía en su camino.

Por fin llegó al límite de la jungla. La luna apareció en el cielo, y durante el medio minuto que duraba su paso el claro del bosque donde estaba el *Theban* y la baliza se vio inundado de un brillo sorprendente. El *Theban* no tenía las luces encendidas. No se apercibían otros movimientos que los de los animales que buscaban comida. Pero ningún otro ruido.

La atmósfera en el interior del *Theban* debía haber cambiado mucho. La tripulación del *Theban* tenía dinero y nada que hacer con él. Probablemente pronto se pondrían a jugar a los dados. La alegría sería inmensa para los que ganaran, y la tristeza infinita para los que perdieran. Algunos de ellos tratarían de hacer trampas y engañar a los otros. Y empezarían a querer alejarse de Carola. Como es lógico, no de inmediato. Ahora que tenían tanto, ya se imaginaban que podrían tener mucho más. Pero en cuanto tuvieran ese más, todos querrían empezar a gastarlo. Forma parte de la naturaleza humana que la mayoría de los hombres no quieren acumular dinero; quieren gastarlo. A una gran parte de los hombres les entra el nerviosismo en cuanto

tienen más dinero del que están acostumbrados, y entonces desprecian cualquier plan que les asegure una riqueza y bienestar futuros, en favor de la extravagancia y el dilipendio presentes.

Horn estimó hasta qué punto aquel trazo del carácter humano se reflejaría a bordo del *Theban.* Normalmente, ningún hombre del espacio trabaja en cuanto tiene dos mil notas de crédito. Si tiene diez, ya no quiere más. El dinero era el salvoconducto para algo extraordinario. No había nada más seguro para socavar la autoridad de Larsen que el dinero quemando en los bolsillos de sus tripulantes.

De momento, los dados ya habían hecho su aparición en los camarotes de los tripulantes de la nave. El dinero que habían encontrado en el sendero cambiaba de manos frecuentemente y con rapidez. Los que tenían el dinero apostaban, y los que no lo tenían observaban el juego. De forma que no había nadie vigilando el claro de la baliza desde el interior de la nave.

Horn se fue abriendo camino desde donde estaba hasta la misma baliza. Fue sorteando los animales muertos y evitando en lo posible la peste que despedían. La luna, parcialmente coloreada, hacía rato que había desaparecido. Una oscuridad impenetrable lo cubría todo. Guiándose por la escasa luz de las estrellas llegó hasta la entrada del cono de la baliza.

Pasó al interior y encontró lo que Larsen había descubierto antes que él. Había una unidad transmisora, separadamente cubierta, y encerrada en el interior de una caja de plástico. Un ruido casi imperceptible salía de donde una grabación ininterrumpida daba vueltas y vueltas bajo un pick-up magnético.

«Baliza Carola. Baliza Carola», decía la voz infinitesimal. Daba las coordenadas galácticas por las que una nave podía verificar su propia situación. «*Refugio sin tripulación solamente. Refugio sin tripulación solamente. Baliza Carola. Baliza Carola».* Había transmitido aquel mensaje millones de veces en el pasado y proseguía monótonamente: *«Baliza Carola. Baliza Carola...»*

Horn interrumpió la retransmisión. Había un aparato especialmente concebido a tal fin en el pick-up. Por medio de él una patrulla de control que tomara tierra en aquella baliza podía cambiar en casos extremos el mensaje y advertir a posibles navegantes de la presencia de un meteorito recientemente descubierto, de la futura aproximación de un sistema solar de gran intensidad calorífica o de la presencia en tal o cual zona de polvo cósmico. El polvo cósmico eran partículas mucho más pequeñas que los granos de arena, en las que si una nave venía a chocar contra ellas a gran velocidad llegaban incluso a evaporar el metal a causa de la frotación.

Horn hizo uso del equipo designado para advertir la presencia de nuevos peligros. Registró una noticia, en la que daba a conocer que había náufragos en Carola. Que eran los refugiados del crucero *Danae.* Que eran perseguidos por la tripulación de una nave espacial llamada *Theban,* que a su vez había sido la causante del accidente ocurrido al *Danae.*

En cuanto terminó de registrar la llamada de auxilio, Horn rompió el aparato que servía para hacer nuevas rectificaciones en los partes transmitidos. Ninguna otra emisión podría sustituir a aquella. Puso en marcha el transmisor y se alejó rápidamente. Si por cualquier circunstancia Larsen llegaba a darse cuenta de la señal que transmitía la baliza, averiguando el cambio, lo único que podía hacer era interrumpir la emisión de un modo permanente como Horn había hecho durante unos minutos. Y

Librodot

tal circunstancia también llamaría la atención de cualquier nave que pasara por allí.

Una nave patrulla se acercaría para hacer las consiguientes reparaciones y averiguaría la verdad de lo ocurrido.

Como resultado de la reciente visita de Horn a la baliza era necesario, absolutamente necesario, que el *Theban* despegara de Carola cuanto antes. Tanto si sus tripulantes encontraban a los náufragos como si no, tanto si lograban hacerse con el dinero como si no, y para lo cual ya habían cometido varios delitos capitales, ¡aquellos hombres tenían que marchar de allí cuanto antes! Con la particularidad de que no podían hacerlo sin que Horn pusiera en marcha los motores.

No cundió la alarma. Horn se volvió a internar en la jungla al cabo de pocos minutos. Se subió a un árbol y trató de dormir hasta que llegara el día.

La reacción primera a lo que había hecho la tarde anterior llegó a las primeras horas de la mañana. Los hombres de la tripulación del *Theban* salieron corriendo de la nave y avanzaron con gran premura hacia el oeste. Los hombres que en las incursiones anteriores se habían quedado guardando la nave formaban ahora en el grupo. Iban de un lado para otro buscando dinero que hallaban fácilmente aquí y allá sobre los senderos de la jungla.

Y se hicieron con él, naturalmente. Algunos billetes habían sido pisoteados por los animales, pero había un recorrido de una milla donde el dinero aparecía extendido por todas partes. Y por otro lado hallaron más. Y no hacían más que correr de un lado a otro para recoger su nueva fortuna.

Horn oía cómo lanzaban incontenibles gritos de alegría. Pero llegó un momento en que los hombres dejaron de gritar y hacer ostentación de lo que habían encontrado. Hay una cantidad de dinero sobre la cual la ostentación es una invitación al robo. Y hay otra cantidad, cuya manifestación y el solo hecho de tenerla invita al asesinato.

Horn se alejó del límite de la jungla en que se hallaba. El lugar en donde había sido más pródigo en dejar billetes fue el primero que encontraron. Y lo habían dejado completamente limpio. Se acercó cautelosamente hacia el lugar donde los hombres se afanaban en la recolección del dinero. Éste en sí constituía un cebo y una trampa. Por su parte, tenía una ventaja, y era que los hombres del *Theban* sospecharían desesperadamente unos de los otros, pero ninguno de ellos tendría la menor intención de matar a Horn. Él era su única esperanza, y si él había encontrado el tesoro, aún podría darles más.

Casi se dejó descubrir por dos hombres que pasaron cerca de él, pero iban tan ensimismados en su ambición de dinero que pasaron de largo. Apareció otro hombre... Era el cocinero. Horn oyó cómo buscaba febrilmente. Avanzó unos pasos y esperó.

Llegó el cocinero, medio loco por su buena fortuna. Había encontrado más dinero del que había tenido en toda su vida.

Horn, fríamente, disparó sobre él el revólver de aturdimiento. Salió del escondite, recogió al cocinero, que había caído sin sentido, tal como había hecho Horn en la entrada del aeropuerto de Fomalhaut. Se cargó el cuerpo inerte del cocinero sobre los hombros, descendiendo la ladera en que se hallaba y hacia el agua, que había aumentado de nivel. Había subido otro pie durante la noche.

Librodot

Horn ató al cocinero inconsciente a un árbol. Después regresó al campamento. Ginny parecía a punto de desfallecer a causa de la alegría y el alivio que le había producido el verle sano y salvo. Hizo un aparte con el capitán del *Danae y* le dio cuenta de los últimos acontecimientos. El capitán estaba terriblemente sorprendido y le costaba trabajo creer lo que oía. Horn se ofreció para firmar una declaración en la que se hacía total y absoluto responsable de cuanto sucediera.

El capitán del *Danae* siguió de no muy buen grado tras Horn cuando éste se volvió a alejar del campamento. Los dos juntos caminaron hacia donde Horn había dejado al cocinero atado.

Le oyeron chillar desde un cuarto de milla de distancia. Sus gritos le recordaron a los del ingeniero del *Theban* cuando fue arrojado al espacio para que subiera a bordo del *Danae.* Y tenía sus buenas razones para gritar de aquel modo. Una bestia tentacular de unos cinco pies se agitaba sobre él. Parecía tenerle sometido a un abrazo horrible. Sus tentáculos se mostraban hambrientos, y sus bocas sin labios atenazaban la carne de tal forma que más bien parecía que le acariciara. Daba la sensación de que los ojos iban a saltarle de las órbitas a causa del miedo y de la fuerza que ponía en sus gritos.

Era imprescindible acercarse más, y Horn estaba casi arrepentido de haber atado al cocinero para que fuera pasto de aquel monstruo. Pero, de repente, descubrió algo nuevo; una nueva faceta de la historia natural de aquel ser.

De una hendidura de la parte más delgada del tronco central del monstruo diminutos monstruos de unas tres pulgadas saltaban y se revolvían formando un hervidero febril. Eran miniaturas de aquel bicho que había alcanzado una talla normal. Eran transportados en un saco o bolsa, como una zarigüeya o como un caballito de mar, como todos los monotremas y canguros, y como muchos insectos y unos cuantos peces. Estas horrorosas larvas se agitaban incansablemente para liberarse, buscando su propia libertad, y se aprovechaban entretanto de la fuerza de los brazos de sus padres para alimentarse de lo que aquellos habían capturado.

Horn hizo uso del revólver de aturdimiento con gran precaución.

Un minuto más y no hubiera llegado a tiempo.

Capítulo VIII

Una hora después empezó a llover. Mientras, el cocinero del *Theban* regresaba a la nave con las ropas casi totalmente destrozadas por su reciente accidente con aquel animal feroz.

Tenía el cuerpo marcado por todas partes y no podía borrar de su mente las monstruosidades de aquellos seres diminutos que empezaban a querer desprenderse de la bolsa de sus padres. Pero no había sufrido daño de importancia alguno, que era lo esencial.

Y lo que era igualmente importante es que era rico. Horn le había dado tanto dinero que los billetes casi no le cabían en los bolsillos. Si no llevaba el dinero a bordo del *Theban* en distintos viajes le podría acarrear serios disgustos. El cocinero tenía también instrucciones perfectamente delimitadas para lanzarse al espacio con una de las naves salvavidas y hacia el planeta Wolkim. El *Theban* tenía naves salvavidas. Con instrucciones

escritas, el cocinero podía hacerse con una de las naves y siguiendo aquéllas al pie de la letra poder aterrizar en otro puerto. Tenía tantas probabilidades de salir con bien de su cometido como cualquier otra persona a bordo de una nave salvavidas. Si lo hacía, sería un hombre libre con los bolsillos llenos de dinero. Daba la sensación de que Horn le estuviera insensatamente ofreciendo inmunidad y riquezas a un hombre que al menos formaba parte de un acto de piratería y a quien se podían pedir responsabilidades del fallido intento de asesinato de las gentes del *Danae.* Pero Horn se había quedado con el rifle del cocinero. Esto doblaba el armamento de los de su grupo.

—Usted —dijo pausadamente el capitán del *Danae* mientras caminaban después a lo largo de un sendero inundado— asumirá todas las responsabilidades de este asunto, mister Horn.

Caminaban con el agua hasta la cintura, rodeados de árboles de la jungla convertidos en terreno cenagoso. Derivaron hacia el oeste.

—Sí, sí, naturalmente —repuso Horn—. No hay otra solución.

—He cooperado en contra de mis propios principios, mister Horn —continuó el capitán—. Me temo que será muy difícil de explicar.

—Pues es muy sencillo —dijo Horn empezando a mostrarse impaciente—. El cocinero ha vuelto al *Theban* con billetes por valor de cincuenta mil créditos en su bolsillo. Si alguien lo averigua lo matarán. Cualquiera de ellos.

Proseguían su marcha hacia el oeste. Horn agudizó el oído, pero no hizo ningún comentario. Seguían vadeando la charca. El capitán del *Danae* reflexionaba con solemnidad. Por más que se empeñara su dignificación no podía pasar de la de un hombre metido en el agua hasta la cintura y rodeado de la excéntrica vegetación del planeta Carola.

—En ese caso —se pronunció el capitán— mantendrá el secreto. Y entonces no habremos ganado nada. Me temo que he cometido un error al consentirle hacer todo esto, mister Horn.

—No digo que no trate de guardar el secreto —accedió Horn con tanta impaciencia como antes—, pero los otros hombres de la tripulación ya han hallado diferentes sumas de dinero y a aquellos que sospechen que tienen menos no les va a gustar. Y aun aquellos que tienen más que nadie se imaginarán que algún otro tiene más que ellos mismos. Todos se vigilan mutuamente. El cocinero lo sabe. No podrá actuar con naturalidad. ¡No hay forma de actuar con naturalidad! Sabe que sospechan de él. Tratará de alejar sus sospechas, con lo que no hará más que redoblar las mismas. Entonces no se atreverá ni a dormir. Sicológicamente, se verá invadido por el miedo. Y entonces, sin poderse contener por más tiempo, lo dirá todo, o se delatará sin querer. A partir de ese momento todos intensificarán las sospechas respecto a los demás. Y además aún tiene la solución de la nave salvavidas.

El capitán negó con la cabeza lastimosamente.

—Dudo mucho que se atreva a correr el riesgo de querer llegar hasta Wolkim, mister Horn. Un viaje en ese tipo de naves es un riesgo. Nosotros no teníamos otra elección. Teníamos que intentarlo. Pero no creo que un simple hombre del espacio se arriesgue a hacerlo por dinero. No, no creo que lo haga.

Se oyó un ruido estremecedor hacia el oeste. Era un trueno. Horn alzó la vista para mirar tras de sí. Las nubes formaban un techo impenetrable

Librodot

sobre la jungla. Un relámpago rivalizó con la luz del día. Horn movió la cabeza contrariado.

—Nunca pensará en hacerlo por dinero —observó—. Si lo hace será porque cree que es su única esperanza de continuar con vida. ¡Lo cual podría ocurrir! Pero al igual que usted, yo tampoco creo que lo haga.

Se internó por otro de los senderos de la jungla, hacia donde el agua era menos profunda. El capitán del *Danae* iba tras sus pasos.

—Entonces, no veo que...

—El *Theban* no puede despegar sin mí —le interrumpió Horn—, y dentro de poco, si no lo han hecho ya, averiguarán que el transmisor de la baliza ha estado comunicando a todas las naves que pudieran pasar por estos alrededores lo que está ocurriendo aquí con toda exactitud. De manera que si se quedan aquí, con dinero o sin él, serán atrapados y ejecutados por varios delitos. De forma que no pueden quedarse aquí. Pero tampoco pueden marcharse con la nave sin mí, y yo no estoy con ellos. Pero las naves sí que pueden despegar. No hemos hecho más que recordarle al cocinero que había naves, dándole explicaciones de cómo utilizarlas. En el momento en que esto ocurra, todos los hombres de la tripulación estarán terriblemente preocupados, porque algunos de ellos puedan huir en los botes y dejarlos a ellos allí. Todos se darán perfecta cuenta de que si Larsen tiene que escoger entre abandonarlos y huir, la tripulación no quedará en una situación muy envidiable.

Se oyó un ruido ensordecedor por encima de ellos. Era como si las cúpulas de todos los árboles se hubieran resquebrajado al mismo tiempo. Horn alzó una vez más la mirada hacia el cielo y dijo:

—Me temo que esta vez sí que va a llover torrencialmente. Hubiera preferido que la lluvia hubiera tardado un día o dos más en llegar. Bueno, al menos ya no estamos lejos del campamento.

Lejos, muy lejos, se oía un murmullo casi constante, que llegaba hasta ellos en un tono profundo. Por enésima vez alzó la mirada para mirar al cielo. Todo era oscuridad, a excepción de unas cuantas rendijas por donde se filtraba la luz azul, como en todos los planetas que tienen una atmósfera oxigenada. A medida que avanzaban las nubes iban oscureciéndose, y a mitad de camino, hacia el horizonte, eran casi completamente negras.

El lejano murmullo que antes oyeran iba ahora creciendo en intensidad. Era la lluvia que en algunos sectores tamborileaba sobre el techo de la jungla. Horn hizo un gesto de preocupación con la cabeza. El frágil refugio que habían levantado en el campamento no serviría de nada contra un aguacero de la intensidad del que se avecinaba. Aceleraron el paso. El capitán del *Danae* iba concentrado en sus pensamientos.

Los ruidos de la jungla parecían redoblarse cuando llegaron a la orilla del agua. Siguieron la misma senda que anteriormente habían seguido por dentro del agua. Los ruidos se intensificaban. Horn vio algo pequeño que se subía a un árbol. Hasta los animales se percataban de la proximidad de la lluvia. Salían de sus madrigueras para esconderse entre las ramas. Daba la impresión de que todas las criaturas terrestres estuvieran trepando en aquellos momentos.

Los dos hombres llegaron al claro del bosque que ellos y los otros náufragos habían hecho dos días antes. Ginny sonrió a Horn. Las mujeres, Ginny incluida, trabajaban febrilmente por engrandecer el refugio y mejorar sus condiciones.

Librodot

Fue ella misma quien dijo con convencimiento:

—¡Parece que ya llueve!

El fornido hombre de negocios trajo más ramas secas para añadirlas al refugio. El más joven de los oficiales le ayudaba. El pasajero hipocondríaco, descansaba en el rincón aparentemente más seguro de la recién reforzada choza. Los cuatro tripulantes del *Danae* permanecían sentados estoicamente. De habérselo ordenado a alguien, probablemente hubieran cooperado en el trabajo, pero sin órdenes de por medio, se limitaban a descansar. Los dos niños eran más activos.

Horn paseó la mirada por el grupo:

—¿Dónde está el hombre pequeño? —preguntó—. ¿El ingeniero del *Theban?*

Un trueno siguió a sus palabras. Fue literalmente ensordecedor. Cuando terminó, uno de los cuatro tripulantes se limitó a responder con toda tranquilidad que el ingeniero se había ido por uno de los senderos, una hora antes, y que se había llevado algo con él.

Horn preguntó inmediatamente:

—¿Uno de estos?

Señaló los bultos, que bien a las claras denotaban que no se trataba de los de la comida, sino por lo contrario los que contenían el dinero. El hombre asintió. El ingeniero había sucumbido a la tentación de sus botellas. Entre los náufragos no había nadie que tuviera con qué remediar su sed mal contenida. Y entonces, buscando un alivio para su angustia, se había apropiado de una parte del dinero, que le permitiría ser bien recibido en la nave, obteniendo además la compensación de una botella. Y siendo lo que él era, y aún en contra de sus propios deseos, no podría negarse a conducir a los hombres de Larsen hasta el refugio de los náufragos y el dinero.

El ruido de la tormenta iba en aumento. Ahogaba el sonido de la voz de Horn que se puso a gritar apremiante:

—¡Todo el mundo arriba! ¡Todo el mundo arriba! ¡Tenemos que ponernos en marcha! Ha regresado al *Theban* para hacer un trato y vendernos a cambio de bebida. ¡Todo el mundo arriba!

El murmullo de la lluvia que aumentaba en intensidad, se acrecentó. Horn embargado por la furia y la ira, se dirigió hacia los tripulantes del *Danae* y les instó a que cargaran con los bultos. Miraron inquisitivamente al capitán, y al fin se sometieron a que les cargaran. El oficial más joven del *Danae,* cargó también con fardos de comida y dinero. Ginny fue junto a las mujeres. Entre todas se encargaron de proteger con ramas y hojas a los niños. Eso al menos les procuraría algo de cobijo. El negociante cargó con su parte. Se pusieron en marcha. El hipocondríaco, alzaba las manos en señal de protesta. Ponerse en marcha con la tormenta que se avecinaba...

Las gotas se fueron haciendo más gruesas. Y entonces, como un vendaval la lluvia desencadenó su verdadera furia. Horn terminó de envolver los rifles con trapos para preservarlos de la humedad. Se quedó él con uno para transportarlo. El otro se lo dio a Ginny. Tenía plena confianza en que Ginny sabría usar el cerebro, lo cual no podía decir de todos los demás, pues al menos hasta el momento no le habían dado prueba alguna de lo contrario.

La lluvia caía incontenible. El aire estaba lleno de finas partículas de lluvia que flotaban en él. Los náufragos tenían que abandonar su campamento. Primeramente habían ido de un sitio a otro, a lo largo de senderos que estaban inundados, sumergidos bajo el agua; ahora Horn les

estaba alejando de la ciénaga. Les llevaba tierra adentro, hacia las colinas.

La lluvia había conseguido romper el techo de la jungla, y bajaba resbalando por los troncos de los árboles. El agua fue inundando el sendero que seguían, y al cabo de unos minutos se había convertido en un riachuelo de media pulgada de profundidad.

Una marcha en tales circunstancias era como caminar bajo una cascada. Las ropas se empapaban de agua hasta el limite de su capacidad de absorción. Los bultos que llevaban los fugitivos se hacían cada vez más pesados a causa del agua. El suelo de la senda se hacía resbaladizo, y era difícil mantener el equilibrio.

Una mujer resbaló y cayó al suelo, y Horn la ayudó a ponerse en pie. Un niño cayó de bruces, y Ginny lo levantó. El niño no pareció afectarse. El caminar bajo la lluvia es un placer de todos los pequeños, y a quienes pocos padres se lo permiten. Los dos niños disfrutaban del hecho de ser náufragos. Eran los únicos.

El viaje bajo aquel aguacero era exhaustivo. El agua caía a casi diez pulgadas por hora. Cualquier movimiento, cualquier posición eran desagradables. Caían torrentes de agua, como si miles de espitas se hubieran abierto sobre las cabezas de aquellos náufragos, y no quedaba más remedio que continuar errando bajo ella. Algunas hojas, al desprenderse de sus ramas, caían verticalmente. Y la corriente de agua que discurría por el sendero fue alcanzando una pulgada, dos, y hasta tres de profundidad.

Sus siluetas quedaban oscurecidas por la lluvia, y hubiera sido imposible verlos a cien pies de distancia. De haber habido alguien vigilando su marcha, Horn hubiera sido el primero en distinguirse, con una montaña de bultos sobre él, y el agua chorreando incesante por los codos, el mentón y las esquinas de los bultos que transportaba. Ginny iba muy cerca detrás de él; después, el fornido hombre de negocios, caminando con bastante agilidad a pesar de su recia contextura. Tras él, las dos mujeres y sus niños, y luego los cuatro tripulantes del *Danae,* cargados, y un tanto curvados por el peso, y caminando deliberadamente bajo los chorros de agua, cuando en ocasiones podían evitarlos, y por los lugares más profundos de la corriente. Tras ellos, el capitán del *Danae.* A continuación el hipocondríaco y el oficial del *Danae.* El pasajero, trataba por todos los medios de hurtarse a los chorros de agua. Estaba convencido de que iba a morirse de frío.

El aire estaba lleno de ruidos. Se oían chasquidos de agua, pero sólo en los alrededores. El tamborileo del agua sobre las hojas, hacía un murmullo monótono que difuminaba a todos los demás. La jungla estaba sumida en las sombras, como si estuviera a punto de anochecer. Pero de tanto en cuanto, monstruosos y malevolentes rayos lo inundaban todo de luz. En ocasiones, el resplandor de los rayos se sucedía con tal rapidez, que la marcha de la gente bajo aquel aguacero, parecía que se hiciera con movimientos espasmódicos, mecánicamente, como si fueran robots. Los truenos se sucedían constantemente. De nada servía el intentar hablar. Lo único que se podía hacer era inclinar la cabeza sobre el pecho, protegiéndola de la lluvia, y caminar, y resbalarse, y caminar y resbalar otra vez.

Y así durante varias horas. Después Horn vio el lugar donde un árbol enormemente grande había caído. Estaba vacío por su base, y con una entrada hasta su corazón podrido, como la puerta de una catedral. Formaba una especie de techo con muros laterales y un suelo. Era un refugio. Horn ordenó que todo el mundo se detuviera y fue a examinarlo. Los otros

Librodot

esperaron, aguantando el aguacero del cielo, hasta que Horn volvió y les hizo señas para que se acercaran. El árbol debería tener unos veinte pies de diámetro, y era mucho más grande que la mayoría de los que habían visto por aquella jungla.

Se les hacía extraño estar en un refugio. La entrada estaba cubierta por una cortina de agua, y dentro reinaba la oscuridad, pero una vez dentro, olieron a vetusto y podredumbre, y naturalmente a humedad. Pero en el interior del árbol había trozos de madera seca. E incluso halló algo de yesca podrida, que ardiendo sin levantar llamas no invitaría a las bestias nocturnas a acercarse por la noche atraídas por la luz.

Horn encendió fuego, y todo el grupo se puso alrededor. Era evidente que no habían dejado huellas detrás de ellos en el sendero. Horn no sabía dónde estaba. Lo único que sabía era que se hallaba en un lugar más elevado que el de la baliza. Probablemente estarían a media docena de millas de la baliza y del *Theban.* O quizá, por el contrario, estaban muy cerca.

Al pensar en esto, lo primero que se le ocurrió a Horn, fue prepararse él mismo para hacer la guardia. Dispuso uno de los rifles. A pesar de todos los envoltorios de trapos que les había puesto a su salida del campamento, el rifle estaba húmedo, y teniendo sus dudas sobre los efectos que aquella agua podía ejercer sobre los metales, pensó que lo mejor era secarlo y cuanto antes. Pero necesitaba algo seco.

Cogió billetes de uno de los paquetes, y los utilizó a modo de trapos. Secó su rifle y el otro, y después, devolvió el dinero al capitán del *Danae,* que le había estado observando con expresión extremadamente alarmada y sorprendida.

—Hasta en ocasiones como ésta —dijo Horn— sirve para algo el dinero.

El capitán dijo con dignidad y un tanto de reproche:

—No estoy seguro, Mr. Horn, de haber obrado bien al mostrarme siempre de acuerdo con sus decisiones y su forma de hacer las cosas. Ya no me gustó mucho la idea de provocar distensiones entre los del *Theban,* utilizando a tal fin el dinero que usted iba sembrando por los senderos para que lo encontraran aquellos piratas; pero eso aún tenía alguna razón de ser. Ahora bien, lo que acababa de hacer, no, no la tiene.

—Pues claro que la tiene —respondió Horn—. Esto nos mantiene armados unos cuantos días más. Ahora que han llegado las lluvias, no puedo seguir sembrando dinero o maná, para sus asesinos fallidos. Dentro de dos o tres días les hubiéramos ganado la partida. Hubieran empezado a desertar para venir junto a nosotros, porque hubiera sido muy peligroso quedarse en el *Theban, y* se hubieran sentido muy tranquilos y felices con nosotros. Eso era lo que yo estaba esperando. Pero han llegado las lluvias. Tenemos que volver a empezar.

Se puso en guardia, contemplando la grisácea semioscuridad que se veía aumentada por las cortinas de agua. Veía con claridad los árboles que estaban junto a ellos, pero a veinte yardas ya no veía más que siluetas distorsionadas. Y a más de cien pies, ya no veía nada en absoluto.

Ginny vino a sentarse junto a él. Contempló la expresión de Horn.

—¿Va mal?

—Muy mal —repuso Horn—. Tengo que pensar en hacer alguna otra cosa. Si la lluvia se hubiera aguantado un par de días más, o si ese maldito ingeniero hubiera podido aguantar un poco más sin beber... Pero a estas horas ya le habrá explicado a Larsen todo cuanto sabe de nosotros. Todo.

Librodot

¡Mal asunto!

Ginny le miraba el rostro como si quisiera averiguar en sus rasgos todas las preocupaciones que acechaban a Horn.

—¿Crees... verdaderamente que podremos salir de ésta?

—¡Pues claro que sí! —interjectó rápidamente Horn—. Lo que ocurre es que nos va a costar más de lo que pensaba en un principio. Si ninguno de nosotros se pone enfermo, lo lograremos. Larsen no soporta la frustración, no tolera que las cosas le salgan mal. Y hasta ahora le hemos mantenido en jaque, y no nos hemos doblegado a sus intenciones. Si la lluvia persiste, no nos podrá atrapar. Y si no nos puede atrapar, sus hombres se darán cuenta de que no pueden despegar en la nave. Su único recurso serán los botes salvavidas; y se darán cuenta también de que cuando el *Danae* lleve unos cuantos días más a la deriva, pronto se empezarán a hacer las llamadas de rigor a todas las balizas.

—Si se detienen en Hermas —prosiguió— muy probablemente no encontrarán el *Danae* pero las reservas de alimentos destruidas y los depósitos de combustible reventados, les pondrán en antecedentes de que algo va mal. Cuando vengan a Carola encontrarán el *Theban* y los restos de las naves salvavidas del *Danae.* Pero antes que nada, habrán captado las señales de la baliza, que les pondrá al corriente de todo cuanto está ocurriendo. Y todo eso, en el caso de que antes no pase alguna nave en vuelo normal hacia algún planeta, y capte la llamada de auxilio que el transmisor no cesa de repetir.

Sus razonamientos eran verdaderamente esperanzadores. Eran muy prometedores. Ginny dijo:

—Realmente parece...

—Si yo quisiera podría acabar con todos estos problemas mañana mismo —le interrumpió Horn en tono sombrío— si estuviera dispuesto a dejar escapar a Larsen. Pero trató de asesinarte, Ginny. Él no quería otra cosa más que que murieras junto con los demás, y así poder robar el cochino dinero que luego se gastaría en bestialidades.

Ginny respondió:

—¿Pero, cómo...?

—Podría darle el dinero que anda buscando —medió Horn tranquilamente—. Podría dejarle el dinero en el claro de la baliza para que lo encontrara. Y si no lo hallaba él mismo, se enteraría inmediatamente de si algún otro había dado con él. Y entonces planearía las cosas de tal manera, que haría que sus hombres se mataran los unos a los otros, y hasta estoy seguro de que él no se echaría atrás para ayudarles un poco. Después, huiría con el dinero en una de las naves salvavidas del *Theban,* y nosotros habríamos salvado la vida.

—Vamos a ver si secamos a los niños —dijo Ginny—. Esa leña podrida que encontraste arde como el carbón vegetal.

Horn accedió. Continuó escrutando los alrededores.

La lluvia cesó con más rapidez de la que había empezado. Tan pronto parecía que en todo aquel mundo no podía haber otra cosa que el agua y su ruido característico, como un instante después el ruido desapareció. No quedó después más que los murmullos del agua al deslizarse por las pendientes.

Al cabo de unos minutos se llegaba a ver el cielo, y las nubes eran mucho menos oscuras que antes, y menos amenazadoras. El árbol gigante

Librodot

en cuyo tronco se habían refugiado, había arrastrado al caer muchas ramas y maleza de la jungla, que al formar un cuerpo casi compacto, dejaban encerrada a sus pies el agua que sus hojas iban desprendiendo. Los truenos continuaban retumbando sobre la jungla. De vez en cuando, aunque no muy a menudo, los relámpagos lo cubrían todo de luz. La humedad reinaba por todas partes. Las hojas continuaban desprendiéndose de tímidas gotas, y de los troncos de los árboles todavía rezumaba el agua. El sendero por donde había venido seguía haciendo de lecho de rápido riachuelo.

Horn continuaba mirando el mundo que se abría al exterior del refugio, con cierta cautela. Volvió a ver animales. Al principio eran simples sombras en movimiento, demasiado pequeñas y rápidas para poder identificarlas. Algo pareció agitarse en el sendero. Tenía un color verde grisáceo, y parecía ser un disco de moho o fango resbaladizo. Un animal que recordaba un gamo, lo contempló con ojos grandes y temerosos y después se alejó.

Las mujeres se cuidaban de los niños. Algunos de los hombres escurrían sus ropas. El capitán del *Danae* los observaba a todos. Recorría el refugio de un lado a otro, como si supervisara cuanto hicieran los demás. Ginny volvió junto a Horn.

—No me gusta estar cruzado de brazos —dijo Horn—. Creo que no es aconsejable dejar que Larsen haga planes por su cuenta. Le hemos mantenido a raya y bastante atareado con lo que hacíamos hasta ahora, pero con la llegada de las lluvias las cosas han variado un poco. Y ya es hora de que le sobresaltemos un poco. Ya lo hemos hecho varias veces, pero aún no es bastante. Hay que hacer constantemente algo que sean contratiempos para él. No podemos dejarle quieto un segundo.

A Ginny no parecían convencerle mucho aquellos proyectos pero esperó. Al cabo de un momento, Horn dijo frunciendo el ceño:

—Las pistas se habrán difuminado en todos los senderos. A mí juicio Larsen, ordenará que se hagan patrullas de reconocimiento aprovechando los momentos en que no llueva, para tratar de encontrar huellas humanas y localizarnos.

—Pero...

—Hay nuevas huellas —dijo Horn—. He visto a un animal parecido a un gamo después de la lluvia. Habrá otros. Creo que voy a darle a Larsen pruebas de que la trampa que empezó a urdir puede volverse contra él.

—Si lo que pretendes es marchar a algún sitio —repuso Ginny—, la verdad es que preferiría que no lo hicieras. En estos momentos todos dependemos de tus decisiones.

—Y esa es una de ellas —respondió Horn—. No me gusta dejarte, pero no me cabe la menor duda de que aquí estarás más a salvo. Y tampoco es aconsejable dejar a Larsen que planee una nueva campaña. Más bien pretendo obligarle a que planee medios de defensa.

—Si... si pudiera ir contigo —propuso Ginny—. No estoy tranquila cuando tú no estás...

—No te preocupes, lo que haga es por tu bien —le respondió.

Se puso en pie, y entró en el refugio. El capitán del *Danae* mostraba en aquellos instantes un aspecto de infinita calma y confianza, mientras que de su uniforme se desprendían de vez en cuando algunas gotas de agua. No hacía nada en particular, pero daba la sensación de estar supervisándolo todo. El oficial más joven del *Danae* se entretenía en traer más yesca seca, para mantener el fuego avivado. El negociante retorcía una vez más sus

ropas para expulsar el agua. Y los cuatro tripulantes del *Danae* permanecían sentados sin hacer nada.

En el conjunto de las operaciones técnicas de las naves espaciales desde un puerto a otro, todo cuanto hacían los oficiales y los tripulantes era pura rutina. En este momento había que hacer esto, y en este otro tal cosa. Y entretanto no hacían nada. La tripulación del *Danae* no se comportaba en aquellos momentos de un modo rutinario, pero sí manteniéndose firmes en la costumbre de no hacer nada más, que lo que era especialmente ordenado. Las mujeres seguían ocupadas con los niños, junto al fuego que no levantaba nada de humo. El hipocondríaco, estaba visiblemente afectado por el curso que pudiera tomar su salud.

Horn llevó al capitán del *Danae* a un lado apartado de los demás, y le explicó en pocas palabras lo que se proponía hacer. El capitán aceptó la responsabilidad del grupo, durante la ausencia de Horn. Incluso parecía hacerlo de muy buen grado.

—Ahora —dijo con amigable dignidad— tenemos un refugio que no está mal del todo y la esperanza de poder ser rescatados, como consecuencia del cambio de mensaje efectuado sobre el transmisor de la baliza. Mientras usted esté fuera, Mr. Horn, haré que las cosas funcionen lo mejor y más cómodamente posible. Todos nos sentiremos mejor si nos esforzamos en vivir dentro de nuestras posibilidades como gente civilizada mientras nos llega ayuda. La pulcritud y la decencia son principios básicos para la moral.

De todos modos Horn no estaba muy satisfecho. Dijo cortésmente:

—Todo eso me parece muy bien, pero lo más importante es no hacer ruido y vigilar con suma atención. Pero creo que lo que me propongo llevar a cabo, va a hacer bastante mella en Larsen y sus hombres. Deberían darse cuenta de que su mejor solución es embarcar en las naves salvavidas, pero no les gusta mucho tener que tomar esa determinación. Tengo que hacer algo para instarles a ello. Tal vez lo consiga.

—Pues en cuanto a nosotros, el tener algo constructivo que hacer, como es prepararnos para quedarnos aquí hasta que llegue ayuda, nos hará bien a todos —dijo el capitán poniendo mucho calor en sus palabras—. ¡Oh, sí, Mr. Horn! Para cuando usted vuelva, yo lo tendré todo ya, pulcro, pudoroso y respirando ambiente de civilización.

Horn echó una mirada alrededor del refugio. El techo era de madera podrida que todavía no se había derrumbado. Las paredes estaban en condiciones poco más o menos idénticas. El suelo seco. Sus ocupantes estaban todavía empapados y con las ropas tan sucias que en nada daban la sensación de ser los pasajeros de una nave espacial destruida. En nada recordaban a gentes que habían viajado en naves cómodas y limpias, saltando de un puerto y un mundo civilizado a otro. Los hombres, Horn incluido, llevaban unas barbas que pedían a gritos un buen afeitado. Una de las mujeres trataba de hacer algo con su pelo todavía mojado. El capitán del *Danae* tendría mucho trabajo si quería hacer de aquél un lugar como el que había prometido. Pero era cierto, que el intentarlo, le haría bien a aquella gente que durante los días pasados no habían tenido otra sensación que la del temor.

Horn se ató bajo los pies las cortezas que dejaban extrañas huellas y que ya había utilizado antes. Intentó sonreír a Ginny en el instante de abandonar el refugio.

Los ruidos de la jungla se habían acallado. El agua todavía resbalaba

Librodot

de una hoja a otra y de una rama a otra, produciendo ruidos casi imperceptibles. Los gritos de unos cuantos animales llegaron hacia él. Por el sendero todavía discurría una pequeña corriente de agua. Era una ventaja. Cuando llegó a la conjunción con otro sendero, Horn tuvo una idea que decidió poner en práctica porque tal vez le diera buenos resultados. Un hombre camina confiado en línea recta y a un mismo ritmo en un sendero, en una ciudad, en la jungla o en cualquier otro sitio. Sus huellas se mantienen a distancia constante y camina siempre por el centro. Y un animal salvaje no hace eso. A menos que huya despavorido de algún sitio, el animal salvaje serpentea. Se detiene para escuchar. Vigila. Hay un momento en que se detiene dubitativo y otro en el que hace una pausa. El rastro de un ser salvaje, muestra bien a las claras que es aguda y temerosamente consciente de todo lo que le rodea. Un hombre, sin embargo, se pierde frecuentemente en sus propios pensamientos.

Horn escogió el lugar más apropiado para caminar. Para simular el paso de un animal de cuatro patas, daba los suyos a la mitad de su distancia normal. Y tan pronto iba hacia la derecha como hacia la izquierda. Hacía pausas. Cuando hubo recorrido unas cuantas yardas, examinó los resultados. Eran convincentes. Se quedó con la seguridad absoluta de que ninguno de los *Theban,* al ver estas huellas, sospecharía que eran hechas por el hombre.

Prosiguió la marcha, y de pronto, donde otro sendero venía a unirse al suyo, vio múltiples huellas humanas, frescas y recientes. Salían de un sendero que conduciría más o menos hacia la baliza. Derivaban hacia el lugar donde antes habían tenido instalado el campamento, y que era el que Horn les había hecho abandonar, cuando el ingeniero del *Theban* desapareció. Las huellas seguían hacia abajo, y luego volvían. Habían vuelto sus pasos hacia la nave.

Bien a las claras se veía que todo ello había sido obra del ingeniero. La insaciable necesidad que tenía de alcohol, había sido más fuerte que la certeza de saber que tarde o temprano le matarían en la nave. Y por eso se había llevado consigo un paquete de dinero para ofrecer la paz. Les había ofrecido también el mostrarles el lugar donde se escondían los fugitivos, a cambio del brebaje. E hizo cuanto pudo por cumplir con su ofrecimiento.

Horn no pudo reprimir una exclamación de ira. Se detuvo y estudió detenidamente las huellas. Se notaba que las de vuelta estaban superpuestas a las otras. Las había que eran más anchas y más largas que otras, y al menos había una que denotaba que el zapato había sido remendado, lo cual era un distintivo. Daba la impresión de que habían vuelto tantos como habían ido al refugio abandonado. Después de todo, tras la experiencia del cocinero con el monstruo grisáceo, era poco probable que cualquier tripulante del *Theban,* accediera a quedarse solo en la jungla de Carola.

Horn meditó durante bastante tiempo. Después continuó. Siguió las huellas hacia el campamento abandonado. A pesar de que las huellas denotaban las escasas probabilidades que había de que hubiera quedado alguien en el campamento, anduvo con grandes precauciones. Con los cinco sentidos al acecho. Le costó mucho, mucho tiempo regresar al campamento.

Después oyó un ruido casi imperceptible. No cabía confusión alguna, pero era increíble a la vez. Era música Dauda, la locura de los últimos años en orquestación. Había sido necesaria una banda de setenta hombres para

Librodot

lograr interpretar música Dauda aceptablemente. Y ahora la música se extendía sobre la jungla de Carola, donde huellas humanas conducían hacia su lugar de provenencia, para luego regresar. Se detuvo durante unos instantes y luego reanudó la marcha. De pronto lo comprendió todo. Mantuvo el rifle presto para disparar, pero siguió hacia delante.

La música procedía del claro que los náufragos habían abierto en el bosque, y que no habían podido utilizar más que una noche. El refugio que habían construido estaba totalmente destrozado y sus restos desparramados entre los árboles de alrededor. Las huellas se entrecruzaban por todas partes. Los hombres del *Theban* habían registrado minuciosamente todos los rincones, en busca del tesoro que podían haber dejado atrás los fugitivos. Pero no había nada. Probablemente los hombres iban bajo el mando del pelirrojo, y habían recibido órdenes de no dejar ni un solo rincón sin escudriñar. Pero no hallaron nada que poderse llevar con ellos.

Sin embargo, dejaron tras de sí dos cosas. Una era el receptor transmisor que era el que emitía la música que captaba en la sala de control de la nave. Si lo habían llevado hasta allí era para que Larsen pudiera iniciar negociaciones abiertas con los náufragos.

Lo otro que habían abandonado tras ellos era la diminuta figurilla del ingeniero. Larsen se había servido de él para abordar el *Danae* en el espacio vacío. Con anterioridad a eso, estuvo a punto de matarle en Hermas. Y después, el ingeniero había desertado de Larsen, y vuelto a él, sin otro propósito ni esperanza que el poder hacerse con una o dos botellas. Pero con todo ello no había hecho más que meterse en la boca del lobo, para ser asesinado después.

Yacía rígido en el pequeño claro del bosque, horriblemente mutilado por los disparos que habían causado su muerte. Todo estaba perfectamente claro. Había conducido al grupo del *Theban* a donde creía que estarían los fugitivos. El grupo había estado en contacto con la nave por medio de aparato receptor transmisor, y que probablemente era el mismo del que Larsen se había servido cuando envió a sus hombres para que consiguieran un medio de efectuar reparaciones inmediatas en el aeropuerto de Fomalhaut. Sin duda alguna, hoy cuando el ingeniero les condujo a un campamento abandonado en lugar de llevarles al tesoro deseado por Larsen, éste montó en cólera. Sin el menor titubeo ordenó que mataran al ingeniero.

Y después Larsen dio otra orden. Ya no confiaba en absoluto en que los náufragos llegaran a querer hacer negociaciones con él para poder procurarse comida. Y las diversas maniobras y estratagemas de Horn habían llevado a tal estado nervioso a la tripulación del *Theban* que entre ellos no había más que sospechas y el temor a la traición cobarde. Le temían a él, recelaban los unos de los otros, temían encontrar el dinero, y les daba miedo no encontrarlo. Les asustaba el pensar en despegar con el *Theban,* o al menos intentarlo, y les horrorizaba pensar en hacer el viaje en las naves salvavidas. Empezaron a pensar que la desaparición del *Danae,* provocaría un aterrizaje en las balizas de Carola y Hermas de una nave, enviada única y exclusivamente para verificar tales extremos. Y entonces, todos los componentes de la tripulación del *Theban* serían encarcelados.

Por eso Larsen, ordenó que abandonaran allí mismo el aparato receptor transmisor, que estaría lanzando al aire notas alegres y vibrantes que atraerían la atención de los fugitivos, dándoles con ello a entender que estaba dispuesto a hacer un trato con ellos o con Horn.

Librodot

Capítulo IX

Muy a menudo, en la sucesión normal de los acontecimientos, lo que ocurre, es menos importante que el momento en que ocurre. El más esmerado de los planes puede venirse abajo porque una de las partes del mismo no se ciñe a lo previsto. Los designios de Larsen para hacerse con los cuarenta millones debían estar a prueba de imprudencias. Un esquema así, no tenía por qué fallar. El plan era perfecto, y en él estaba prevista cualquier contingencia normal que pudiera surgir, excepto que los anticuados motores del *Theban* se averiaran en el momento en que lo hicieron. Esto ocurrió después de haber destruido las reservas de alimentos para posibles náufragos en Carola, y antes de que el *Theban* aterrizara en Hermas esperando la llegada a la deriva del *Danae.*

De haber podido darse cuenta de la avería en cualquier otro momento, el esquema de las cosas hubiera sido totalmente distinto. Sin la destrucción de los alimentos en Carola, o sea, si el *Theban* hubiera ido tranquilamente a Fomalhaut a efectuar las reparaciones antes de invalidar las reservas de Carola, los náufragos a su llegada allí, no hubieran sospechado nada. A la llegada del *Theban* le hubieran recibido con los brazos abiertos, y llenos de alegría, los hubieran matado a todos, y el *Theban* hubiera podido alejarse con el dinero.

Y además, si el *Theban* hubiera tomado tierra en Hermas para esperar la llegada del crucero a la deriva, no hubieran llevado a Horn a bordo, porque los motores no hubieran dado el menor síntoma de desastre. Hubieran asaltado el *Danae,* se habrían hecho con el dinero, y se hubieran dirigido hacia Carola. Y el *Danae* se habría estropeado por el camino. Se hubiera convertido en una nave a la deriva, en su viaje hacia Carola. De todos modos, los náufragos hubieran muerto en Carola, de no haber sido por el imponderable obligado de los motores del *Theban.* En un caso hubieran sido asesinados. Y en otro hubieran muerto de hambre. Pero en un caso, la tripulación del *Danae* se habría enriquecido, y en el otro hubiera muerto cuando le hubiera faltado el aire a la nave. Pero lo que contaba era cuándo ocurrían las cosas, y no dónde, ni por qué ni cómo. Horn, con bastante desagrado, se entregó a la faena de enterrar al ingeniero del *Theban* lo mejor que supo. De no haber perdido tanto tiempo en aquellos menesteres, hubiera llegado al claro de la baliza media hora antes de lo que lo hizo. Y ello sin duda habría tenido consecuencias. Podrían haber sido fatales o no, pero habrían tenido lugar cosas completamente diferentes.

En cualquier caso, Horn enterró al ingeniero. Después volvió sobre sus pasos, dejando las huellas de un animal salvaje tras de sí. Se encaminó hacia la baliza y el *Theban.* No aceptó la invitación ofrecida por la música de entrar en negociaciones con Larsen. Eso era tanto como delatarle a Larsen el lugar en que se hallaba. Si utilizaba el transmisor, y no dejaba huellas humanas, era tanto como demostrar que las que dejaba tras de sí, eran tan falsas como el rastro que dejaba. De todos modos, Horn no accedió a los deseos de Larsen de utilizar el aparato. Y fue una medida prudente.

Por otra parte, Horn terminó de enterrar al ingeniero en el preciso momento en que el grupo de sus asesinos regresaba a la nave. Después fue entrando el declive de la tarde, y se acercó la hora de la caída del sol.

El capitán del *Danae* fue organizando con gran minuciosidad el refugio bajo el árbol caído. Naturalmente, lo organizó tal como a su entender deberían de ser las cosas. No es que consiguiera mucho, pero tampoco había quedado mal. Pero después de dejar las cosas lo mejor posible, anunció que tanto los hombres de su tripulación como el joven oficial se esmerarían en adecentarse y aparecer lo más presentables posible. No es que pudieran hacer mucho, pero podían afeitarse.

Y fue realmente desastroso.

Se afeitaban uno tras otro, utilizando la máquina de bolsillo que funcionaba con pilas, del capitán del *Danae.* La llevaba en un magnífico estuche de plástico, que cerraba herméticamente para que la humedad o la transpiración no afectaran al motor. La máquina funcionaba admirablemente. Afeitaba con una limpieza y una suavidad extraordinarias, y el motor hacía un ruido intermitente, que podía ser captado perfectamente a una distancia de varias millas, si había un receptor transmisor en funcionamiento.

Y sólo este detalle lo convirtió todo en algo espantoso. En cualquier momento que un aparato receptor no hubiera estado puesto en marcha, la cosa no hubiera tenido importancia. Pero la máquina de afeitar fue utilizada en el preciso instante en que un receptor transmisor emitía música Dauda para atraer a alguien, y otro aparato estaba a la escucha por lo que ese alguien pudiera decir. Horn, que era alguien, no dijo nada. Pero la máquina de afeitar que no era nadie, emitía el ruido chirriante de un pequeño motor eléctrico, y Larsen lo oyó. ¡Claro que lo oyó!

No se tardó más que unos minutos en averiguar que el motor que chirriaba era el de una máquina de afeitar. Y no se tardó mucho más en hacer una segunda averiguación. El árbol gigante caído no estaba a más de dos millas del *Theban.* Durante la lluvia, los fugitivos habían caminado al azar. Horn sabía que estaba dentro de lo posible el que se hubieran acercado a la nave espacial. Y le preocupaba. Pero el árbol gigante, caído y muerto, era milagrosamente lo que necesitaban. Al caminar bajo la lluvia, la solución que el árbol les brindaba, era mucho mejor que cualquier otra que hubieran podido esperar.

Por eso él y el capitán del *Danae,* y todo el mundo, habían hecho las cosas dentro de la mejor intención y de lo que parecía más razonable. Pero lo que ocurrió fue que se hicieron las cosas más razonables, en los momentos más inoportunos. Horn se había entretenido en dar sepultura a un ser humano. El capitán se había entregado a la limpieza y adecentamiento de tronco que les albergaba, y después se afeitó. Toda la tripulación del *Theban* se hallaba en la nave en aquel instante. Y la sucesión de todos estos acontecimientos fue lo que provocó todas las desgracias.

Horn llegó al claro de la baliza, mucho más tarde de lo que había supuesto. Una segunda expedición de perseguidores, había abandonado la nave, mientras él seguía las huellas de una anterior incursión que los hombres del *Theban* habían efectuado. Cuando llegó, las nubes de tormenta se habían retirado bastante hacia el oeste. Eran densas y oscuras y todavía no tenían traza de ir a perderse por el horizonte. El sol se escondía tras de ellas. Contrariamente a lo que había ocurrido durante los demás días, los colores vivos y brillantes no aparecían en la puesta de sol de hoy. La estación de las lluvias le daba a todo un tono opaco. Las nubes cortaban el

Librodot

brillo del sol, antes de que éste alcanzara el ángulo que produce el esplendor de los atardeceres.

La jungla caía en las tinieblas. Horn se fue abriendo camino por el límite del claro de la baliza, de forma que daba la sensación de que se había aproximado hasta allí por el oeste. Su intención había sido de llegar antes. A ningún hombre del espacio le gusta quedarse a bordo mientras su nave está en tierra. Aquí no había ningún sitio a donde ir, y nada que hacer, pero no obstante, de vez en cuando, alguien podría salir de la nave, aunque sólo fuera para tomar un poco de aire fresco. Teniendo en cuenta que todo el mundo había encontrado dinero, bien se podía esperar que de tanto en tanto se hicieran pequeñas incursiones para ver si podían aumentar sus ganancias. Horn había contado con ello. Pero nadie salió de la nave.

No sabía a qué achacar tal proceder, y estaba extrañado. Tenía la intención de disparar contra cualquiera que saliera del *Theban,* para amedrentar a la tripulación. Todavía no habían perdido todas las esperanzas, porque aún confiaban en encontrar a los náufragos, y el dinero... y a él. Pero si había un rifle que abriera fuego contra cualquiera que asomara las narices por la puerta de la cámara de aire de la nave, la situación habría cambiado totalmente otra vez. Y otra vez la iniciativa estaría de parte de Horn, y los problemas del lado de Larsen.

Empezó a ponerle nervioso el que no apareciera nadie contra quien poder disparar, mientras que las sombras de la noche apenas tardarían unos minutos en arrojar de aquel mundo los últimos rayos de luz.

De pronto, en el momento en que se disponía a considerar las diferentes posibilidades de una ofensiva, vio un grupo de siluetas, que avanzaba por el lado opuesto del claro de la baliza. Salieron de la jungla y continuaron su marcha hacia la nave. Horn se pasó la mano por los ojos varias veces, incrédulo. Eran demasiados para ser los hombres del *Theban.* Había más, que entre toda la tripulación de la nave pirata. Vio dos figuras diminutas. Niños. La mayoría de las siluetas llevaban fardos sobre las espaldas. Se dirigían desesperadamente hacia el *Theban,* con otros caminantes tras ellas. Horn distinguió la forma de los rifles en las siluetas de los que no iban cargados.

Habían capturado a los náufragos del *Danae.* Guiados por la vibración estática de la máquina de afeitar de pilas, una partida de hombres de la nave habían avanzado casi al anochecer, a cuyas sombras tenían casi tanto como a su presa. Habían llegado en silencio, y los pocos ruidos que hacían, quedaban sofocados por el continuo gotear de las ramas de los árboles, y se abalanzaron sobre el árbol gigante caído, después de que los gritos del interior les delató el lugar exacto donde se hallaban los fugitivos.

Una vez más el elemento tiempo fue decisivo. El interior de la oquedad del árbol había tenido un ocupante, antes de que los náufragos llegaran a instalarse en él. Más lejos, donde la parte podrida del árbol era más pequeña, una criatura de la noche de Carola había dormido durante todo el día. Había dormido durante la lluvia. Después se despertó. Se sintió incómoda a causa de las idas y venidas que oía cerca.

Después cuando cayó la noche, los náufragos, se dispusieron para trasladar el fuego que habían mantenido encendido, a donde no hubiera posibilidad de que atrajera a los animales nocturnos. Trasladado de un lugar a otro, las yescas encendidas, se acercaron al lugar donde estaba escondido el animal. Fue un momento aterrador. Cuando estaban a menos de un pie

Librodot

de distancia de él, saltó de un lado a otro con una agilidad pasmosa, buscando espacio libre. La gente quedó sobrecogida por el miedo y por la sorpresa. Tropezaron los unos contra los otros. El fuego se dispersó en todas direcciones al pisotearlo varias veces. La confusión reinante arrancó de las gargantas de las mujeres unos chillidos y algún que otro lloriqueo de los niños. Después el animal, encontró la salida, y se internó en la noche.

Al cabo de unos segundos, el grupo de hombres del *Theban* corrió hacia la entrada, por donde había huido el animal. Se produjeron algunos disparos para amedrentar a los náufragos, sin que a éstos les diera tiempo de defenderse, con la única arma que poseían.

Y fueron capturados. La tripulación del *Danae* se sintió terriblemente desdichada. Dos de las mujeres se dispusieron a defender sus niños hasta la muerte. El pelirrojo dio varias órdenes. Encontró amontonados uno sobre otro, los paquetes que contenían el dinero. Necesitaba órdenes de Larsen para ver qué determinación tomaba para con los cautivos, pero el dinero era demasiado para tenerlo que llevar entre cuatro hombres.

Lo cargaron sobre los prisioneros. Tenían mucha prisa, porque la oscuridad les acechaba. Él y sus hombres, condujeron a los cautivos hacia delante, dejando que el árbol se prendiera fuego tras ellos. Pronto las llamas sobresaldrían de la oscuridad de la noche. Quizá a consecuencia de ello se prendiera fuego también a algún seto o algún árbol de los alrededores, pero no había peligro de que el fuego se extendiera a todo el bosque; la jungla estaba demasiado empapada de agua. Mañana, o tal vez aquella misma noche, volverían a caer del cielo torrentes de agua que darían buena cuenta de cualquier incendio, tuviera la importancia que tuviera.

Pero los hombres del *Theban* tenían un miedo horroroso a la oscuridad. Algunos de ellos, ya habían sufrido la experiencia la noche anterior, y ello les hacía ansiar con todas sus fuerzas el no volverse a encontrar a ningún animal nocturno en su camino de vuelta hacia la nave. Los prisioneros cargados sin miramientos, caminaban delante, si cualquier monstruo les tendía una emboscada se apoderaría del prisionero que abría la marcha de la columna, en lugar de uno de los aprehensores, armado, y colocado en la parte de atrás.

Horn, esperando en la ladera del claro de la baliza, vio a los desesperados cautivos que caminaban hacia la nave. Había trazado un plan perfectamente realizable para aumentar la tensión nerviosa ya existente en el interior de la nave, para llevarla a ser posible a una situación intolerable. Su propósito era única y exclusivamente disparar. Hubiera confinado a la tripulación en una nave que no podían hacer despegar, y de la que él no les permitiría salir. E incluso les hubiera hecho saber la llamada de auxilio que retransmitía la baliza, para que la necesidad de abandonar aquellos lugares se hiciera en ellos más apremiante. Horn calculaba que, teniendo en cuenta todo, se hubieran entregado en dos días.

Pero la tripulación del *Danae* y los pasajeros, Ginny incluida se arrastraban desesperanzados hacia el *Theban* sobre el claro de la baliza de Carola.

Horn nunca recordó el momento, en que empezara a correr. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, corría desesperadamente a lo largo del claro, y bajo el manto de la noche. Desde donde estaba le era imposible ver con la suficiente nitidez al grupo como para apuntar solamente a los tripulantes del *Theban.* No podía disparar a discreción sobre el nutrido

grupo de gente. Aunque les disparara en el momento de entrar en la cámara de aire, continuaría siendo un hombre contra cuatro miembros de la tripulación, y aun así tendría que tener mucho cuidado en que un disparo no matara a un náufrago. Mientras que sus enemigos podían volver sus rifles contra él a razón de trescientos disparos por minuto.

Pero aunque estaba dispuesto a pesar de los riesgos a atacarles en el momento en que traspusieran la puerta de la nave, sin embargo no lo hizo. Estaba a trescientas yardas de distancia, cuando el grupo llegó junto a la aleta de aterrizaje, y empezó a mermar en cantidad. Hacía una noche muy oscura. La insuficiente luz de las estrellas no llegaban a hacer del *Theban* más que una sombra confusa en donde unas siluetas cargadas eran obligadas a penetrar. En aquellos instantes, Horn, ya estaba a doscientas yardas.

Se hallaría a unas cien yardas, con la respiración entrecortada por el esfuerzo, y sin fuerzas ni para gritar, cuando la puerta de la cámara de aire de la nave se cerró.

Llegó unos segundos tarde. Golpeó sobre la puerta. Pero en aquellos instantes reinaba tal tumulto y confusión en el interior, que sus esfuerzos resultaron vanos. Tardó unos minutos en conseguirse que los gritos desaforados de los tripulantes cantando victoria, fueran reducidos al silencio por las órdenes conminativas de Larsen. Hasta que los paquetes de dinero quedaron perfectamente apilados por los cautivos, operación en la que se invirtieron unos minutos más, Larsen no se dio por satisfecho.

Los cautivos le causarían más desorden. Habría que pensar matarlos, pero el asesinato a sangre fría no era un acto muy atractivo para unos hombres que se sentían dueños de cuarenta millones, y que querían dar rienda suelta al estado anímico que les confería su buena suerte. No, el asesinato por el momento al menos, no era una idea muy resolutiva. Además, tres de los prisioneros eran mujeres.

Uno de los hombres del *Theban* desgarró la cobertura del primer paquete de dinero que tuvo a mano. Cien, quinientos, mil billetes resbalaron por el suelo. Los recogía, los tiraba alocadamente al aire, y éstos volvían a caer mansamente al suelo. Otros hombres, rasgaron otros paquetes. Entre todos, le daban al recinto la apariencia de que en el mismo se hubiera desencadenado una tormenta de dinero. Cogían puñados de billetes y se los arrojaban los unos a los otros, riendo de un modo histérico. Estaban intoxicados, ebrios, drogados por la posesión de inconcebibles riquezas.

El capitán del *Danae* les miraba con gesto torvo y sorprendido a la vez. Debía saber que su vida estaba en prenda de la necesidad de la tripulación del *Theban,* pero le sorprendía el trato que le estaban dando al dinero. Nunca hubiera podido imaginar que desencadenara aquella locura colectiva. Larsen contemplaba el dinero con ojos ardientes como brasas encendidas.

Y en el exterior, junto a la puerta, Horn se sentía inundado de desesperación, no pudiendo evitar que el horror del desastre hiciera mella en él. La luna parcialmente coloreada de Carola, empezó a surgir suavemente por el oeste, en la posición de cuarto creciente. En rápido transcurrir por el cielo, fue iluminando el follaje del bosque, y las ramas retorcidas de los árboles.

Cuando llegó al claro del bosque que ocupaba el *Theban,* hasta la misma luz de la luna pareció acusar el horror que le producía lo que estaba iluminando. Allí estaban los cuerpos de los animales que Larsen había

Librodot

matado, cuando los sorprendidos animales se acercaron para entusiasmarse con las luces de la nave. Algunos de los cuerpos, estaban inflamados ya, pero algo se movía entre ellos. Discos de color grisáceo se retorcían y serpenteaban irreprimiblemente para alimentarse con los animales muertos. Sus tentáculos resplandecieron a la luz de la luna. No era ninguna escena agradable de contemplar el ver aquellos animales muertos, mientras eran retorcidos, inertes, por brazos que les atenazaban, y eran engullidos por muchas bocas a la vez, haciendo un nudo con los tentáculos alrededor de las cosas que se comían, y emitiendo unos ruidos de absorción claramente perceptibles... Incluso llegaron a penetrar en el frenético estado mental de Horn. Por el momento, Larsen se había erigido como vencedor absoluto de la guerra sicológica en la que se habían empeñado. Tenía a los náufragos como cautivos en su nave, y además todo el dinero. Y casi se podía decir que tenía a Horn a su merced. Y lo sabía. Por la información que le había proporcionado el ingeniero muerto ya, Larsen, sin el menor género de dudas, debía estar enterado de lo que Ginny significaba para Horn. Larsen sabía que, mientras a Ginny no le sucediera nada, Horn haría lo que se le ordenase.

Con Ginny en sus manos, Horn se rendiría. Le obligaría a que los motores del *Theban* funcionaran con la misma seguridad que cabía esperar en un aparato tan antiguo como aquél. Aunque la verdad es que Larsen desconocía por completo si tal perfección de funcionamiento era real, o nada más que ilusoria. Pero teniendo a Ginny cautiva, tenía a Horn a su merced también.

Aún no había asimilado totalmente la victoria que acababa de obtener. Larsen no hacía más que mirar fijamente el dinero. Una vez arrancado de los paquetes, el dinero cundía a montones por el suelo. Los miembros de la tripulación del *Theban* estaban borrachos por el triunfo, y medio alocados de regocijo. Ni uno siquiera se había dado cuenta todavía de que aquella cantidad, era demasiado grande para dividirla o compartirla, demasiado dinero como para hacer juegos con él. Aunque todos podían cogerlo a manos llenas, arrojarlo al aire y saltar sobre él, la posesión definitiva del mismo todavía estaba por determinar, y sólo Larsen sabía cómo había que arreglar aquel asunto. Sus ojos ardían. Pero no hacía más que explorar, tratando de adivinar sumido en oscuros pensamientos, el desenlace final. Aún le costaría trabajo el precisar todos los detalles. Pero tenía que dejar a sus hombres que se regocijaran y gritaran alocadamente. En aquellos momentos, eran incapaces de pensar en nada que no fuera su triunfo. Habían desgarrado los paquetes, a gritos, y se arrojaban puñados de dinero al rostro los unos a los otros, como si fuera confetti. Lo tiraban a manos llenas contra el techo, y lo dejaban caer como una ducha sobre ellos. Rieron desenfrenadamente cuando uno de ellos resbaló en un montón de billetes y cayó de bruces sobre el suelo. Después jugaron a enterrarse en dinero, inundando la nave de risas.

En el exterior, Horn se alejaba lentamente, sin poder contener sonidos inarticulados de desesperación. Ginny estaba en el *Theban.* Había estado allí, un minuto. Dos. Tal vez tres minutos. Ginny habría estado en la nave ciento ochenta segundos, junto con los otros náufragos y cuarenta millones de billetes. Todo el pensamiento de Horn estaba concentrado en lo que podría sucederle a ella, a partir de aquel momento.

Pero había otra parte de su pensamiento que le hablaba fríamente.

Ningún hombre, ebrio de gozo por las riquezas, empezaría a maquinar sus asesinas intenciones hasta que los vapores de la intoxicación no se hubieran disipado. La tripulación del *Theban* aún no se había dado cuenta de que ahora tenían que empezar a asesinarse los unos a los otros. Era evidente que ninguno de ellos podía jugar limpio, cuando había tantísimo dinero sobre el tapete. Pero, por ahora, no pensaban más que única y exclusivamente en el dinero. Dos de ellos se revolcaban materialmente en él, riendo de forma estúpida, y dispersando los billetes a su alrededor al arrojarse sobre él como lo harían en una piscina. Aún transcurriría un buen rato antes de que se dieran cuenta de lo que empezaría a suceder pronto.

El peligro para los prisioneros también se haría esperar un poco. Y se volverían a olvidar de ellos nuevamente, cuando estos hombres, tan ricos con el dinero robado, comenzaran a sospechar los unos de los otros de complot y tramas urdidas y de posibles asesinatos que habría que evitar anticipándose a los acontecimientos y queriendo ser cada uno de ellos el primero en asesinar a su compañero. O tal vez los prisioneros serían utilizados a modo de distracción para que ninguno se viera invadido por tales ideas. Pero en la mente, en estos momentos atrofiada por los acontecimientos de cada uno de los miembros de la tripulación del *Theban,* había la absoluta certeza de que el asesinato, cometido a traición en el mayor de los casos, iría reduciendo su número hasta que no quedaran más que dos, e incluso muy probablemente uno, que subsistiría con las manos completamente manchadas de sangre y dueño de todas las riquezas que ahora cubrían el suelo.

Estos frígidos y salvajes pensamientos, pasaron por la mente de Horn. Volvió sobre sus pasos, y se puso a golpear sobre la puerta de la cámara de aire, gritando y lanzando maldiciones incesantemente. Pero la parte lógica y fría de su mente continuó funcionando. Le decía que durante unos minutos todavía cundiría el delirio de felicidad dentro de la nave. Sólo cuando la calma empezara a volver, oirían sus golpes sobre la puerta. Y aún entonces los hombres medio alocados por las riquezas, apenas advertirían que había alguien que llamaba desde el exterior. ¡Oh, sí! La puerta.

Alguien vendría hasta la puerta.

La parte más fría del cerebro de Horn, que no se había dejado llevar por los acontecimientos, le dijo qué era lo que tenía que hacer. No le sugirió el llevar a cabo ésta acción o ésta. Le dijo simplemente lo que debería ocurrir cuando la puerta de la cámara de aire se abriera. Le propuso simplemente el hacer esto y esto, después ya vendría lo demás.

Fue al montón de animales semiocultos por la presencia de las bestias con tantas bocas. Éstas que había allí, eran todavía más nauseabundas, porque no solamente cazaban yaciendo a la espera sobre el suelo, y atentas a los animales que se cruzaban a su paso, sino que eran también devoradoras de carroña, engullendo carne que no habían matado ellas. Todos los animales carnívoros desprecian a los comedores de carne podrida. El hombre es carnívoro. A pesar de la conmoción por que atravesaban sus sentimientos en aquellos instantes, Horn menospreció a la bestia que había escogido a la pálida luz de las estrellas, y apoyó la punta del rifle sobre el animal. Los tentáculos se erizaron con una ferocidad y una rapidez de reflejos inimaginables. Se retorcía sobre el cañón del rifle, emitiendo débiles ruidos y tratando con cegadora malevolencia de empezar a devorar lo que le había tocado.

Horn corrió con el repugnante animal hacia el *Theban,* que se erigía incólume. Antes de llegar a él, describió un arco con el rifle en el aire y el bicho, no pudiendo quedar sujeto al cañón del arma, resbaló y fue a estrellarse contra el casco del *Theban.* El animal cayó al suelo, agitándose convulsivamente como si quisiera recuperar su presa..

La visión de Horn en aquellos momentos, no era en verdad muy edificante, pues ni siquiera emitía sonidos humanos, mientras iba y venía constantemente, transportando aquellos seres que parecían hongos, hasta un lugar desde donde los arrojaba contra la nave, para caer en un montón sobre el suelo.

No todos actuaban de la misma forma. Unos retorcían sus brazos como serpientes, mientras que otros se limitaban a quedarse atenazados al rifle. Uno de aquellos tentáculos intentó apoderarse de la muñeca de Horn. Éste se detuvo el tiempo suficiente para apoyar la muñeca sobre el suelo y dar un pisotón terrible al tentáculo del animal, que le tenía apresado. El horrible ser le soltó, emitiendo ruidos incoherentes y horripilantes, pero sus otros brazos cogieron el rifle y se debatieron ferozmente, hasta que Horn logró dejarlo con el resto de sus congéneres.

Habría ya una docena de monstruos alrededor de la puerta de la nave cuando Horn comenzó a llamar de nuevo. Había cinco que estaban amontonados, luchando denodadamente por dominar a los demás, y a dos yardas de sus pies. Otra docena estaba un poco más aislada, y junto a ella, grupos de uno, de dos y de tres, pero no muy distantes.

Los náufragos, el dinero y los hombres que habían traído la alegría al *Theban* habían estado dentro de la nave durante más de cinco minutos. Y, a excepción de Larsen, ningún miembro de la tripulación del *Theban* se hallaba en su sano juicio a causa del regocijo que les invadía. Pero a pesar de los gritos y de la alegría que reinaba, alguien oyó los golpes que se redoblaban en la puerta.

Uno de los tripulantes continuó revolcándose sobre el dinero y arrojando puñados de billetes sobre él. Pero el juego se convirtió de pronto en algo insulso. Alguien aporreaba la puerta de la cámara de aire. Cualquier cosa podría ocurrir. La llamada era resoluta y decidida.

Uno dijo:

—Hay alguien ahí afuera.

Nadie preguntó quién. Nadie se paró a pensar en quién podría ser. El hombre que había estado revolcándose en el dinero, se levantó y fue decidido a abrir. No pensó. Avanzó —y otro tras él— para dejar entrar a uno de los suyos que sin duda se había quedado fuera, sin poder disfrutar de la alegría desenfrenada que proporcionaban tantos millones en dinero contante y sonante extendido por el suelo de la habitación.

El que había estado tumbado sobre el dinero, llevaba un billete colgando de sus ropas, como si se tratara de una hojarasca. Abrió la puerta exterior de la cámara de aire.

—¡Te dejamos fuera! —gritó riendo—. ¡Vamos! ¡Entra y coge unos cuantos millones!

Desde la oscuridad, Horn repuso con voz estrangulada:

—Soy Horn. Dile a Larsen que estoy dispuesto a hacer un trato con él para poner en marcha los motores. ¡Díselo!

Fue una sorpresa increíble para quienes lo habían oído. Fue una sorpresa agradable, casi gloriosa. Después de todo, era también

extraordinario saber que Horn volvería y que los motores funcionarían nuevamente, para llevar al *Theban* al espacio.

Hasta al mismo Larsen le parecía imposible que fuera cierto el rumbo que estaban tomando los acontecimientos. Gritó:

—¡Traedle aquí!

Los hombres abrieron la puerta de la cámara de aire de par en par. La luz era tenue. No llegaba a iluminar el suelo. Los tripulantes estaban que no cabían de alegría de ver el desenlace final que hasta entonces tanto les había preocupado. A partir de aquel momento podrían tener otras cosas en que concentrar sus preocupaciones, pero por ahora no les embargaba más que una satisfacción indescriptible.

—¡Vamos, entre! ¡Entre! Venga a ver lo que tenemos aquí!

Por encima de las suyas se oyó la voz de Larsen que ordenaba:

—¡Ahí!

No se refería a Horn, sino a los prisioneros, obligándoles a entrar en una sala vacía donde podrían quedar encerrados hasta que la desorganización de la tripulación tomara nuevos rumbos. Larsen llevaba solamente un revólver de aturdimiento, pero sus cautivos no repararon en la diferencia, debido al estado de ánimo y la desesperación en que estaban sumidos. De todos modos, las cosas no hubieran variado por ello. Obedecieron entrando uno tras otro en el recinto indicado. Pero Larsen de pronto, masculló:

—¡No! ¡Tú, no! —cogió a Ginny por un brazo, la echó hacia atrás y ordenó a los otros que siguieran hacia el interior de la habitación sumida en la oscuridad. Tropezaban entre sí. Los niños empezaron a llorar. Larsen cerró la puerta de golpe y la aseguró con los cerrojos.

Desde abajo llegaban las voces de los hombres que estaban junto a la puerta de la cámara de aire:

—¡Vamos! Dice Larsen que...

Larsen se interpuso fríamente:

—¡Decidle que tengo a su chica aquí! ¡Decidle que venga!

Hubo murmullos. Una voz transmitió las órdenes y después repuso para que lo oyera Larsen:

—¡Dice que primero quiere llegar a un acuerdo!

Larsen se detuvo a considerar la situación durante unos segundos. Después gritó sin ambigüedades:

—¡Atrapadle! —ordenó—. ¡No le matéis! No se atreverá a luchar. ¡Tengo a su chica! ¡Id por él!

Los hombres de Larsen obedecieron la órdenes recibidas saltando a tierra. Dos de ellos. Uno cayó de lleno sobre uno de los monstruos tentaculares, que inmediatamente le sujetó una pierna y empezó a mordisquearle. Después otro de los animales elevó sus temibles brazos y le rodeó todo el cuerpo. Lanzó un grito terrible. El otro tropezó al bajar a tierra, y un tentáculo resbaladizo y maloliente le apresó el cuello. Los otros al contemplar el espectáculo desde la cámara de aire, aprestaron las armas. Saltaron a tierra, habiendo quitado el seguro de los rifles. Los disparos retumbaron en el ámbito. Todos cuantos quisieron moverse se vieron apresados por dos y hasta tres monstruos que incluso se debatían entre sí en una competencia inigualable por satisfacer su voracidad.

Los hombres se entregaron de lleno a la batalla; no hacía mucho habían estado matando a aquellos seres repugnantes como deporte. Era

instintivo matar a una bestia en defensa del hombre. Pero sus ojos no estaban acostumbrados a la oscuridad que reinaba en el exterior de la nave. Atacaban a los monstruos quizá con excesiva confianza.

Horn saltó al interior de la cámara de aire y cerró de golpe la puerta tras de sí. Corrió hacia la escalerilla metálica con el rifle a punto de disparar.

El interior de la nave se vio de pronto sumido en el más absoluto de lo silencios. Los tripulantes que habían quedado en tierra proseguían luchando contra los monstruos tentaculares. Era una auténtica carnicería, pero ello era consecuencia de que los hombres luchaban juntos, unidos, con confianza, y los animales grisáceos lo hacían única y exclusivamente por el instinto. El contraste reinante en el interior de la nave era estremecedor. Desde la puerta de la cámara de aire hasta dentro no se oía el menor ruido. Sólo el retumbar lento y decidido de los pasos de Horn y su respiración jadeante.

La voz de Ginny llegó hasta él débil y desesperada:

—¡No te acerques! ¡No te acerques! ¡Disparará sobre tí!

Horn llegó al piso superior. Era el destinado a la cocina y almacenamiento de alimentos. Todas las luces estaban encendidas dándole a la estancia un aspecto esplendoroso, al que ya casi estaba desacostumbrado. Larsen le esperaba en pie, con Ginny ante él. Le estaba retorciendo uno de los brazos después de haberlo colocado tras la espalda de la muchacha. Al verlo, le hizo a Horn un gesto notoriamente burlesco con el que quería denotar la situación de superioridad en que se hallaba. Horn no podía disparar. Nadie hubiera podido arriesgarse a querer hacer blanco sobre Larsen, cubriéndose perfectamente tras el rostro demudado de la muchacha. Las probabilidades eran inmensas de que fuera Ginny la que recibiera el impacto.

Junto al talle de la muchacha apareció un arma vigorosamente sostenida en la mano de Larsen. Apretó el gatillo.

Horn oyó el chasquido característico de un revólver de aturdimiento, que es tan efectivo como el de un rifle.

Aunque sin tener tan graves consecuencias. Sintió sobre su cuerpo la casi intolerable sensación de los pinchazos que produce un arma de tales características. El oírlo y el apreciar tales sensaciones no duró, como es lógico, más que una fracción de segundo. Y en aquella ínfima fracción de segundo notó que una furia infinita le embargaba, mezclada con odio infinito y tal grado de desesperación que hubiera hecho enloquecer a cualquier hombre en el caso de que hubiera llegado a durar un minuto.

Notó cómo las piernas dejaban de obedecer a su cerebro y su cuerpo se desplomaba.

Después, no notó nada.

Capítulo X

Cuando recobró el conocimiento se hallaba en un estado somnoliento. Su mente despertó antes que los nervios que transmitían las órdenes pudieran entrar en funciones. Pero su mente sabía que en todo ello había algo que no iba bien. Algo increíblemente intolerable estaba sucediendo y, sin embargo, no llegaba a hacer una discriminación perfecta de ello. Se

debatía por volver a la realidad vivida antes de este extraño y somnoliento estado. Súbitamente, oyó una voz que le decía:

—*Mejor será que te despiertes* —el sonido llegaba hasta él mucho más intenso.

Se debatió consigo mismo porque tenía la necesidad inapelable de despertar. Después oyó otra voz. Tenía un tono desesperado. Era Ginny.

—*¡Pero no puede hacerles eso! No puede...*

La primera voz que había oído antes, rió con tono displicente. Y repentinamente volvieron a Horn todos los recuerdos. Sabía que Ginny estaba allí, y Larsen. No hizo nada por moverse. Sabía que le habían disparado con un revólver de aturdimiento, y que podría quedarse inmóvil si hacía el menor esfuerzo por recobrarse. Cuando podría empezar a moverse sería cuando hubiera recobrado el control de su cuerpo. Entonces, tal vez...

Oyó unos golpes y sabía de dónde procedían. Aquellos mismos golpes los había dado él sobre la cámara de aire, cuando Ginny y los demás fueron obligados a entrar en la nave y él quedó cerrado por fuera. Ahora eran otros los que había encerrados al exterior del *Theban...* su tripulación.

Habían salido para luchar contra los monstruos grisáceos que se habían apoderado de los otros dos hombres que fueron en busca de Horn. El mismo Horn había cerrado la puerta de golpe tras ellos con la intención de enfrentarse cara a cara y a solas con Larsen.

Y los tripulantes estaban todavía fuera. Y Larsen no hacía nada por dejarles entrar. Larsen estaba allí, con Ginny, esperando a que Horn se recobrara del impacto producido por el revólver de aturdimiento. Y la tripulación golpeaba con todas sus fuerzas y en vano sobre la puerta de la cámara de aire.

Horn notó cómo la vida volvía a sus piernas. Notaba algo extraño en ellas, pero recurrió al cerebro y controló la respiración y la furia que le impulsaba a levantarse y rebelarse contra las circunstancias.

—Pero... pero... —decía desesperadamente Ginny— tal vez no pueda hacer lo que usted quiere. Quizá sea imposible... Y si lo es... usted no puede... hacer daño a los niños...

—¡No es imposible! —imprecó Larsen—. ¡Para él no lo es!

Horn se movió ligeramente. Allá dentro reinaba una tranquilidad abrumadora. Pero los ruidos sordos y casi histéricos que llegaban desde la puerta de la cámara de aire continuaban.

—Lo tengo todo en mis manos —dijo Larsen en un tono que casi era genial—. Me he hecho con el dinero del *Danae.* Me he desembarazado de mi tripulación y, por tanto, no tendré que repartir el dinero con nadie, y tengo en mis manos a un ingeniero que es capaz de hacer funcionar esta porquería y hacerla llegar hasta cualquier lugar de la galaxia.

—Pero...

—¡No hay nada que se interponga en mi camino! ¡Nada! Todo cuanto tengo que hacer es demostrarle a Horn en la situación en que se halla. La verá a usted aquí conmigo. Y usted misma se lo dirá todo. Le rogará que haga cuanto yo espero y exijo de él.

—Lo que le diré será que destruya la nave.

—¿Eh? —el tono de voz de Larsen se hizo de pronto frío y amenazador—. ¡No me gustaría ver que ese hombre se vuelve loco de ira, al ver que le hago daño a usted! Y además están los otros. Si se atreviera a intentar algo, cogería a uno de esos del *Danae* que tengo encerrados ahí y le demostraré lo

que puedo hacer con el, para que vea lo que puedo hacer con usted. Y entonces usted le implorará que haga lo que yo ordene.

Horn se atrevió a entreabrir los párpados. Vio dónde estaba, tendido en el suelo junto a los motores del *Theban,* y vio dónde estaba Ginny, con el color demudado y temblorosa contra la pared, y Larsen sentado cómodamente en la silla que Horn había ocupado durante el período en que se hizo de la vigilancia de los motores.

—¡Pero no puede ser! ¡No se atreverá! —protestaba Ginny. El terror la embargaba—. ¡No... a los niños, no!

Larsen parecía divertido y reía burlonamente. Después, cambió de tono y gritó:

—¡No me diga lo que tengo que hacer, ni lo que no tengo que hacer, de lo contrario pondré cuanto digo en práctica!

Se puso en pie, estiró los brazos y se volvió ligeramente. Y con agilidad felina, Horn rodó sobre sí, se puso en pie y dio un salto para abalanzarse sobre Larsen.

No lo consiguió. Cuando aún iba por el aire, notó un dolor intensísimo en una pierna. Algo le tenía sujeto. Instantes después se estrelló contra el suelo. Le habían atado una pierna a una cadena de los motores del *Theban.* Larsen se giró pausadamente y se puso a reír.

Horn volvió a ponerse en pie. Una pierna solamente le bastaría. Dijo fríamente:

—¡De acuerdo, lo intentaré!

—¡Pues claro! ¡Pues claro! —repuso Larsen—. Todos los problemas se me están resolviendo a la perfección. No hay nada que se oponga en mi camino. Imagínese qué podría hacerme usted. Nada. Y por el contrario, imagínese lo que podría hacerle a ella y a los demás. Pero a ella me la guardaré para el final. Así que... ¡vamos a ver! ¿Qué ocurre con los motores?

Horn dijo, evidenciando rendición:

—Están estropeados. Ya se lo dije antes.

—¿Y qué hace falta para que vuelvan a funcionar?

—No se lo creerá si se lo digo.

—Dígamelo de todos modos —murmuró Larsen—. Tal vez lo pueda comprobar.

—Cuando estos motores eran nuevos —comenzó Horn con gran compostura— las bobinas del «*Riccardo*» estaban en perfecto equilibrio. Con el uso, se desgastaron y lo hicieron de forma distinta. Los cambios no se podían compensar más que hasta cierto punto. Pero esas bobinas son muy difíciles de compensar. Necesita usted unas nuevas. Pero ahora ya no se fabrican. Y mientras utilice esas, producirán vibraciones y las vibraciones acarrearan averías, y tarde o temprano estallarán los motores.

Larsen murmuró como si hablara consigo mismo:

—Ya... Eso dijo el último ingeniero. Pero tienen que funcionar. Tiene usted que hacerlos funcionar —y añadió con redoblada energía—: Si no los pone en marcha voy a coger a uno de esos del *Danae* y entonces le enseñaré lo que haré con la muchacha si no cumple al pie de la letra lo que pido. ¡Y le juro que lo voy a hacer!

Horn se mordió los labios.

—Es un subterfugio —dijo—. Le parecerá extraño y hasta tal vez crea que estoy tramando algo.

—Pues sí —repuso Larsen—. Pero explíquemelo. No soy tan estúpido

como quizá le puedo parecer. ¡Dígamelo!

Horn tragó saliva. Empezó a hablar con infinito cuidado. Había momentos en que lo que decía no convencía en absoluto a Larsen, y entonces se ponía a chillar. Horn proseguía hablando, repitiendo las cosas hasta que quedaban suficientemente claras. Desde luego estuvo dando todo un compendio de los principios más elementales de los vuelos «*Riccardo*». Al fin, pareció quedar con una evidencia absoluta que el *Theban* no se podía reparar sin riesgo de que estallara en cualquier momento.

Larsen volvió a murmurar hablando consigo mismo.

Después, dijo en tono jocoso:

—¡Mal asunto! Voy a coger a uno de los del *Danae*...

—¡Hay una probabilidad! —se apresuró a mediar Horn—. No es que sea muy buena, pero si sale bien puede ser una solución. No es que sea muy buena, no...

Sudando, empezó a trazar diagramas en el aire con los dedos. Cada nave llevaba en una o varias dependencias, cierto número de bobinas y conmutadores electrónicos, que ajustaban el centro de gravedad de la nave, y el cargamento que llevaba la misma para que el vuelo fuera siempre en línea recta. Horn le explicó el subterfugio. Si el generador de un compresor se acoplaba a la zona de propulsión, entonces ello deformaba el sentido de bobinaje de los motores «*Riccardo*», impulsándolos en dirección opuesta al efecto de retención. Eso al menos haría funcionar los motores, manteniéndolos en acción durante más tiempo del previsible.

—Es una solución para salir del paso —dijo Horn poniendo gran calor en las explicaciones—, pero si sale bien los motores no harán ruido. No estoy seguro de conseguirlo. Ni tampoco puedo prometerle el tiempo que funcionará. De todos modos, si lo logro, es posible que lo pueda mantener en marcha durante bastante tiempo. Eso es todo cuanto puedo hacer.

Larsen parecía estar reflexionando. Horn le miraba fijamente al rostro. De pronto, el capitán del *Theban* lanzó una risotada.

—Todo me sale a la perfección —exclamó—. No creo que hubiera nadie capaz en estas circunstancias de encontrar a un tipo como usted, con los conocimientos suficientes como para lograr una cosa así. Sí, ¡estoy de suerte! ¡Todo me sale bien! Voy a buscar los útiles que hagan falta y usted lo hará funcionar. De lo contrario...

Se levantó y fue hacia la escalerilla metálica. Allí se detuvo.

—Ella no tiene nada con qué matarme —dijo mostrando excelente humor—. No creo que se atreva e intentar la menor cosa. ¡Todo me sale a la perfección!

Descendió por la escalerilla. Ginny se retorcía las manos. Dijo con voz estrangulada:

—La pierna... ¿Te hace mucho daño?

—Es... el tobillo —respondió Horn—. Creo que se me ha roto. No importa ahora.

Se oyeron nuevos ruidos procedentes del exterior de la nave. La tripulación del *Theban* quería entrar.

Larsen volvió gesticulando. Llevaba en la mano un generador de presión. Los cables que aparecían en el mismo mostraban qué acababa de arrancarlo de algún sitio.

—Los chicos, ahí fuera, se están poniendo impacientes —dijo sonriente—. Les gustaría entrar. Pero ya se divirtieron bastante con el

dinero. Ahora que lo tengo yo ya tienen suficiente con pensar en él. ¡Y lo tengo todo! ¡Todo para mí!

En lugar de entregar la pieza a Horn en la mano, la hizo rodar por el suelo para que llegara hasta él. Dijo amenazador:

—¡Trátela con cuidado! No me gustaría llegar a tener que imaginarme que tiene la menor intención de arrojarla contra mí. Pesa mucho. ¡Y no le pierdo a usted de vista!

Se sentó con un arma entre las manos.

Horn se puso en pie renqueante, estudiando la posición exacta que debería ocupar aquella pieza que podría poner los motores en funcionamiento, pero que también tenía el riesgo de desbaratarlo todo. Tras hacer el debido acoplamiento dijo:

—Ahora... veremos si funciona.

Accionó un conmutador.

Se oyó un chasquido en el lado opuesto del muro.

A continuación se produjo un impacto más amortiguado. La silla y Larsen juntos fueron a estrellarse contra el muro con violencia. Ambos quedaron oprimidos contra aquél. La cabeza y el cuerpo de Larsen se debatían con débiles movimientos. Después éstos cesaron.

—¡Quédate donde estás Ginny! —ordenó Horn.

Después, Horn se limitó a esperar pacientemente. No ocurrió nada. La silla y Larsen continuaban pegados a la pared. Las mejillas de Larsen se fueron tornando lívidas y mostrando un gesto contraído.

—Creo —dijo Horn— que lo hemos dejado fuera de combate. Ahora veremos.

Desconectó el conmutador. El arma que había contra el muro cayó al suelo. Hizo un gesto a Ginny para que fuera a retirarla. Ella cumplió lo indicado. Volvió a poner la corriente en acción. Larsen pareció hundirse en la silla cuando el paso de la corriente quedó interrumpido. Su cuerpo volvió a quedar pegado contra el muro.

Ginny le entregó a Horn el arma que éste le había solicitado. Era un arma que despedía rayos a gran temperatura. Aprovechó tal coyuntura para partir la cadena que le atenazaba el tobillo, y después, cojeando, andando a saltos se aproximó a Larsen y le ató concienzudamente. Se apoderó de las llaves que había en el bolsillo de Larsen.

—Puedes liberar a la gente del *Danae* —propuso—. Asegúrate bien de que ninguno intente abrir la cámara de aire.

Cuando Ginny volvió, seguida de los incrédulos, temblorosos y sorprendidos pasajeros del *Danae,* Horn estaba sentado en la silla que Larsen había ocupado antes. Señaló hacia el cuerpo de Larsen tendido en el suelo y sosteniendo entre sus manos el arma de aquél.

—Quiero —dijo brevemente al capitán del *Danae*— que cuelguen a Larsen de una cuerda, con mucho cuidado, y sáquenlo por la cámara de aire de la sala de control. Después ciérrenla y tomaremos las medidas oportunas para volver al mundo al que pertenecemos.

Ginny, todavía bajo la influencia de los últimos acontecimientos, no hacía más que hacer preguntas.

—No quiero volver a tenerle que tocar —decía Horn—. Sería una tentación demasiado fuerte. Estaba dispuesto a hacerte daño, Ginny. Y no podría reprimir las ganas de matarle.

Ginny dijo que no comprendía qué era lo que había ocurrido, pero...

Librodot

—Le induje a que me trajera una de las bobinas —explicó Horn como si reflexionara todavía en los últimos acontecimientos—. Sabía que ello equilibraría la nave al influir sobre el centro de gravedad. Pero no se dio cuenta de que ejercía una acción muy parecida a la gravitación artificial. Entonces dirigí un impulso de veinte gravedades contra él y ello le arrojó contra el muro. No hay nadie capaz de mantenerse consciente durante más de unos minutos soportando un impulso de ocho gravedades. Y yo le puse veinte.

Se oyó un estruendo terrible en la puerta de la cámara de aire. Horn continuó sentado. Dio órdenes estrictas para que nadie respondiera a aquellas llamadas. Las hacían con la culata de los rifles. Escuchó con gran interés cuando le explicaron que cuando Larsen fue descendido con la cuerda por la puerta de la cámara de aire de la sala de control su cuerpo tambaleante fue recibido por los tripulantes del *Theban.*

—Eso es muy satisfactorio —le dijo al capitán del *Danae*—. ¿Quiere hacerse, cargo usted de esta nave y conducirla hasta Fomalhaut? Creo que tengo el tobillo roto, quiero que me lo atiendan, y además tengo algunos otros asuntos de que ocuparme.

El capitán del *Danae* miró con un tanto de reluctancia los gigantescos motores del *Theban.* Eran muy antiguos y no confiaba en ellos.

—Están bien —le tranquilizó Horn—. Eran motores «*Riccardo*». En nuestro viaje hacia aquí los transformé bastante. Ahora son motores «*Riccardo*» simplificados. En realidad son exactamente iguales a los motores del *Danae,* a excepción de que hay muchas cosas que no sirven para nada y que aún continúan en su sitio.

Continuaba sentado tranquilamente cuando los motores entraron cuando quisieron en acción. Ni le importaba lo más mínimo el momento en que la nave despegara. Llegó Ginny y se sentó junto a él. Le hizo algunas preguntas. Ella se mostró de acuerdo en que había sido preferible dejar a la tripulación del *Theban* para que otra nave se ocupara de ellos.

—Sí —repuso Horn—. Y siento verdadera curiosidad por saber lo que dirán los tripulantes del *Theban* respecto a Larsen cuando sean capturados.

Algo cruzó por la mente de Ginny y preguntó rápidamente:

—No. ¿no creerás que...?

—¡Oh, no! —respondió inmediatamente Horn—. ¿Por qué iban a estar molestos con él? No creo que ocurra nada de lo que te imaginas.

Pero la verdad es que lo temía. Le dijo al capitán del *Danae* que habría que hacer contar el dinero. Resultó que mucho del dinero que en principio ya se daba por perdido apareció escondido en el *Theban.* Lo recobraron.

Horn se mostró firme en su decisión, de que el *Theban* no debía ir de ningún modo a internarse en la órbita de Hermas para tomar nota de la posición del *Danae* aterrizado, porque no había medio de devolver la nave al espacio, salvo en el caso de poder utilizar otro par de cohetes de emergencia. Y el *Theban* no los llevaba. Explicó algunas cosas más. Ginny lo miraba admirada.

—Lo que no comprendo es cómo te preocupas todavía por supervisar todas las cosas. ¿No quieres ser un pasajero, máxime teniendo en cuenta tu tobillo?

—Exactamente —repuso Horn—. Y a partir de ahora lo único que quiero es llegar a Fomalhaut cuanto antes.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tanta prisa? —insistió Ginny.

—¿No te acuerdas de que nos íbamos a casar? —preguntó Horn—. Hace más de diez días que deberíamos estar casados. Nos han robado diez días de felicidad, y no estoy dispuesto a perder más tiempo. De manera que propongo un viaje sin escala hasta Fomalhaut. ¿Algo que reprochar?

Ginny le sonrió. Después le miró cariñosamente. No se veía a nadie por aquel lado del *Theban.* Le dio un beso rápido y volvió a sonreírle. Ambos se abrazaron.

FIN